



S. Antonio de Padua



Printed in Argentine
Impreso en la Argentina



S. Antonio de Padua

SAN ANTONIO DE PADUA

DOM ANTONIO SALVINI, O. S. B.

SAN ANTONIO DE PADUA



Ediciones Paulinas

Avda. San Martín 4350
FLORIDA (Bs. As.)

Chacabuco 28 - 1er. Piso
BUENOS AIRES

NIHIL OBSTAT

P. Juan M. Bartolamasi, S. S. P.

Florida, 24 de Junio de 1952

IMPRIMATUR

Mons. Dr. Antonio Rocca

Obispo de Augusta y Vic. Gen.

Buenos Aires, 10 de Julio de 1952

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

PROLOGO

Esta vida del Santo de Padua, la cual sale a la luz con ocasión del séptimo centenario de su muerte, no tiene la pretensión de ser un trabajo crítico, aún cuando el autor no ha descuidado el resultado de los estudios más concienzudos hechos en estos últimos tiempos, y ha tenido particularmente ante los ojos las hermosas obras de los Padres Sparacio y Facchinetti, pertenecientes ambos a la familia del Santo; el primero como Menor Conventual, el segundo como Menor Observante.

De la voluminosa obra del Padre Domingo N. Sparacio se han tomado también algunas narraciones de hechos trasladados directamente de las fuentes primitivas de la Historia Antoniana y algunos fragmentos de sus escritos. Lo decimos en seguida, a fin de evitar malévolas insinuaciones y por amor a la verdad.

He dicho que éste no es un trabajo crítico, mas no crea por esto el lector que se le cuentan hechos falsos o legendarios. Lo no verdadero no tiene lugar aquí, y, cuando el hecho es legendario (en el sentido moderno de la palabra), no se ha omitido el decirlo, a fin de que, confundiendo la historia con la leyenda, no quedase desacreditado todo lo sobrenatural, que domina soberano en la vida de Antonio.

Notemos, sin embargo, que las antiguas leyendas antonianas tienen derecho a toda nuestra consideración, aunque no hayan sido compiladas con los sistemas críticos modernos. No tenemos nosotros derecho a dudar de la honradez de los compiladores, ni tampoco a imputarles excesiva ingenuidad, por el solo hecho de que el ele-

nento sobrenatural nos parezca demasiado grandioso y deslumbre a las veces nuestra miope vista.

No nos toca a nosotros medir los límites de lo sobrenatural. Cuando existe, debemos sencillamente indicarlo; a menos que quisiéramos ponernos de parte de aquellos que niegan la evidencia e intentan fantasear hasta sobre los milagros de Lourdes y de tantos santos modernos, los cuales, sin embargo, tienen lugar ante nuestros mismos ojos.

Mas esta edición no está hecha para esos tales. A sus bondadosos lectores auguro, por el contrario, con todo el corazón, que reporten de ella provecho para sus almas.

Tal es el fin del compilador y de los editores.

DOM ALFONSO SALVINI, O. S. B.

Vallombrosa, fiesta de San Antonio, 1941.

CARTA APOSTOLICA DE PIO XII declarando a San Antonio de Padua Doctor de la Iglesia Universal

Exulta ¡oh Lusitania feliz! Regocíjate, oh Padua venturosa! Porque el cielo y la tierra os son deudores de un hombre, tan célebre por la santidad de su vida y el insigne renombre de sus milagros como por el esplendor de su celestial doctrina, el cual a manera de astro luminoso iluminó y continúa iluminando todo el universo.

Primeros años de San Antonio; sus ansias de martirio.—

Nacido en Lisboa, capital de Portugal, de padres cristianos, ilustres por sus virtudes y por su sangre; después de oír numerosos y verídicos testimonios, se puede afirmar que, desde su más tierna infancia fué abundantemente enriquecido por la mano todopoderosa de Dios, con los tesoros de la inocencia y la sabiduría.

Muy joven aún, vistió el hábito monástico de los Canónigos regulares de San Agustín y durante once años aplicó todas sus fuerzas en adornar su alma con las virtudes religiosas y su espíritu con celestial doctrina. Elevado por la gracia del cielo, a la dignidad sacerdotal sintió ansias de una mayor perfección de vida. Entre tanto los cinco primeros mártires franciscanos de la Misión de Marruecos, consagraban, con su sangre, los comienzos de la Orden Seráfica.

Antonio, pletórico de entusiasmo ante el triunfo glorioso de la fe cristiana, e inflamado del más vivo deseo del martirio, lleno el corazón de alegría se embarca rum-

bo a Marruecos, y llega felizmente a la costa africana. Acometido al poco tiempo de una grave enfermedad, se ve obligado a pesar suyo a tomar nuevamente la nave para regresar a su patria. Pero se desata una violenta tempestad, y el barco, luego de navegar a la deriva durante un tiempo, abandonado a la furia de los vientos y juguete del vaivén de las olas, es arrojado, sin duda por designio de la divina Providencia, a una costa desierta de Italia.

Se encuentra con San Francisco.—

Desde allí, donde no conocía a nadie y era desconocido de todos, pensó dirigirse a la ciudad de Asís, donde a la sazón se hallaban reunidos en gran número sus hermanos franciscanos y los Maestros de la Orden.

Tuvo, a su llegada, la inmensa dicha de ver y conocer al Seráfico Padre San Francisco, cuyo dulce aspecto le llenó de una dicha tan suave y tan grande, que abrasó su alma en inmenso y generoso ardor seráfico.

Como la fama de la ciencia de la Teología de Antonio ya había ido muy lejos y llegado a oídos del Patriarca Seráfico, éste, después de haberse asegurado de cuán justa era, confía a Antonio la tarea de enseñar la Sagrada Teología a sus hermanos, con este mensaje exquisito.

“A Fr. Antonio, mi obispo, Fray Francisco envía su saludo. Yo desearía que tú enseñaras a los Hermanos la sagrada Teología, con la condición de que durante ese estudio no disminuyera ni en ti ni en ellos el espíritu de la santa oración y piedad y devoción tal cual lo quiere la regla”.

Primer lector de Teología de la Orden Franciscana.—

Antonio cumplió fielmente su cargo de maestro y debió a este título el ser considerado como el primer lector de la Orden Franciscana. Enseñó desde un comien-

zo en Bolonia, entonces sede principal de estudios; luego en Tolosa y por último en Montpellier, donde los estudios estaban igualmente florecientes.

Enseñó a sus hermanos, y su enseñanza produjo abundantes y óptimos frutos, y, como lo prescribiera el seráfico patriarca, no permitió en ningún momento que se debilitara ni en él ni en los demás, el espíritu de oración y piedad. Antes por el contrario, el Santo de Padua buscó instruir a sus hermanos no solamente con el magisterio de la palabra, sino también con el ejemplo de una vida muy santa, conservando y defendiendo especialmente la blanquísima azucena de la pureza virginal.

El Niño Jesús premia la pureza angelical de Antonio.—

No tardó Nuestro Señor Jesucristo, el Cordero divino, en manifestar frecuente y claramente a Antonio, cuán agradable le era ese amor a la pureza. En efecto, repetidas veces mientras Antonio permanecía orando en el solitario desierto de su celda de ermitaño, con sus ojos fijos en el cielo, se le aparecía el divino Niño Jesús, quien, arrojando sus pequeños brazos al cuello del joven franciscano, lo colmaba de suaves caricias; ángel revestido de carne y arrebatado en éxtasis, en compañía de los ángeles y del divino Cordero, Antonio, apacienta entre lirios. (Cant. II, 16).

Predicador elocuente.—

Con cuanta luz resplandeció la enseñanza de Antonio, así como su predicación de la divina palabra, dan fe los autores contemporáneos, y los más recientes: todos están concordes en celebrar y alabar sobremanera su sabiduría a la vez que exaltan su poderosa elocuencia. Quienquiera recorra atentamente los SERMONES del Paduano, descubre en él al eminente exégeta y comen-

tador de las Sagradas Escrituras, al teólogo notable, hábil en explicar luminosamente las verdades dogmáticas, en fin, al insigne doctor y maestro en materias de ascética y mística.

Todas sus predicaciones, especie de tesoro del divino arte de la palabra, pueden ayudar grandemente a todos y muy particularmente a los heraldos del evangelio, y constituir una riquísima mina de la cual puedan, sobre todo los oradores sagrados, extraer abundancia de pruebas y argumentos convincentes para defender la verdad, combatir los errores, refutar las herejías y atraer a los descarriados al recto camino.

Probaba sus afirmaciones con pasajes sacados del Evangelio.—

Teniendo Antonio la costumbre de probar siempre sus afirmaciones con pasajes sacados del Evangelio, merece con justicia el título de DOCTOR EVANGELICO.

En sus escritos, como de fuente inagotable de límpida agua, numerosos sabios teólogos y oradores sagrados han bebido constante y abundantemente en el pasado y beben aún hoy, la santa doctrina, precisamente porque consideran a Antonio como un maestro y le miran como a un Doctor de la Santa Iglesia.

Los Sumos Pontífices alabaron su doctrina.—

De hecho, Sixto IV, en la carta apostólica “Immensa” del 12 de marzo de 1472, escribió de esta manera:

“El bienaventurado Antonio de Padua, cual astro luminoso que brilla en el cielo, por sus virtudes y méritos eminentes, por su profunda sabiduría y su enseñanza de las cosas santas y por su ardiente predicación, ha ilustrado, glorificado y consolidado nuestra fe ortodoxa, así como la Iglesia Católica”.

De igual manera Sixto V, en su Bula apostólica del 14 de enero de 1586, ha escrito:

“El bienaventurado Antonio de Lisboa fué un hom-

bre de una santidad eminente... lleno también de sabiduría divina”.

Pío XI en las fiestas del VII Centenario.—

Nuestro Predecesor inmediato, Pío XI, de feliz memoria, en su carta apostólica ANTONIANA SOLEMNIA, publicada el primero de marzo de 1931, en ocasión del VII centenario de la muerte del Santo y dirigida al Exmo. Monseñor Elías Dalla Costa, entonces obispo de Padua y ahora Cardenal de la Santa Iglesia Romana y Arzobispo de Florencia, celebró aquella ciencia divina que poseía abundantemente el gran apóstol franciscano, y de la cual dió prueba en la restauración de la integridad y santidad de la enseñanza evangélica.

De esta misma carta de Nuestro Predecesor, nos resulta grato todavía recordar las palabras siguientes, puestas tan enteramente en su lugar: “El taumaturgo de Padua ha aportado a la sociedad de su época, totalmente atormentada e inficionada por costumbres disolutas, los esplendores de su sabiduría cristiana y el suave perfume de sus virtudes... En Italia, particularmente se señala la pujanza de su ardiente apostolado; fué ella el escenario de sus extenuantes trabajos, como lo fueron también numerosas provincias de Francia. En efecto, sin hacer excepción de razas o de nacionalidades, Antonio abrazó con su mismo celo activo a todos los hombres, ya fuesen sus compatriotas portugueses, o africanos, italianos, franceses, todos aquellos en fin que a su juicio tenían necesidad de la verdad o de la enseñanza católica. Pero sobre todo se enfrentó a los herejes, Albigenses, Cátaros y Patarinos, que en aquella época habían hecho enormes estragos por todas partes y se esforzaban en extinguir la luz de la verdadera fe en las almas cristianas, en una lucha tan vehemente y tan fructífera, que mereció ser llamado “EL MARTILLO DE LOS HEREJES”.

Fué considerado siempre como doctor de la Iglesia.—

No se puede pasar por alto y guardar silencio, antes bien es menester tener por muy considerable e importante, el elogio que hizo de nuestro Santo el Papa Gregorio IX, quién, después de haber oído predicar a Antonio y haber gozado de su admirable conversación, quiso proclamarlo ARCA DEL TESTAMENTO Y ARSENAL DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS. Muy digno de memoria es el hecho que el 30 de mayo de 1232, once meses apenas después de su preciosa muerte, el taumaturgo de Padua fué inscripto en el catálogo de los santos; se narra que, al final de la ceremonia pontifical solemne de la canonización, el mismo Gregorio IX, entonó en honor del nuevo Santo la antifona propia de los Doctores de la Iglesia: O DOCTOR OPTIME, ECCLESIAE SANCTAE LUMEN, BEATE ANTONI, DIVINAE LEGIS AMATOR, DEPRECARE PRO NOBIS FILIUM DEI.

Y este fué precisamente el motivo por el cual desde entonces, en la Sagrada Liturgia se comenzó a tributar al bienaventurado Antonio el culto propio de los Doctores de la Iglesia, y se insertó en su honor la Misa de los Doctores en el Misal: "SECUNDUM CONSUETUDINEM ROMANAE CURIAE".

Por consiguiente, aún después de la corrección introducida en el calendario por el Papa Pío V, en el año 1570, esta Misa nunca dejó de celebrarse hasta nuestros días en todas las familias franciscanas y en ambos cleros (secular y regular) de las diócesis de Padua, Portugal y Brasil.

En razón de todo cuanto hasta aquí hemos dicho, sucedió que, inmediatamente después de la canonización de Antonio, el gran apóstol franciscano fué representado, en las pinturas y esculturas propuestas a la veneración del pueblo cristiano, teniendo en una mano un libro abierto, signo de la sabiduría y de la ciencia, y, en la otra, una llama, símbolo de la fe y de la caridad.

Instancias hechas a la Sede Romana para que le proclamara solemnemente Doctor de la Iglesia Universal.—

No hay por lo tanto de qué asombrarse que, no sólo toda la orden Franciscana, especialmente en ocasión de los Capítulos y Asambleas generales, sino también muchos ilustres personajes de toda clase y condición hayan expresado y sostenido su vivísimo deseo de ver confirmado y extendido a toda la Iglesia el título y culto de Doctor que, desde siglos, fueron atribuídos al tau-maturgo de Padua. Estos votos se habían intensificado grandemente con ocasión del VIIº centenario de la dichosa muerte y de la canonización de San Antonio, la Orden de Frailes Menores dirigió insistentes súplicas, desde el comienzo, a Nuestro Predecesor inmediato Pío XI, y, recientemente a Nos igualmente, a fin de que Nos tengamos la bondad de poner a Antonio en el número de los Santos Doctores de la Iglesia Universal. Y como, para reforzar este piadoso deseo, vinieron a juntarse no sólo las voces de un gran número de Eminentísimos Cardenales de la Santa Iglesia Romana y de Arzobispos y Obispos, sino también de Superiores de Ordenes y Congregaciones Religiosas, como de otras muy sabias personalidades — clérigos y laicos —, y en fin, miembros de Universidades, Institutos y Asociaciones, Nos, juzgamos oportuno confiar al examen de la S. Congregación de Ritos un asunto de tal importancia.

La Iglesia estudia diligentemente el caso y el Papa hace la proclamación.

Esta S. Congregación, dando prueba, como siempre, de cumplir diligentemente Nuestra orden, designó una Comisión competente para examinar con cuidado la cuestión. Se pidió, pues, y se obtuvo el voto distintivo de cada uno de los miembros de esta Comisión, voto que fué inmediatamente impreso; no quedaba sino inquirir de los miembros de esta misma Congregación si — habiéndose

cumplido las tres condiciones exigidas por nuestro Predecesor Benedicto XIV de feliz memoria, para ser proclamado Doctor de la Iglesia Universal, a saber, una santidad insigne, una ciencia teológica eminente, y una declaración pontificia —, ellos estimaban que se podía proceder a declarar a San Antonio Doctor de la Iglesia Universal.

Por lo cual, después que Nuestro amado hijo Rafael Carlos Rossi, Cardenal Presbítero, secretario de la S. Congregación Consistorial y postulador de dicha causa presentó la relación requerida y obtenida la opinión de Nuestro amado hijo Salvador Natucci, promotor general de la Fe, los eminentísimos Cardenales encargados de los negocios de la S. Congregación de Ritos, reunidos en sesión ordinaria el 12 de junio de 1945, dieron su propio asentimiento.

Visto lo cual, Nos, espontáneamente y por Nuestra propia voluntad, atendiendo el deseo de todos los Franciscanos y demás personas antes mencionadas, por las presentes letras con conocimiento de causa y luego de maduras reflexiones, y en virtud de la plenitud del poder apostólico, **CONSTITUIMOS Y DECLARAMOS A SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR, DOCTOR DE LA IGLESIA UNIVERSAL.** No obstante las constituciones y ordenanzas apostólicas y toda otra cosa contraria.

Nos establecemos esto decretando que, Nuestra presente carta, deba ser y permanecer siempre firme, válida y eficaz y que tenga y obtenga su pleno efecto, y que no pueda ser ni juzgada ni definida de otra manera, a sabienda o con ignorancia, por ninguna persona o autoridad, en contra de lo que ha sido establecido más arriba.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 16 de enero, festividad de los primeros mártires franciscanos, en el año 1946, séptimo de Nuestro pontificado.

Pío PAPA XII.

EL SIGLO XIII

Siete siglos nos separan de la edad que vió la maravillosa vida de San Antonio. Y este lapso de tiempo tiene tal importancia, que bastaría por sí solo para justificar este primer capítulo, aún en el caso de que, más que la distancia material, no estuviese ahí la distancia moral entre el siglo XIII y el XX, para darle su más completa justificación.

Estamos en plena Edad Media, cuando aún se hallan en fermentación los pueblos que deben formar las actuales naciones.

Políticamente la lucha se entabla entre el Imperio, figura monstruosa que tiende sus mil tentáculos, feudos y principados, y el pueblo que anhela la libertad a través de su primera forma del glorioso municipio.

Mas la lucha es fragmentaria, si bien encarnizada, porque no sólo están divididas entre sí las ciudades (güelfas o gibelinas, papales o imperiales), y celosas unas de otras, sino que, entre los mismos ciudadanos,

“.....el uno al otro se roen

los que un muro y un foso encierra”.

Tal es, particularmente, Italia, no obstante la comunidad del nuevo lenguaje, que se manifiesta como presagio de la futura unidad.

La única ligazón, despedazada a veces por la violencia de las pasiones políticas, es la Religión, porque jamás lograron arraigar en Italia las herejías, como sucedió en Francia, donde un día se encontrará nuestro Santo con el preciso fin de combatir el error; mientras que por el contrario, su predicación en Italia, aunque alguna vez tendrá por blanco la herejía, como sucedió en Rímmini y en otros lugares, tendrá por lo general como

fin el volver las multitudes a la santidad de costumbre, aplacar sus odios, apaciguar sus venganzas, mostrando el Cielo a los que, ávidos de goees, ponen su corazón en los bienes terrenos.

El papado, fortalecido con las victorias de Gregorio VII y de sus sucesores, emite resplandores de luz y ejerce una saludable influencia sobre los pueblos; y, sin embargo, la Religión no tiene aún toda la fuerza moral que le sería necesaria, porque no todos sus ministros se hallan a la altura de la vocación.

Por esto el error hace su aparición acá y allá, y alguna vez llega a envalentonarse, hasta el punto de obligar a la Iglesia a las Cruzadas Menores, las cuales, a pesar de no tener por mira la liberación de los Santos Lugares o la lucha contra el mahometismo sensual y cruel, no por ello son menos útiles y necesarias.

El error presenta una forma grosera, mas no por esto menos perniciosa en un siglo de baja cultura, en que prevalece sobre la razón el sentimiento, sobre la realidad la apariencia con que gusta de cubrirse.

Es el maniqueísmo del siglo tercero, que, no habiendo quedado derrotado jamás definitivamente, se presenta más gallardo, después de nueve siglos, en los nuevos fautores, que toman el nombre de *Cátaros*, *Albigenses*, *Valdenses*. Su aparente austeridad de vida y de costumbres es la piel de oveja que encubre al lobo.

Tomando la ocasión de la reprensible moralidad del clero secular y de la relajación del clero regular, que parecía querer ahogarse en la abundancia de los bienes materiales, los cuales engendran unas veces la ociosidad, otras la ambición; estos herejes aseguraban que la Iglesia se había desviado del Evangelio, y que su intento era volverla a su primitiva sencillez; rechazaban, en consecuencia, el lujo en el culto, la riqueza de los sacerdotes, el poder temporal de los Papas. Al mismo tiempo, negaban la autoridad del Sumo Pontífice, el Purgatorio, la invocación de los Santos y otros dogmas

fundamentales, sosteniendo la creencia en los dos principios eternos del bien y del mal; creencia que venía a limitar la potencia misma de Dios y destruía la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Mas Dios sabe aplicar a cada mal el correspondiente remedio, y he aquí que surgen las Ordenes Mendicantes.

Los hercejes tomaban como pretexto de la necesidad de sus reformas la riqueza del Clero, y las Ordenes Mendicantes no sólo aborrecen las riquezas, sino que piden de limosna hasta lo más estrictamente necesario. Cacaraban que se debía volver a lo antiguo, y he aquí a San Francisco que predica, pero más con el ejemplo que con la palabra, y en la simplicidad de su vida reproduce, en cuanto es posible a un simple hombre, los rasgos morales del Nazareno.

“Puesto sobre esta tierra — dice de él su primer biógrafo—, desdeñó con altivez las riquezas terrenas y, ambicionando cosas más sublimes, se entregó de todo corazón a la pobreza. Estrechóla después con castos abrazos, no abandonándola un solo instante y mostrándola a sus hermanos como camino de la perfección y como prenda de las eternas riquezas. Ninguno codició tanto el oro, cuanto él la pobreza; ninguno guardó tan celosamente su tesoro, como él custodió esta perla evangélica. Y su faz, siempre alegre en su simplicidad y franqueza, sólo se enojaba si veía entre los suyos o en los conventos algo contrario a la pobreza. “Hermanos míos, decía el *Poverello*, prediquemos la penitencia más con el ejemplo que con la palabra; abandonémonos al Señor, que ha vencido al mundo con su Cruz. Encontraremos hombres duros, que nos devolverán el mal a cambio de los bienes eternos que queremos proporcionarles; mas ganaremos a todos sufriendo con paciencia y humildad”.

Ni los infieles quedan excluidos de esta caridad; antes bien, de las Ordenes Mendicantes recibió gran impulso la realización de la idea misionera, connatural en la Iglesia desde el mandato del Divino Maestro: *Ite*,

docete omnes gentes: ¡Enseñad a todas las gentes!

Veremos cómo precisamente en la consecución de esta sublime caridad que orienta a nuestro Santo y le encamina por aquella senda que más tarde deberá regular todo el curso de su vida, se halla toda la explicación de su ministerio.

Ni es sólo él el que en su tiempo alcanza estas sublimes cumbres, ya que el Medioevo con sus sombras malignas, con sus odios tenaces, con sus bárbaras costumbres, es también el Medioevo de los heroísmos del perdón, de las maceraciones voluntarias, de los resplandecientes rayos de luz mental.

Y no sólo hay contraste en la sociedad: hay también contraste en los individuos.

No acabamos de explicarnos las grandes dádivas de los ricos, anegados muchas veces en la iniquidad y en el ejercicio de la más refinada crueldad, las conmociones desordenadas de los pueblos ante una nueva doctrina, si no es representándonos estos contrastes espirituales que hacen de aquella Edad un cuadro a la vez sombrío y luminoso: cuadro en el que la miseria espiritual pone de relieve las acciones más nobles y generosas, al mismo tiempo que éstas contribuyen a que parezcan más oscuras las maniobras de los intrigantes, la crueldad de los tiranos, la volubilidad de los individuos.

Hay, sin embargo, una región, aquella en que vió la luz nuestro Santo, que tiene una fisonomía peculiar.

En ella, aún cuando no se dan las virtudes y los vicios del siglo XIII, hay algo particular, debido en parte a su alejamiento de las cortes papal e imperial y más aún al hecho de que el enemigo político es al mismo tiempo el enemigo religioso. La bandera que en Portugal se enarbola para la formación de la patria, es también la bandera bajo la cual puede militar un cruzado: es símbolo de liberación política y religiosa.

De aquí la unidad de aspiraciones, generosidad de resoluciones, que en nuestro Santo culminan en el anhe-

lo del martirio. Anheló tan vivamente alimentado, nos talgia tan fuerte, que ella sola puede explicar la superación de algunos obstáculos, el cambio aparente de deliberaciones tomadas con madura reflexión y bajo las miradas de Dios.

Portugal, sito en los confines del mundo entonces conocido, después de haber recibido el beneficio de la doctrina de Cristo, pasó bajo el dominio de los bárbaros.

Los vándalos, los suevos, los alanos, los visigodos, se suceden en él sin destruir, con todo, la nueva Religión. Ni lo consiguen mejor los árabes que lo invaden en el siglo VIII, juntamente con España, ejerciendo en él por espacio de cuatro largos siglos la más cruel tiranía.

En 1147, Enrique de Borgoña acomete a los moros y, después de haber derrotado aquellas que parecían invencibles falanges, asume el título de "Conde de Portugal". Con todo, su condado es aún minúsculo. Muchas ciudades, y de las más bellas, gimen bajo el bárbaro dominio extranjero y ansían la libertad.

Entonces es cuando se empeña aquella lucha heroica de todo un pueblo contra sus opresores: lucha que Camoens, el Homero portugués, ha celebrado en sus "Lusiadas", el poema de la realeza portuguesa, donde descripciones de batallas y glorias de monarcas, gracias de reinas y fervor de pueblo, se funden en un todo homogéneo que forma la epopeya de un pueblo.

Es claro que un tal ambiente debe ser propicio al heroísmo, porque aquí la lucha está entablada entre el bien y el mal: todo el bien por una parte, todo el mal por la otra.

Nuestro Santo, quien desde su nacimiento parece hacerse extraño a su pueblo, es por el contrario su exponente. En efecto, el heroico pueblo portugués se entrega a la guerra contra el enemigo de la Patria, que es el enemigo de Cristo. Antonio ofrece su existencia por la conversión de los mahometanos, los cuales cesarían así de ser los enemigos de la patria y de Cristo.

EL PEQUEÑO FERNANDO

Se dice que la actual capital de Portugal fué fundada por Ulises, el héroe griego que tanto tiempo anduvo errante por los mares después de la destrucción de Troya, y de él deriva su nombre *Ulix-bona: Lisboa*.

La baña el Tajo, el cual, después de haber recorrido novecientos kilómetros por terrenos montuosos y profundos precipicios, se ensancha al fin en sus alrededores, donde, desembocando en el mar, forma uno de los puertos más bellos del mundo, tanto que los portugueses gustan de llamarla *reina de los mares*.

Vista desde el mar, con su anfiteatro de risueñas colinas cubiertas de verde, con sus viejas torres y castillos pintorescos, con sus iglesias y palacios, es de una belleza tan sugestiva, que justifica el dicho de los portugueses:

*“Que nao tem visto Lisboa
Nao tem visto cosa boa”.*

Quien no ha visto Lisboa
No ha visto cosa hermosa.

Es que, en efecto, la suavidad de su clima, da a la vegetación de sus alrededores una variedad de plantas y de flores, que no es común encontrar en otras partes de Europa.

Allí maduran perfectamente sus frutos los árboles frutales de nuestra Italia, viéndose al mismo tiempo, la palmera datilera y la de adorno, la floridísima pita, el higo de la India, las camelias más bellas de Europa, naranjas tan dulces y sabrosas, que en muchas partes

de Italia y en otras naciones suele llamarse *portogallo* a estos exquisitos frutos.

En los tiempos de que hablamos, no era aún esta ciudad la capital del reino. El rey residía en Coimbra, porque hacía aún poco tiempo que Lisboa había salido de la esclavitud musulmana en 1143.

Había concurrido a su liberación una flota de caballeros cruzados, que navegaban hacia los Santos Lugares, y habían llegado providencialmente a sus aguas a tiempo que el rey Alfonso I la tenía asediada.

Conquistada la ciudad, algunos de aquellos caballeros, seguros de haber cumplido con su voto por haber combatido contra los enemigos del nombre cristiano, se establecieron en ella definitivamente, y se pretende hacer descender a nuestro santo de uno de estos cruzados.

Lo cierto es que sus padres, Antonio y María, eran de noble prosapia y poseían un hermoso palacio cerca de la catedral, es decir, en el punto más importante de la ciudad.

Otros pretenden que el padre de Antonio descende nada menos que de Godofredo de Bullón, el héroe de la “Jerusalén libertada”; y que su madre, era de sangre real.

Sólo nos interesa a nosotros saber que eran ricos en bienes de fortuna y en virtudes, justos en la presencia de Dios y que guardaban escrupulosamente sus mandamientos. El, perfecto caballero, amante de la patria, dispuesto a desenvainar la espada en su defensa; ella, flor de gentileza, adornada con todas las gracias de la belleza y con todas aquellas prendas que hacen amable a una esposa.

Antonio fué el primer fruto de sus nupcias, y vino al mundo a fines del siglo XII, el 15 de agosto de 1195.

En la iglesia catedral de Nuestra Señora del Pilar, en Lisboa, existe aún la fuente bautismal donde recibió las aguas regeneradoras y le fué impuesto el nombre de Fernando en homenaje al que había de ser su primer

maestro y era ya entonces conspicuo en la carrera eclesiástica, su tío canónigo.

Los conciudadanos del Santo conservan esta fuente bautismal con la más profunda veneración, y los fieles tienen la costumbre de posar en ella su cabeza para obtener gracias especiales.

Se conserva también con todo cuidado la puerta por la que fué introducido al baptisterio, y en homenaje al Santo, ha quedado cerrada al tránsito ordinario, por lo que su apertura es indicio de grandes fiestas en honor del Santo de Lisboa.

Pocas cosas nos dicen los antiguos biógrafos sobre la infancia de éste, acerca de la cual guardan casi completo silencio, si se exceptúan algunos hechos prodigiosos, fruto de la ilimitada admiración de la posteridad, la cual se esfuerza en adornar con maravillas la infancia del que más tarde había de ser en verdad maravilloso.

Sabemos, con todo, que fué de óptima índole, inclinado naturalmente a la caridad para con los pobres, a quienes con frecuencia tendía su benéfica manecita; devotísimo de la Virgen, a la cual miraba como su Madre y Maestra.

No era posible que fuera de otro modo, si se considera que el primer nombre que su madre le enseñó a pronunciar no fué el de “mamá”, sino el nombre de la Virgen, a quien él saludó después continuamente con las palabras que eran familiares en sus labios: “Ave María”.

El amor a la Virgen creció en él con el correr de los años, hasta el momento de entregar su alma al Creador, en el que su último acento será aún un ardiente saludo a María.

De esta su gran devoción a la Reina de las Vírgenes arguyeron algunos su voto de virginidad. Si en realidad no hizo, como pretenden, este voto a los cinco años de su edad, con todo, brilló con deslumbrante candor

en su juventud y fué celosamente observado durante toda su vida.

Parece a algunos que el tejer el elogio de los padres es un motivo estereotipado de la vida de todo Santo. No consideran éstos que casi siempre es una necesidad: ya que *el hombre será tal cual los padres hayan plasmado al niño*. En general la vida de cada uno guarda correlación con la educación; y Dios, que en el gobierno del mundo se sirve de los medios ordinarios antes que de los extraordinarios, destina para él que más tarde será ejemplo sorprendente de virtud, un padre y una madre que sepan cultivar con esmero en su corazón aquellos gérmenes que la bondad divina ha sembrado en él. Con razón decía José de Maistre que *un hombre recibe hacia los siete años su forma moral*. ¿Quién podrá dar a esta edad un sello característico moral si no es la influencia del padre y más aún de la madre?

Y Fernando la tuvo de piadosísimos padres, y, como si esto no hubiese sido bastante, el tío paterno, canónigo regular, que enseñaba en la escuela episcopal de Lisboa, añadió además la santidad de su vida, la prudencia de sus consejos y la profunda sabiduría de sus razonamientos.

* * *

Para testimonio de la docilidad del pequeño Fernando y de su inclinación a la oración, nos ha quedado una dulce leyenda, que, aunque no resiste a las observaciones de la crítica, es con todo digna de ser aducida, porque presagia en él aquel dominio sobre las criaturas irracionales, que en realidad le será concedido más tarde por el Señor.

Fernandito se hallaba con su padre fuera de la ciudad, en una propiedad campestre, al tiempo que amarillaban las mieses y los pajarillos vienen a picar alguna semilla del grano que la Providencia hace brotar también para ellos.

Una nube de voraces gorriones revoloteaba en sus alrededores, esperando a que los dos se alejasen del campo para lanzarse en bandadas. El padre, temiendo un estrago, y teniendo por otra parte que alejarse, le dijo al hijo:

—¡Ves, Fernando, cuántos son los ladronzuelos que quieren robarnos la cosecha? Pues bien: tú quedarás cuidando el trigo para impedir que los pájaros devasten el campo.

El niño obedeció; más después que se vió solo, su pensamiento voló hacia su tesoro: y el tesoro de Fernando era Jesús en el Sacramento. Hubiera querido trasladarse a la vecina iglesia para entretenerse un poco mirando una y otra vez la portezuela dorada del Tabernáculo, pensando en la Hostia consagrada, porque sabía que aquellas visitas eran gratas al Señor, porque el corazón le latía con más fuerza en aquellos momentos y sentía en su interior una suave consolación. Mas, a pesar de todo, he aquí que aquellos animalitos le retienen allí casi sin poder hacer nada.

Discurría el pequeñuelo el modo de poder remediarlo, cuando de pronto brilla en su mente un pensamiento.

¿Por qué no reunir a todos los pájaros e impedirles que pudieran hacer daño?

Con ello habría cumplido el mandato, ya que la mies quedaba intacta, y, al mismo tiempo, quedaría satisfecho el deseo de su corazón. Con la simplicidad del Pobrecillo de Asís, de quien un día llegaría a ser discípulo, se pone en medio de la bandada de gorriones y les da orden de que le sigan hasta el poblado, donde los encierra en un amplio local: después vuela a la iglesia.

Una vez allí, no se cansa ya Fernando, y podrá pasar en ella todo el día, si no vienen a llamarle.

Entretanto pasan las horas y el padre retorna al campo a recoger a su hijo, seguro de que éste le habrá obedecido.

No le encuentra, y, lleno de turbación ante aquella desacostumbrada desobediencia, comienza a buscarle con ansiedad, hasta que le halla en la vecina iglesia.

— Hijito mío — le dice en tono de dulce reproche, — ¿es ésta tu obediencia? ¿Y no te había mandado yo que vigilaras para defender el campo? Los pájaros han desaparecido; mas a buen seguro que habrán hecho antes abundante botín. ¡Quién sabe el perjuicio que nos habrán producido!

Fernandito sonríe; sabía ser inmerecido el reproche de su padre, y, por otra parte, era tan dulce permanecer aún un poco ante Jesús...

— Papá — le dijo —, id a la aldea, abrid el aposento más grande, y en él hallaréis a todos los gorriones, que yo he encerrado temporalmente. No es, pues, posible que nos hayan causado daño.

El buen Martín no sabía si creer a las palabras de su hijo, mas, por otra parte, no quiso estorbarle en su fervor. Se fué a la aldea y abrió el cuarto que el hijo le había indicado. ¡Oh maravilla! Los pájaros se encontraban allí todos recogidos, sin estrépito de alas ni de voces, como si tuvieran conocimiento de que eran prisioneros.

Fernandito había cumplido con la obediencia y había tenido entretanto la dulce satisfacción de acompañar a Jesús, prisionero de amor.

* * *

El padre de Fernandito era hombre de armas, caballero que ceñía la espada, desconocedor casi seguramente de las letras. Aún la madre no sabía leer su propio nombre, porque en aquel tiempo el saber leer y escribir era patrimonio de pocos, a excepción del clero, tanto que *clérigo* significaba literato.

El leer y escribir era ocupación de flojos: jamás habría proporcionado las satisfacciones de la carrera de las armas. Además las riquezas no se adquirirían median-

te la doctrina, sino con la espada, con la cual se dominaba también a la inmensa grey de la plebe que por un pedazo de pan trabajaba las tierras del temido señor.

Fernandito hubiera debido seguir la carrera paterna, porque los nobles de aquel tiempo, y él lo era, miraban con desprecio las letras, si bien alguna vez se veían constreñidos a recurrir a los literatos; mas él no sentía gran simpatía por las armas. Los juegos, a veces feroces de sus coetáneos no eran hechos para él, que prefería la plegaria y el retiro: mientras que sus padres pensaban que tal vez más tarde le asaltaría también a él el deseo de la gloria y siempre estaría a tiempo para llegar a ser un perfecto caballero. Mas por ahora podía, ya que era tan retirado y atento, ir a la escuela.

Así pensaban ellos, o tal vez más probablemente así había insinuado el tío canónigo, el cual en las atinadas respuestas del sobrinito había previsto los progresos que éste haría en el camino del saber.

* * *

Con el desmoronamiento del imperio romano, la antigua sabiduría de Roma había quedado arruinada por las impetuosas falanges bárbaras que lo habían hundido. Las escuelas públicas no tardaron en desaparecer, y todos los tesoros de la antigüedad hubieran tal vez perecido si la Providencia no hubiera inspirado a un descendiente de los patricios que les deparara un refugio.

Benito de Nurcia, condensado el espíritu de su regla en el lema: “Ora et labora”, había encerrado en la palabra *trabajo*, no solamente el manual, sino también las actividades del espíritu.

A Montecassino, advierte Montalembert, acuden en gran número, antes y después de la muerte de San Benito, los hijos de las más nobles familias de Italia, juntamente con la flor de los bárbaros convertidos; y aquel monasterio tuvo desde los orígenes una biblioteca.

Los monjes benedictinos, dominados por la ardiente pasión de transmitir a la posteridad el pensamiento humano en su integridad y esplendor, eran los verdaderos dueños de la cultura intelectual y fueron los únicos multiplicadores de los códigos antiguos, y sólo por mediación de ellos pudo llegar hasta nosotros la parte más noble de los tesoros de la humanidad.

Las cátedras de las abadías han sido la cuna de las modernas Universidades, y en aquellas cátedras enseñaron, entre muchos, San Gregorio Magno, San Leandro y San Isidro de Sevilla, San Ildefonso, San Anselmo de Aosta, San Beda el Venerable y San Bernardo de Claraval.

A su imitación surgieron más tarde las escuelas episcopales, y después las parroquiales, que en el siglo XVI tomaron el nombre de elementales.

Carlomagno había intentado dar una coordinación a estas escuelas, estableciendo hasta prebendas para aquellos que se dedicaran a la enseñanza.

Tal era la escuela episcopal de Lisboa, donde enseñaba el tío de Fernandito y donde fué colocado éste, vistiendo con los otros la pequeña veste talar, la cual al mismo tiempo que le designaba para el estudio, le inscribía también en el número de los pequeños clérigos que servían en la catedral.

Siendo él, como era, de noble y acomodada familia, tal vez no recibía gratuitamente el pan de la ciencia, ni estaba dispensado de ciertas cargas escolares; mas con todo estaba, como los demás, sujeto igualmente a una disciplina fija y a un modo de vida determinado, que convertía a las antiguas escuelas episcopales en un embrión de las casas de misiones de nuestros días.

Si el camino del saber no se presenta sembrado de flores, especialmente en sus comienzos, mucho menos lo estaba en aquellos tiempos, en los cuales, faltando o siendo muy escasos los libros, todo el aprovechamiento

debía ser fruto de una atención asidua y esfuerzos de memoria.

Los discípulos debían estar pendientes con toda atención de los labios del maestro y, apenas aprendidos los signos alfabéticos, debían iniciarse en las fastidiosas reglas gramaticales, ya que todo el saber de entonces estaba compendiado en dos cursos, de los cuales existían también algunos manuales caóticos llamados el “*Trivio*” y el “*Cuatrivio*”.

El *Trivium*, como si dijéramos triple vía, comprendía la Gramática, la Dialéctica y la Retórica; el *Cuatrivium* la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía.

Después de estas ciencias, quien se hubiese sentido dispuesto a subir hasta el Sacerdocio, se entregaba al estudio de la Teología: la reina de las ciencias de la Edad Media, la cual providencialmente daba al hombre la respuesta acerca de todo lo que más le interesa, o mejor, acerca de todo lo que más le debería interesar: su último fin.

De los progresos de Fernandito en las ciencias darán más tarde espléndido testimonio sus excelsas prerrogativas de maestro y orador; por lo que se refiere a su adelantamiento en la conducta moral, he aquí el retrato que se nos traza:

“Hubiera él vivamente deseado estar en el puesto de su Salvador, pendiente de la Cruz, o en el de su prójimo cuando se veía afligido y pobre.

En su espíritu, en su corazón, ocupaban el puesto de honor la obediencia a las leyes de su patria y a las órdenes de sus padres, los sentimientos de reverencia hacia el Obispo y los sacerdotes, el respeto a los ancianos, el amor de la pureza, de la vida oculta, de la humildad, del dolor, de la dulzura, de la caridad, de la templanza, de los ayunos, de la abstinencia y el horror a la mentira, dicha aún en bromas” (1).

1. San Pablo.

“Llena la mente de santos propósitos — añade otro escritor—, manifestaba sus proyectos en la presencia de Dios, y con ardiente devoción prolongaba sus plegarias, tanto de día como de noche, rogando al Padre de las misericordias le guiase por el camino mejor, según su beneplácito y según lo que fuese más útil a la salud del alma, tanto para sí como para su prójimo”.

Por esta su ejemplarísima vida de juventud, nuestro Santo fué propuesto, y lo está todavía, a los jóvenes como modelo que imitar, y muchos le eligieron por patrono; porque con su ejemplo dice a la juventud cómo es posible no someterse a la tiranía de los sentidos y cómo, librándose de esta tiranía, se puede lanzar el vuelo hacia elevadas metas.

Y aquí me viene también a mí la tentación de relatar para la juventud, en cuyas manos caerá este libro, los hermosos consejos de un ilustre médico de nuestros días, consejos que podría escribir una pluma avezada en la moral cristiana:

“Oh jóvenes, poneos la mano sobre el corazón y decidme si tal vez el remordimiento de haber cedido a un bajísimo instinto nos os ha conturbado alguna de las más bellas horas de vuestra vida. Vosotros estáis en la edad en que las facultades de los sentidos, del sentimiento y de la inteligencia están en toda su potencia de acción y os abren horizontes infinitos de goces. Vuestra fantasía os embellece los objetos que os circundan y hace latir vuestro corazón ante el magnífico juego fantástico de los sueños del porvenir. El amor, la amistad, la gloria, la ciencia, os hacen estremecer de esperanza y suspirar a la idea de que vuestra vida será demasiado breve para abrazar y comprender el mundo que os rodea; y, sin embargo, vosotros sacrificáis todo esto a un miserable placer de pocos instantes, que os deja envilecidos, estúpidos e impotentes para todo. La lúcida inteligencia se oscurece, la tenaz y pronta memoria de vuestra edad se debilita, la imaginación no refleja ya en su brillante

espejo los fúlgidos colores de vuestra fantasía, la voluntad se embota, una molesta inquietud os atormenta, y os hace pasar largas horas en un estado de indiferencia y de ocio intelectual, que deberíais aborrecer más que la muerte. También vuestro cuerpo se convierte en compañero de dolor del sentimiento y de la inteligencia: las digestiones se hacen difíciles, se experimentan dolorosas sensaciones, muchas veces se tienen náuseas; la piel, espejo de la salud general, palidece y la fisonomía adquiere rasgos macilentos y escuálidos, que casi siempre revelan la culpa a los ojos de un cauto observador.

Vosotros, cuyo empeño es la sublime voluntad de un ideal y que ordenáis la vida hacia un blanco, sea éste la Religión, la ciencia, la gloria o el amor: por cuanto os es sagrada la dignidad de hombre (*la dignidad de cristiano*, añadimos nosotros), no cedáis a un vicio, que os haría precipitar, desde la altura en que os habéis colocado, al fango que está bajo vuestros pies y destrozaría en vuestras manos las armas con que debéis combatir a los formidables enemigos que obstruyen la senda de la verdad, de la belleza y del bien. Si no conocéis aún los sucios placeres, no los estudiéis ni siquiera por gusto de curiosidad o de experimento, porque la prueba sería peligrosa. Si fatalmente los aprendisteis a conocer en una edad en que el entendimiento era aún niño, combatid a vuestro enemigo con el arma más poderosa concedida al hombre: con la suprema facultad de la mente que le unifica y le sublima, con el querer. Educad a esta preciosa facultad con ejercicios generosos y hasta temerarios; quered todo aquello en cuya ejecución halláis dificultad; tened el empeño de construir el edificio espiritual de vuestra vida hasta donde Dios os la concede, y entonces gustaréis la sublime complacencia de haber vencido; la cual merece el sacrificio de los deleites más voluptuosos. Si la naturaleza os ha concedido una débil voluntad, uníos con otros aliados, confiad vuestro secreto a un amigo (*¿quién puede ser mejor amigo que el*

confesor?), uníos a él, venced al enemigo con la emulación, con el premio, con el castigo, en una palabra con todo lo que puede exaltaros o abatirlos; haceos dignos de una de las victorias más difíciles, de una de las palmas más gloriosas" (1).

No se crea que la inocente vida de Fernandito haya sido efecto de un corazón naturalmente insensible, de un alma serena como las aguas de una laguna resguardada de los vientos; porque también él tuvo que sufrir la violencia de las tentaciones y experimentó la tremenda malicia de los asaltos de Satanás. Lisboa era ya entonces una ciudad exuberante de vida por su tráfico, por sus bellezas, por el temperamento meridional de sus habitantes.

¡Cuántas veces le solicitó el deseo de la gloria al ver las naves que se aprestaban para partir a playas lejanas! ¡Cuántas veces el deseo del goce de los bienes terrenos le apremió momentáneamente a la vista de las buenas mercancías venidas de lejos!

¡Cuántas veces la belleza fugaz, que brillaba en las sonrisas de tanta juventud, hizo estremecer a todo su ser, hizo latir más fuertemente su corazón! Mas sólo fué un instante, porque él estaba acostumbrado a la mortificación de los sentidos y su corazón sabía lanzarse fácilmente a las esferas serenas de lo sobrenatural mediante la oración.

En la catedral de Lisboa se conserva aún religiosamente la piedra sobre la que Fernandito habría trazado una cruz para ahuyentar al demonio que se le había aparecido para infundirle miedo.

Según una piadosa leyenda, esta señal, trazada con la presión ligera de las manos de un niño, quedó tan impresa, que jamás pudo ser borrada ni por el ala voraz del tiempo, ni por los besos de los peregrinos que vienen a venerarla.

La prueba más fuerte que tuvo que sostener tam-

(1) Montognaz, *Fisiologia del piacere*, cap. IV.

bién el jovencito Fernando fué contra el enemigo particular de la juventud: la sensualidad.

Uno de los más antiguos biógrafos nos dice, en efecto, que llegando a la completa pubertad, comenzó a sentir los estímulos de la concupiscencia, el deseo de los goces. A éstos se juntó una incitación externa, que debió ser de una vehemencia extraordinaria. El jovencito, que servía como clérigo en la catedral, no se había alejado por esto de la casa paterna, tanto más cuanto que la iglesia y la escuela episcopal se hallaban vecinas del palacio de sus antepasados.

Aquí una muchacha, que tal vez estaba al servicio de su madre, fué vencida por la belleza de Fernandito, por sus modales dulces y atrayentes, y en el paroxismo de la pasión no temió llamar a sí a su pequeño dueño y hacerle obscenas propuestas.

La tentación fué violenta; mas la victoria quedó de parte del castísimo joven, el cual rechazada la descarada criada, comenzó a pensar más seriamente en la verdad de aquellas palabras del Divino Maestro: "*Todo el mundo está puesto en la malignidad*".

Observó más atentamente cuanto se desarrollaba a su alrededor y halló la corrupción aún allá donde su alma pura no la habría sospechado. Entonces fué cuando tomó su decisión y escogió su camino, porque le pareció que había llegado a aquella encrucijada que se llama la elección del propio estado.

PREPARACION PARA EL APOSTOIADO

El monasterio en el cual entró Fernando de Martín, en 1210, a la edad de quince años, se denominaba *San Vicente de Fora*, llamado así por estar su iglesia dedicada al santo mártir de este nombre y por hallarse emplazado fuera de las puertas de Lisboa.

Lo había hecho edificar el rey Alfonso I y la reina Mafalda de Saboya, cuando Lisboa se hallaba aún en poder de los moros y las milicias reales la asediaban.

La erección de aquella iglesia monacal, dependiendo de la Abadía de Coimbra, que le suministraba religiosos, tenía la significación de un acto propiciatorio para obtener la victoria de las armas cristianas y de un sufragio perenne en favor de las almas de aquellos que combatían bajo las banderas del rey.

Los religiosos eran canónigos regulares, es decir clérigos, que vivían según las normas que el gran Obispo de Hipona había dado a sus comunidades de sacerdotes, antes y después de su elevación al obispado.

Tenían sobre las otras órdenes monásticas la ventaja de una cierta libertad de acción que se traducía en tareas dedicadas al servicio de las almas. Se obligaban al servicio de la iglesia a que estaban adscritos, y para mejor poder cumplir todos los ministerios sacerdotales, se entregaban a un estudio particular de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, que eran, son y deben ser las fuentes principales de la predicación católica.

El monasterio de Santa Cruz de Coimbra, del cual damos también desde ahora somera noticia, porque dentro de poco será la palestra de Fernando y el lugar de

su preparación cultural, fué fundado en esta ciudad, entonces capital del reino, por San Teutonio, en la primera mitad del siglo XII. También este monasterio había sido dotado por la munificencia del rey Alfonso y de la reina Mafalda, los cuales escogieron esta iglesia para que en ella estuvieran las tumbas reales. Teutonio, por su parte, trabajó con la palabra y con el ejemplo para que sus religiosos convirtiesen, mediante la santidad de su vida, en santo y venerable este lugar, y como la santidad en el sacerdote no puede menos de hallarse unida a la ciencia de la doctrina sagrada, quiso que su monasterio estuviese provisto de una biblioteca. A este fin envió algunos religiosos doctos y piadosos a otros monasterios con el objeto de sacar copias de los escritos de los Padres de la Iglesia, que se echasen de menos en el cenobio. Este llegó a ser un importante centro de cultura.

* * *

El primer contacto de Fernando con los canónigos regulares tuvo lugar en su propia ciudad, en San Vicente de Fora. Aquí tomó su hábito, hizo el noviciado y emitió la profesión religiosa. Tenemos pocos datos, apenas alguna palabra, de su fervor de novicio. De las resoluciones que tomó durante su noviciado podemos colegir cuán grandes debieron de ser su piedad y su recogimiento, la mortificación de los sentidos y el estudio de las cosas sagradas.

Como cuando admiramos un árbol cargado de frutos no nos paramos a preguntar cuál ha sido su floración, del mismo modo debemos argumentar acerca del noviciado de Fernando.

Apenas habían transcurrido dos años desde su ingreso en San Vicente de Fora, y ya solicitaba pasar a la abadía de Coímbra. Aquí precisamente se ve el fruto de los dos primeros años de vida espiritual, y nos persuadiremos de ello con observar las razones que de este tránsito dan sus biógrafos.

Bien que sus padres, religiosísimos, no se hubiesen opuesto a su ingreso en la religión, sin embargo, no por esto debieron de mostrarse muy entusiasmados con su decisión.

Tal vez su permiso hubiese sido dado con la secreta esperanza de que todo quedaría reducido a un breve ensayo, después del cual, el jovencito, acostumbrado a todas las comodidades de la vida, sentiría la necesidad de retornar a la casa paterna.

Esto se deduce del hecho de que ellos venían con frecuencia a platicar con él, y si bien no se atrevieron a aconsejarle el retorno, tampoco se opusieron a los argumentos a que acudían en su presencia otros de la parentela. Lo cierto es que los discursos de éstos no iban enderezados a aumentar su fervor en los propósitos de la perseverancia.

Miraban a que su mente evocara las riquezas abandonadas, las comodidades, el lujo de la casa, las glorias de los antepasados y hasta los hermosos ejemplos de sus virtudes religiosas y cívicas, para insinuarle que, aún en el mundo, hubiera podido atender, no sólo al bien de su alma, sino también al de su prójimo, tantas veces vejado por amos malos y crueles. Se tenían con él mil miramientos y trataban de acentuar las muestras de afecto hasta el deliquio.

Algunos llegaron incluso a amenazarle, caso de no abandonar en seguida aquella vida, que decían no ser adaptada a él.

Mas Fernando había ya aprendido también la otra sentencia del Divino Maestro: *“El que pone mano al arado y después se vuelve atrás no es apto para el Reino de Dios”*, y permaneció firme, tanto que ante las lixas como ante las amenazas. Con todo, estas conversaciones le eran fastidiosas, estas luchas le hastiaban y tal vez también, movido por la humildad con que siempre se miraba a sí mismo, le pareció que el mejor partido sería abandonar el campo de batalla. Se decidió, en

consecuencia, a dejar a Lisboa para pasar a otra casa de la Orden.

Ni debe causar maravilla esta insistencia de los parientes del Santo, secundada, tal vez, en parte, por sus padres, a quienes, con todo, hemos pintado como óptimos desde el punto de vista religioso. Es historia de todos los tiempos esta aversión al claustro de algunos buenos padres, a los cuales oscurece un poco la vista, la separación completa de los hijos, exigida por la vocación religiosa. A esta razón, para alejarse de su patria, se añadía aún otra. El ingreso de Fernando había sido un suceso clamoroso en Lisboa. Ver a un joven de su categoría abandonar con tanta generosidad las riquezas, había hecho concebir en muchos una gran estima de él, formado en torno suyo una aureola anticipada de santidad, que había ido creciendo cada vez más hasta su profesión. Al joven profeso recurrían como a un oráculo muchos que de pequeños habían sido amigos suyos, y, como siempre se separaban de él edificados, volvían a él con más gusto: porque la santidad verdadera, *que* — como dice San Pablo —, *no es ambiciosa sino benigna, paciente, todo lo soporta y todo lo espera*, tiene el poder de suscitar la admiración y mueve al respeto.

La humildad y la prudencia aconsejan también en este caso la fuga, y a ésta debió de contribuir también, creo yo, otra razón de orden intelectual. El monasterio de Coimbra gozaba de este punto de vista de una fama tan grande de nido de ciencia, que superaba mucho la de su filial de San Vicente de Fora.

Las dádivas de los reyes, aún después de la muerte del fundador, habían permitido a su biblioteca enriquecerse hasta el punto de ser célebre en todo el reino.

Fernando, que, al abrazar la vida religiosa, se proponía como fin la salud de las almas, comprendió sin duda las grandes ventajas que por este lado reportaría en el monasterio de Coimbra, y solicitó el traslado.

Un superior egoísta, que hubiera atendido no al bien de las almas, sino a la utilidad propia y a la del monas-

terio, hubiera hallado mil razones para oponerse a ello; mas no era así el abad de San Vicente de Fora, el cual comprendió que eran justas las razones aducidas y aunque viese con sumo dolor la partida del que era el mejor de entre sus religiosos, concedió el permiso.

* * *

Cóimbra dista de Lisboa tres días de camino por vía terrestre: mas no sabemos si el joven canónigo llegó a su nuevo refugio por vía terrestre o marítima.

Aquí halló por superior a don Juan César, y por maestros de Teología al reverendo don Raimundo y a otro don Juan, laureados en París. Bien pronto comprendió el gran provecho que debía sacar de sus lecciones y de las conversaciones familiares con hombres de tanta doctrina, y bendijo la decisión que había llevado a cabo.

En el silencio de aquel claustro real hizo grandes progresos en el camino de la virtud. Allí ya no tenía las importunas visitas de los parientes y amigos. Allí su fantasía parecía haberse calmado; ni dominaba ya, siquiera momentáneamente, a las facultades superiores del alma. Todo le hablaba de virtud; todo le recordaba su deber de aplicarse al estudio, especialmente de la Sagrada Escritura, en la cual buscaba asiduamente no sólo en sentido literal, sino también el alegórico, al cual recurrían en gran escala los oradores de su tiempo. En Coimbra —nos dice Tomás de Pavía—, don Fernando llevaba una vida fervorosa sobre cuanto se puede decir. Y como, según el dicho de San Jerónimo, no merece alabanzas el que ha estado en Jerusalén, sino el que allí ha vivido santamente, supo él reportar ventajas de la santidad de aquel monasterio, llegando a convertirse en un modelo para todo el que aspira a la senda de la perfección. Con gran actividad cultivaba el propio espíritu y se ejercitaba en la meditación, sin cejar de consagrar a las buenas lecturas todo el tiempo que le quedaba libre después de las ordinarias ocupa-

ciones, ya fuese de día, ya de noche. De estas sagradas lecturas sacaba reflexiones que le ilustraban acerca de la filosofía de la historia, y, paragonando los casos de la propia vida, hallaba estímulos para la virtud, al mismo tiempo que se ponía en guardia contra los lazos de la herejía.

Ni olvidaba fácilmente lo que había leído, antes bien, su tenaz memoria solía reproducirlo para volver a meditarlo, de modo que llegó a ser un tan profundo conocedor de las Sagradas Escrituras que despertaba en muchos la admiración.

“Era él —nos dice otro biógrafo—, de ingenio grande y vivo, franco y abierto en el hablar, de férrea memoria, asiduo cuanto jamás hubo alguno en el estudio que prolongaba hasta las altas horas, sustrayendo el tiempo al sueño y a la recreación. Parco en la comida y más aún en la bebida, austero en lo que miraba a sí mismo, asiduo en la plegaria y profundo en la meditación.

Con todo, su trato era dulce y jovial, de modo que en la Congregación era ejemplo de indulgente dulzura y de caritativa justicia.

No se notaba en él ni vanagloria ni ostentación, sino pudor verecundo y humilde comportamiento, de tal manera que, quien no le hubiese conocido, no hubiera podido formar acerca de sus dotes mentales un juicio conforme con la verdad.

Había distribuido su tiempo con tal cuidado y discernimiento, que no perdía un solo instante en vanidades o tareas ajenas a su estado, y aún aquello mismo que exige la naturaleza, sólo concedió un poco para una comida frugal y un brevísimo reposo”.

“No hay cosa más preciosa que el tiempo, dirá él más tarde; y con todo nada se desprecia tanto con suma ligereza. Pasan los días, en los cuales todos debemos atender a la propia salvación, y, por el contrario, cuán pocos piensan en ello. Se van pasando los días, y nadie

no se usa de dejar perder infructuosamente un día que jamás volverá de nuevo. Aún cuando el Señor nos hubiese concedido mucho tiempo, deberíamos usarlo con mucha cautela. ¿Cómo no deberemos pues, mostrarnos avaros de él desde el momento que es tan poco el que tenemos a nuestra disposición? Hijo mío, conserva tu tiempo, dice el Eclesiástico, porque es cosa sacrosanta”.

* * *

Ocho años estuvo don Fernando en el monasterio de Santa Cruz, los cuales, unidos a los dos pasados en San Vicente de Fora, suman diez años de vida religiosa entre los canónigos regulares. Pocos más que otros tantos pasará en los conventos franciscanos; mas en estos últimos años de vida llevará a cabo cosas maravillosas, por las cuales su fama durará en el mundo.

Por el contrario, la vida del canónigo regular fué la preparación escondida, mas necesaria para el apostolado; fué tan perfecta y completa, que todo el resto será su consecuencia natural.

Don Fernando será maestro en la escuela seráfica; mas toda su ciencia se formó en Coimbra, entre los preciosos códices de aquella biblioteca; será hábil orador, conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, mas aquel conocimiento es efecto de sus meditaciones en los claustros de Santa Cruz: será un taumaturgo, mas esta virtud externa no será sino un efecto de la santidad interna que se manifiesta ya sobrenaturalmente hasta el contacto de sus vestidos de canónigo regular.

No se quiere decir con esto que él no haya progresando desde el día en que mudó el hábito, porque el no progresar en el camino de la virtud hubiera sido lo mismo que destruir todo lo pasado: quíerese decir que el apóstol estaba ya formado en la doctrina y santidad.

* * *

Ya que hemos mencionado lo sobrenatural, he aquí los hechos en su simplicidad.

Don Fernando tuvo una vez el cargo de enfermero al tiempo que se hallaba en la enfermería un hermano suyo tentado por el demonio. La opresión diabólica le había convertido en enojoso para sí y para los otros, por lo que nada le satisfacía, a todo hallaba algo que replicar, caía en excesos de cólera que preocupaban a sus hermanos.

Don Fernando, conocido el estado miserable de aquel pobrecito, se quitó un día la propia muceta, cubrió con ella al enfermo, al mismo tiempo que oraba por él, y desapareció la sugestión diabólica, dejando al pobre enfermo en la más completa tranquilidad para todo el resto de su enfermedad.

Este otro prodigio sirve para confirmar su devoción a la Eucaristía, que vimos ya anunciada en la leyenda de los pájaros reclusos en la villa.

Su amor a la Eucaristía fué un amor precoz y Dios quiso patentizar con un milagro cuán grato le era.

Cierto día se hallaba dedicado a un humilde servicio que le impedía asitir a la Santa Misa, mas cuando las campanas dieron la señal de que el celebrante elevaba la Hostia consagrada, don Fernando se arrodilló para adorarla, y entonces se abrieron milagrosamente las paredes intermedias y le permitieron descubrir el altar y postrarse conmovido a la presencia del Señor sacramentado.

Desde este hecho se estableció en Santa Cruz de Coimbra la costumbre, que aún se practica, de arrodillarse a la señal de la elevación. ¡Oh cuán provechosas fueron a don Fernando las visitas frecuentes al Tabernáculo y la prolongada cercanía de los santos altares.

Su fe robustecía, porque sentía realmente la divina presencia y entreveía a Jesús a través de los velos eucarísticos; crecía su esperanza porque consideraba en el Pan eucarístico la prenda de la gloria futura; se encendía su caridad adorando en la Hostia la más grande manifestación del amor de Dios al género humano.

—¡Y cuál debe haber sido su fervor, cuando subió por vez primera al Santo Altar, para inmolar el manso Cordero, sacrificado por los pecados del mundo! Ya que todo nos induce a creer que fué precisamente en el monasterio de Coimbra donde fué elevado al sacerdocio, juntamente con la consagración sacerdotal su preparación llegó a ser completa.

He aquí como hablará él más tarde de la Eucaristía en sus sermones: “El Señor de los ejércitos preparará a todos los pueblos en este monte un convite de carnes pingües, un convite de vendimia. Convite abundante, ya que, como el Padre del pródigo para reconciliarse con el hijo, mató los terneros más cebados y quiso que las mesas estuviesen ricamente preparadas, así también Dios, para reconciliarse con los hombres, quiso que fuese sacrificado su Hijo. De aquella reconciliación vino el nuevo convite que tuvo comienzo en la última Cena, y que se perpetúa en el Santo Altar. Todos los días se renueva en la iglesia este misterio y se distribuye a los fieles este nuevo manjar descendido del Cielo, el cual confiere a quien lo recibe dignamente la unción de una doble abundancia, ya que endulza las amarguras de la vida y nutre la verdadera y santa devoción.

El maná descendía del Cielo; y Jesús, descendiendo del Cielo en la Encarnación, y dejando su Cuerpo para comida, renueva las maravillas producidas en otro tiempo por el maná a favor de los antiguos hebreos en el desierto. En efecto: la palabra “*maná*” significa etimológicamente “*Qué es esto?*”, y todos pueden decir lo mismo del Cuerpo de Cristo, porque los efectos son magníficos y portentosos, que sobrepujan con mucho a los producidos por el antiguo maná de los hebreos.

Cada día recogían los hebreos un “*gomor*”, es decir una medida de maná, y, en las fiestas, dos “*gomor*”. “*Gomor*” significa consuelo y perfección, porque la comida eucarística es necesaria para nuestro consuelo y nos conduce a la perfección celestial”.

Terminados sus estudios y ascendiendo al Altar, don Fernando se hallaba pues, adecuadamente preparado para el ministerio; con seguridad hubiera recogido en él abundantes frutos, cuando un suceso inesperado abrió a su actividad un cauce imprevisto, si bien presentado.

Hemos dicho que había hecho grandes progresos, no sólo en las ciencias sagradas, sino más aún en la santidad. Mas ésta, lejos de contentarse con flores, aspira a los frutos. Trabajar por la gloria de Dios en el claustro de Coimbra, tal vez entre las aclamaciones de una ciudad, parecía al Santo empresa demasiado pequeña. El sacrificio hubiera sido para él tan ligero, que no se hubiera visto libre a sus propios ojos del reproche de ocioso en la viña mística.

Conocedor profundo de las historias eclesiásticas, había meditado muchas veces sobre las fatigas apostólicas de tantos Padres de la Iglesia que habían afrontado, por la gloria de Dios, privaciones y miserias, insultos y afrentas: algunos habían dado su sangre y la vida en defensa de la doctrina de Cristo, para llevar la hermosa semilla de sus palabras a las gentes bárbaras.

¿Por qué no habría podido hacer otro tanto?

En su misma patria había tantos infieles, secuaces de Mahoma... ¿Por qué no evangelizar a éstos a Jesús Crucificado? Y mejor aún que en la patria, ¿por qué no hubiera podido lanzarse al lejano Marruecos?

El martirio llegó a ser el sueño de su vida; mas, tal vez, no se hubiera encaminado por la senda que a él podía conducirle, si un suceso nuevo no hubiese hecho arder la centella conservada cautelosamente en su corazón, incitándole así a un paso decisivo.

LOS MARTIRES DE MARRUECOS

San Francisco de Asís, que en 1224 había estado de paso en Portugal, había abierto ya conventos en aquella apartada región.

La reina Urraca, mujer de Alfonso II, había conocido al Seráfico Padre, y quedó prendada de su sencillez y sus virtudes, por lo que se sintió feliz en dar a sus hijos un lugar, cercano a la capital adonde solía dirigirse para conversar con aquellos pobres eremitas que le recordaban al *Poverello*.

El lugar donado por la reina estaba plantado de olivos, y por esto tomó el nombre de San Antonio de Olivares, después que los frailes hubieron dedicado su pequeña iglesia al gran eremita de la Tebaida. Alrededor habían levantado toscas cabañas con palos y follaje, y allí llevaban una vida de plegarias y mortificaciones, separados del consorcio del mundo, ya que aquello, más que un convento propiamente dicho, era eremitorio o cenobio.

Raras veces se veía a los humildes frailes en Coimbra: llegaban aquí de vez en cuando, de dos en dos, y quizás por turno, para pedir de limosna un pedazo de pan a los alrededores de Olivares. Alguna vez llegaban a la ciudad para satisfacer el ansia que tenía la reina de entretenerse con ellos en conversaciones espirituales.

En uno y otro caso, el lugar principal adonde se encaminaban era la abadía de Santa Cruz, donde, por algún tiempo, don Fernando ejerció el oficio de portero, el cual había solicitado para ejercitarse en la humildad.

Este oficio le permitía entretenerse mucho más largamente que los otros con aquellos amados huéspedes alojados en la porción del monasterio destinada para los religiosos forasteros.

Sintió que poco a poco crecía su simpatía hacia aquellos pobrecillos, en quien admiraba su completo desprendimiento de todo lo terreno, su humildad, su incondicional obediencia. Acaso los frailes le hablaron alguna vez de su Santo Padre. Le dijeron cómo el hijo de Pedro Bernardone, antes acabado caballero y joven galante en medio de las más alegres compañías, se había desposado con la Dama Pobreza, para hacerse más semejante al Divino Maestro; cómo había hallado gran número de compañeros; cuán sencilla era la vida del Padre y de los hijos, los cuales vivían completamente despreocupados de las cosas del mundo, atentos solamente a las del cielo; cómo el Señor había mostrado serle grata esta forma de existencia realizando portentos con objeto de acreditarla. Un día le añadieron que su Seráfico Padre había destinado algunos frailes para evangelizar a los infieles; le contaron que Francisco había partido al Oriente con este mismo fin y con la secreta esperanza de encontrar allí el martirio; que también habían llegado a Olivares algunos frailes para ir a Marruecos con el mismo designio. Don Fernando vió, en efecto, a los cinco frailes misioneros, que vinieron a pedir por caridad que los alojase por breve tiempo; habló con ellos; les dijo que eran felices con su suerte, y se encomendó a sus oraciones.

Sin advertirlo, en su corazón se había hecho ya franciscano, y en su alma comenzó a sentir nostalgias por Olivares, pues él soñaba en Olivares como el punto de partida desde donde podría emprender el vuelo que le condujera al martirio. Con todo, el afecto a la abadía de Coimbra y a su hábito de Canónigo regular era en él muy fuerte, y este afecto le impedía concretar sus sueños. El impulso definitivo habrían de darlo, a su

vuelta, los cinco misioneros que estaban a punto de partir para Marruecos.

¿Quiénes eran éstos?

* * *

Se llamaban fray Berardo, fray Pedro, fray Aduyto, fray Acursio y fray Otón; italianos todos: algunos de Umbría, otros de la Toscana.

Un día los había llamado junto a sí fray Francisco, y les había dicho, con su acostumbrada sencillez:

—Hijitos míos, el Señor me ha encargado que os envíe a tierras de sarracenos a predicar y confesar su Fe.

—Estamos prontos a obedecer — habían respondido ellos.

Y Francisco:

—A fin de que podáis, hijos míos amados, cumplir mejor la voluntad divina y proveer así al mismo tiempo a la salvación de vuestra propia alma, procurad que reine entre vosotros la paz, la concordia y el vínculo indisoluble de la caridad. Soportad pacientemente las cosas adversas, y en las prósperas dad gracias al Señor, porque sólo así venceréis en vuestras batallas. Imitad a Jesús bendito en la obediencia, en la pobreza, en la castidad, y no os olvidéis de que El nació pobre, y pobre vivió y murió. Y para mostrarnos cuán grande era el aprecio que hacía de la castidad, quiso nacer de Madre Virgen, escogió las primicias de los mártires entre los vírgenes y una muchedumbre de vírgenes forma su corona en el cielo. También practicó El la obediencia hasta la muerte y muerte de cruz. Depositad, oh hijos míos, en Dios toda vuestra confianza y El os guiará y será vuestro sostén. Llevaréis con vosotros solamente un ejemplar de la Santa Regla, que debéis siempre observar, y un breviario para la recitación cotidiana del Oficio Divino y obedeceréis todos al que sea constituido como superior.

Yo gozo, oh hijos míos, en vuestra partida; mas, al ver la vista de vuestra obediencia; mas me es penoso el deber dejaros. Hágase, con todo, la voluntad del Señor, cuya Pasión tendréis ante vuestra mente, a fin de que de ella os venga la fuerza para padecer por Aquel que ha muerto en rescate de nuestros pecados.

Marchad, oh hijos míos, y confiad en Dios; porque como El os envía, os dará fuerzas y poder, después que os haya hecho conocer su santísima voluntad”.

Los cinco frailes se pusieron entonces de rodillas delante del amado Padre, el cual los bendijo con los ojos velados por el llanto, al tiempo que decía:

—Descienda sobre vosotros la bendición del Padre, como descendió sobre los apóstoles, y os suministre fuerza, dirección y consuelo en las tribulaciones. Y no os asustéis, porque el Señor está con vosotros, como un poderoso armado.

Llegados los cinco a Coimbra, la Reina Urraca los había llamado a sí, prestándoles al mismo tiempo toda su ayuda para la realización de sus designios. Después, antes de despedirlos, les había pedido que, a cambio de los beneficios temporales que les había otorgado, le indicasen el día de su muerte.

Los cinco se opusieron, diciendo que ellos no eran profetas; mas las insistencias de Urraca fueron tan apremiantes, que, después de larga oración, obtuvieron la revelación del día de la muerte de la Reina, por lo que, volviendo a ella, le dijeron:

—No os contriste, oh señora, lo que os vamos a decir y el Señor nos ha revelado; alegraos por el contrario, ya que todo lo que nos acontece no sucede sino para vuestro mayor bien, porque Dios nos ama más que lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos. Y El nos ha revelado que dentro de poco tiempo os llamará a sí. Mas esto no tendrá lugar antes de que nosotros hayamos sufrido nuestro martirio. Nosotros, en efecto, daremos

por El nuestras vidas en Marruecos, y nuestros despojos mortales serán conducidos por los buenos a esta ciudad. Vos misma, con vuestro real consorte y todo el pueblo, vendréis a nuestro encuentro. Entonces recordad que se acerca el tiempo de vuestra partida.

Licenciados por la reina partieron los cinco para Alanquer, donde los hospedó la hermana del rey, la santa Virgen Sancha, hasta el momento que pudo embarcarlos para Sevilla, que estaba aún en poder de los moros y que quisieron ellos fuese el primer campo de su apostolado.

Poco faltó para que los cinco franciscanos no recibiesen en Sevilla su corona, ya que, llegados a la ciudad, se encaminaron directamente al Miramolín, el cual, tomando a mala parte sus palabras, pronunció contra ellos la sentencia capital, que después le fué conmutada por el decreto de expulsión, por el que les fué permitido entrar en Marruecos.

Al servicio del Miramolín de Marruecos se hallaba entonces un hermano del rey Alfonso de Portugal, el cual, por choques tenidos con éste, había pasado a los dominios de los moros, manteniéndose, no obstante, fiel a la religión católica.

La providencia divina, que sabe sacar bienes de los males, se sirvió precisamente de él para facilitar a los franciscanos su misión y después para salvar sus reliquias.

Don Pedro (así se llamaba el hermano del rey), acogió a los misioneros y los libró por primera vez de la ira del tirano, tratando después de hacerlos embarcar para Europa. Mas los frailes, burlada la vigilancia de quienes los acompañaban, volvieron a la capital, donde, prendidos y encarcelados nuevamente, fueron liberados por segunda vez por la intervención de don Pedro, el cual los tomó por capellanes de su ejército, con la esperanza de que, dirigiendo su celo hacia los solda-

dos cristianos, dejarían de predicar a los musulmanes con peligro de su vida.

En este tiempo fué cuando fray Berardo hizo brotar milagrosamente un manantial de agua límpida para apagar la sed del ejército diezmado por las consecuencias de una larga sequía. Esto le ganó las simpatías de los mismos musulmanes y le procuró, lo mismo, que a sus compañeros, una cierta libertad de acción, de la cual se valieron en seguida para predicar nuevamente a los infieles.

Más aún: un día, habiendo sabido que el Miramolín iba a ir al sepulcro de sus antepasados predecesores, le esperaron en la vía pública y fray Berardo, subido a un carro, se puso a predicar el Evangelio, con gran ira del Miramolín, el cual ordenó fuesen sometidos a los más crueles castigos.

Llamados a juicio, tomaron ocasión para disputar nuevamente y refutar los errores del Alcorán, así que el juez ordenó que fuesen azotados cruelmente con varas, y después hizo arrojar vinagre y sal en las sangrientas heridas, abandonándolos a las injurias del populacho; el cual se desahogó brutalmente, como suelen hacerlo siempre las masas ignorantes y fanáticas.

Atados de pies y manos, fueron arrastrados por un largo trecho de camino, rodados desnudos sobre guijaros y cascos cortantes, empujados a fuerza de punta-piés y empellones y golpeados de tal manera que sus entrañas quedaron al descubierto, y siendo escarnecidos indecorosamente hasta bien entrada la tarde. Después los arrojaron a la cárcel, donde, recreados por visiones celestiales, se consolaban mutuamente con las más fervorosas exhortaciones y plegarias. Finalmente, conducidos de nuevo a la presencia del Miramolín, procuró éste primero subyugarlos con caricias y promesas; después, viendo que nada conseguía con éstas, empuñando con sus propias manos una cimatarra, les cortó la cabeza, dividiéndoles el cráneo por medio de la frente.

Era el 16 de enero de 1220.

Aquel mismo día, y en el instante mismo del martirio, aparecieron a la princesa Sancha, llevando cada uno en la mano una espada, señal de triunfo. Fueron éstos los primeros gloriosos mártires franciscanos.

No bien tuvo noticia de ello el Seráfico, exclamó transportado de alegría: — Ahora sí que puedo decir verdaderamente que tengo cinco frailes menores —. Desde donde habían partido los mártires para Marruecos, después, volviendo su faz en dirección a Portugal, bendijo con una bendición especial el convento de Alanquer, diciendo:

— Bendito seas tú, oh lugar del Altísimo, que has engendrado cinco flores bellísimas y deliciosísimas para el cielo: flores de color de rosa y sangre, de olor suave, gloriosas primicias de nuestra Orden al Rey de los Cielos. ¡Que jamás falten en ti frailes que observen la ley del Señor!

Los cuerpos de los cinco mártires fueron entregados al pueblo infiel, el cual los tomó por objeto de ludibrio, arrastrándolos por la ciudad y exponiéndolos después para pasto de las bestias; mas don Pedro logró apoderarse de ellos antes de que fuesen estrago de aquéllas, y, envolviéndolos en paños de seda, los colocó en dos preciosas cajas que guardó en su palacio.

Esto le enajenó por completo las simpatías del Miramolín, y él, prevenido de ello a tiempo, se fugó con el precioso tesoro, perseguido en vano por los satélites del tirano. Desde Galicia envió las reliquias a Coimbra, donde fueron recibidas por el rey y la reina (la que pronto les siguió al cielo, conforme a su profecía), y de todo el pueblo en fiesta, que los acompañó a la abadía de Santa Cruz, para darles en aquella iglesia honorífica sepultura.

Recibiéronlas como sagrado depósito los Canónigos regulares, y entre ellos don Fernando el cual, recordando las santas conversaciones tenidas con ellos hacía

apenas un año, sintió que se agitaba su sed de martirio y un desco insistente de ocupar su puesto de apostolado.

—¡Oh, si el Altísimo—, andaba repitiendo dentro de sí— se dignase concederme el tomar parte en la corona de sus mártires ¡Oh, si una espada separase mi cabeza del tronco, al tiempo que yo de rodillas presentaría mi cuello al verdugo por el nombre de mi Jesús bendito! Mas ¿llegaré yo jamás a conseguirlo? ¿Seré yo jamás tan venturoso?

Mientras tanto, volvían con frecuencia los frailes de Olivares con objeto también de venerar los despojos mortales de sus cinco hermanos que don Fernando y los Canónigos de Santa Cruz custodiaban honoríficamente. Las conversaciones de don Fernando iban haciéndose cada vez más fervorosas, y las preguntas acerca de su santa vida más insistentes.

La petición de que fuese aceptado entre ellos no estaba en sus labios; mas dejábase vislumbrar en sus palabras, en la mirada, en la amabilidad con que acogía a los buenos eremitas, y en el disgusto cada vez mayor con que se separaba de ellos.

Una mañana, mientras celebraba la Santa Misa con su acostumbrado angelical fervor, el Señor se dignó concederle una visión, que fué para él la aprobación por parte del Altísimo de sus escondidos designios.

Vió que un fraile mínimo de Olivares, con el cual se había entretenido más de una vez en santas conversaciones, abandonaba sus despojos mortales; le pareció que su alma, en figura de un angelito, atravesaba rápidamente las llamas del purgatorio, para lanzarse después con raudo vuelo hacia el cielo.

¿Con qué los pobrecillos de Francisco se dirigían con tanta facilidad hacia aquella patria bienaventurada?

Antes, los cinco protomártires franciscanos; ahora, el pobre eremita de Olivares parecía que le decía:

—¿Y por qué no nos sigues? ¿Y por qué no vienes con nosotros?

Un día, mientras oraba aún más fervorosamente, en una capilla del monasterio, para alcanzar consejo del cielo, le pareció ver que el Poverello de Asís le invitaba a seguirle.

Vió que tenía el aspecto sencillez y benigno, que tantas veces le habían descrito sus hijos de Olivares.

Cuando, pocos días después, dos de éstos volvieron a golpear a la puerta de la abadía, él los acogió como hermanos, y después les dijo:

— Queridos míos, yo ardo en deseos de vestir vuestra divisa; ni pido otra cosa a vosotros y a vuestro superior, y mío, sino la promesa de que me concederéis ir a Marruecos, donde quiero dar mi vida por Jesús, si esto fuere necesario para la propagación del Evangelio, como hicieron vuestros santos hermanos.

¿Qué obstáculos podía encontrar para este anhelo la santa simplicidad franciscana?

Los frailes de Olivares se alegraron inmensamente al oír estas palabras, y, evocando en su memoria la caridad con que siempre los había acogido benignamente, la docta conversación con que santamente los había edificado y asombrado, el celo con que había honrado a los mártires de Marruecos, como si temiesen que pudiera surgir algún obstáculo para la realización del bellísimo proyecto, fijaron sin más el día siguiente para su ingreso en Olivares.

Entre tanto, ellos llevarían la noticia a sus hermanos y él pediría a su superior la licencia para su traslado.

Dícese que el abad de Coimbra, apenas conocido el proyecto de don Fernando, respondió con una enérgica negativa; mas que después, vencido por la insistencia de éste que supo bien hacer valer sus razones, se rindió, si bien con el más profundo pesar.

Cierto que el abad de Coimbra debió de ser hombre de espíritu y según el corazón de Dios, porque demostró que sabía anteponer el bien de las almas al bien de la propia comunidad. Era, en efecto, evidente que

la decisión de don Fernando tenía origen en las ansias de mayor perfección y en el celo apostólico; porque, aunque el monasterio de Santa Cruz fuese verdaderamente una casa santa donde habían brotado y crecían aún perfumadas flores del paraíso, incomparablemente más lo era la soledad de Olivares; y don Fernando, al pasar de una Religión a otra, no hacía otra cosa sino consolidar los vínculos que le obligaban a la perfección.

El había emitido el voto de obediencia, y con este voto quedaba más estrechamente obligado en Olivares, ya que, hablando naturalmente, es mucho más fácil obedecer a un hombre docto y juicioso, cual era el abad de los canónigos regulares, que no a un hombrecillo, despreciable según el mundo, destituido de ciencia y tal vez ni siquiera sacerdote, cual era probablemente o podía ser su futuro superior.

También había prometido la pobreza al Señor, y él la completaba e integraba, ya que había diferencia entre la comodidad del monasterio de Coimbra y la miseria (aquí la palabra viene de molde) de Olivares. Tal vez, él mismo tendría que andar pidiendo limosna por las calles de Coimbra, donde aunque no era conocida de todos su familia y nobleza, como en Lisboa, era, con todo, conocido como sacerdote ejemplar y docto, reverenciado y estimado por sus prendas morales y por el mismo hábito que llevaba. Tal vez bien pronto sería enviado a pedir un pedazo de pan a sus mismos hermanos, los canónigos, que tanto aprecio hacían de él y en los cuales habría quedado un residuo de rencor por haberlos abandonado después que de ellos había recibido amorosa educación y una cuidadosa instrucción. Y que este rencor, tan natural, aún cuando no demasiado virtuoso, se diese verdaderamente, nos lo prueban las palabras que uno de sus antiguos hermanos le dijo irónicamente en el momento de partir: —¡Vete pues, vete pues, que así te harás santo! Como si hubiera querido decirle: —Si tus miras fuesen realmente la santidad, la hubieras podido alcan-

zar en tu monasterio, lo mismo que en otra parte.

Mas don Fernando, en vez de recoger la insinuación, seguro de su proceder y mostrando que creía que también su hermano era amante de la gloria de Dios, le respondió: — Cuando te digan que yo me he hecho santo, estoy seguro de que darás gracias al Señor.

Si no era una profecía, era ciertamente una ardiente aspiración a la santidad.

Al siguiente día, los franciscanos de Olivares, fieles a su promesa, volvieron trayendo una tosca túnica, una cogulla y una cuerda de cáñamo. Era el nuevo hábito de don Fernando, el cual estaba ya tan enamorado de él que lo quiso vestir antes de abandonar la abadía de Santa Cruz.

Aún cuando este hecho sea contrario a cuanto se acostumbra, está, con todo, plenamente comprobado, pues en este particular concuerdan las fuentes más rendir a los cinco Protomártires franciscanos que habían encendido en él la llama del amor por la nueva Orden, antiguas. Fuese un homenaje que don Fernando quiso fuese que estuviera ya enamorado de la Dama Pobreza, es lo cierto que quiso entrar en Olivares pobremamente vestido.

Verdadero seguidor del Seráfico de Asís, le imitaba hasta en los comienzos de la conversión, y al modo como Francisco se había despojado de sus vestidos en la presencia de sus conciudadanos y delante del Obispo de Asís, para no tener ya ningún lazo con el pasado, así también don Fernando depuso sus honrosos vestidos de canónigo regular con objeto de hallarse más expedito para correr en la nueva palestra.

Y con todo, debió de serle dolorosa aquella partida. En Santa Cruz de Coimbra había pasado él los años más hermosos de la vida: aquellos años que, suceda lo que sucediere, jamás puede olvidar ninguno.

Había ingresado en él a los diecisiete años, con todo el entusiasmo de su juventud, inmune de pecado,

y por esto con una sed inmensa de la verdad y del bien, con su cortejo de ilusiones y anhelos, con aquella confianza plena que no teme los obstáculos, antes bien, a veces los busca para tener la satisfacción de poder superarlos.

Allí había entrado y había saboreado los puros goces del espíritu; se había enriquecido de conocimientos; había llegado al ápice de la ciencia de aquel tiempo; a aquella cumbre de doctrina a que tantas veces había aspirado, como a un estado de quietud y de perfección, capaz de satisfacer la sed del saber que es natural al hombre inteligente y deseoso de ascender, no por los peldaños de la ambición y de la vanidad, sino por los del propio perfeccionamiento moral.

Ahora salía de él, con la firme convicción de que no basta la ciencia, sino que es necesaria la acción, porque la caridad quiere el bien del prójimo y el tesoro de la sabiduría es difusivo por su propia naturaleza.

Salía de él a los vinticinco años con el único deseo de trabajar más afanosamente de lo que su condición de canónigo regular le hubiera permitido; con aspiraciones a un apostolado de valor, más que de ciencia; con la voluntad de dar a Dios la prueba más grande de su amor para con El y para con sus propios hermanos, porque no hay mayor caridad que la de aquel que da su vida por los que ama: "*Majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*".

Salía de él adornado del carácter sacerdotal, el cual le proporcionaría más fácil entrada a la segunda consagración que esperaba directamente de Dios: el martirio.

Era la primavera de 1220.

* * *

Su ejemplo no fué estéril.

Bien pronto le imitaron otros canónigos regulares,

lo que fué causa de algún disgusto entre la abadía de Santa Cruz y el yermo de Olivares.

La gloria de Dios, con todo, sabe triunfar de las pequeñeces humanas, y bien pronto volvió a reinar la más perfecta armonía.

Los canónigos regulares, sin sombra de resentimiento, muestran a los fieles en su iglesia el lugar donde don Fernando depuso su hábito para vestir el saco franciscano: más aún, están orgullosos del Santo, y justamente, porque ellos lo han formado en la medida en que pueden concurrir a una tal transformación las fuerzas humanas.

Por esto todos los años un canónigo regular de Santa Cruz predica el panegírico de San Antonio, el día de su fiesta, en la iglesia de Olivares, y después preside el refectorio, como si fuese el guardián del convento, mientras que dos frailes del eremitorio vienen todos los sábados a pedir la limosna a los canónigos regulares de Coimbra, los cuales les dan en alimentos todo lo que don Fernando hubiera tenido para su manutención en aquella semana.

FRAY ANTONIO

Así llamaremos ya de aquí en adelante a nuestro don Fernando, ya que, llegado que hubo al yermo de Olivares, le fué cambiado el nombre y fué llamado Antonio, en honor del Santo ermitaño al cual estaba dedicado el oratorio.

Los nuevos hermanos le recibieron con toda cordialidad y afecto, a fin de que sintiera menos las incomodidades del traslado que había hecho. Mas ciertamente la nueva vida debía ser vivida con toda su aspereza por el novicio, el cual debía saturarse del espíritu del Poverello: de aquel espíritu que encuentra perfecta alegría allí donde el mundo sólo halla amarguras y sufrimientos.

Henos, pues, aquí al sacerdote docto, y versado en toda disciplina, atendiendo humildemente a las lecciones de sus toscos compañeros: lecciones no de palabras, sino de hechos, que él se esforzaba por imitar, porque se hallaba deseoso de comprender el espíritu de la nueva vida.

El quiere acomodarse a todos los usos seráficos y con humildad adquiere unción y fervor de las conversaciones celestiales de aquellos hombres de Dios, a quienes ve jocundos y alegres en medio de todas las privaciones, siempre confiados en la Divina Providencia.

“Permaneció en Olivares — dice Rigauld —, por algún tiempo juntamente con los frailes, y siendo instruído por éstos en todo lo que mira a la pobreza, a la castidad y a la obediencia, según el espíritu de la Regla de los frailes Menores; nada olvidaba de todo lo

que se le enseñaba, mas todo lo guardaba celosamente en su corazón, y, como si fuese un vaso de arcilla recién sacado de su horno, el cual rusiente absorbe toda el agua que recibe, así recibía él las seráficas enseñanzas, las absorbía, formando de ellas en su corazón raudales, con que un día debía calmar la sed de los demás”.

Por eso él vendrá a ser el hijo predilecto de San Francisco: su *primogénito* por dignidad: a quien le llamará su *Obispo*, admirado de su ciencia.

El espíritu maligno, el cual, según la leyenda, le había ya perseguido bajo las bóvedas de la catedral no reposaba ciertamente ahora que comenzaba a barruntar las derrotas que un día había de infligirle Antonio, y se movía más rabiosamente que hasta entonces en torno suyo.

Hubiera querido aterrarle, espantarle, exagerando las asperezas de la nueva vida.

Quién sabe cuántas veces le había sugerido pensamientos de pusilanimidad, insinuándole: —¿Cómo podrás soportar los rigores de este tenor de vida, tú delicado, tú rico, tú que podrías asegurarte mucho más fácilmente la posesión de los bienes eternos en la Religión que habías abrazado?

Lo cierto es que alguna vez el ánimo de Antonio debe haber rebotado de amarguras sin que, no obstante, cediera ni un palmo a las asechanzas de Satanás, sin pensar ni siquiera un momento en volverse atrás, acordándose, de que el que pone la mano en el arado y se vuelve atrás no es apto para el reino de los cielos.

Por lo demás, le confortaba el Señor en la oración, y le hacía experimentar en su corazón aquella suavidad que sobrepasa a todo sentido: le confortaba el pensamiento de que la nueva vida le preparaba mejor para el apostolado, ya que reflejaba exactamente el mandamiento del bendito Jesús a sus apóstoles, cuando los envió por el mundo. “No queráis llevar con vosotros saco o alforja, ni dos túnicas, ni calzado. Id, de dos en dos, a evangelizar todas las ciudades. Llevad la paz a

los que os reciben; comed con simplicidad lo que os ponen delante. Os envío como ovejas en medio de los lobos; haced, pues, solamente el bien y decid: Se acerca el reino de los Cielos”.

Por esto Antonio ascendía más cada día. Una gracia nueva, un amor más ardiente de Dios se abría paso en su corazón; una llama más grande, que, poco a poco, se convirtió en un incendio. Una fe aún más viva, más fuerte, más iluminada, iba tomando posesión de él, y lo incitaba, lo transportaba cada vez más velozmente, hasta inducirle a dar la vida sin más freno o dilación, por el amor sin límites que ya le penetraba del todo.

* * *

Cuánto durase el noviciado de Antonio, no lo sabemos con precisión.

Cuando entró él en la familia franciscana, ésta, aunque tenía la bendición y aprobación de los Sumos Pontífices, carecía aún de una Regla verdadera y propia, la cual sólo tuvo en 1221 y fué aprobada por Honorio III en 1223. Con todo, antes de la aprobación de la Regla, el Papa se ocupó de la admisión de los frailes, y el 20 de septiembre de 1220 emitió una constitución con la cual obligaba a los aspirantes a un año de noviciado. Mas esta constitución sólo pudo ser conocida en Portugal después que Antonio partió de Olivares; a saber, cuando Antonio había ya entrado a formar parte, como profeso, de la familia minorítica.

Por esto él no hizo el año entero de noviciado.

Tratándose de un religioso docto, piadoso, celoso, que había ya hecho su noviciado en otra Orden, de un sacerdote preparado ya para el ministerio, sus superiores se contentaron con pocos meses; tal vez con aquel poco tiempo que fué necesario para enviar la demanda de Antonio al Ministro Provincial, que estaba bastante alejado, y tener de éste la licencia de hacerle partir para la Misión.

No conviene, en efecto, olvidar que el fin principal del paso dado por Antonio era el de poder ir a Marruecos, para predicar la fe a los Mahometanos. Lo cual estaba en conformidad con el espíritu minorítico, codificado más tarde en aquel artículo de la Regla que dice:

“Si algún fraile, movido de la inspiración de lo Alto, quisiera ir a predicar y convertir a los infieles, vaya con el permiso de su Provincial; el cual en esto no se oponga al súbdito, mas déle licencia con tal que le vea dotado de las prendas necesarias para esto; ya que, obrando de otro modo, estará obligado a dar cuenta a Dios, si en esto o en otra cosa no habrá procedido con prudencia o discreción”. Probablemente, avanzado el otoño de 1220 hizo él la profesión; es decir, emitió los votos, o mejor dicho, los renovó según el espíritu y las costumbres franciscanas, después de lo cual ya no se interponía ningún obstáculo para su partida a Marruecos: y él partió.

Abrazó con toda ternura a los eremitas de Olivares, y, postrado a sus pies, pidióles la caridad de sus oraciones, a fin de que el Señor bendijese sus fatigas haciéndolas fructificar con la conversión de muchos y con el derramamiento de su sangre, el cual había de ser fecundo, como siempre lo fué la sangre de los mártires.

Una no despreciable tradición local dice que se embarcó en Lisboa, su patria, donde pudo así saludar por última vez a sus parientes. Según la costumbre franciscana, tuvo un compañero lego, un español, llamado Felipe, con el cual debió de hacer también el viaje de retorno.

De hecho, el Beato Felipe, terminó sus días no en la península ibérica, sino en el convento de Columbario, de Sena; de aquí fué trasladado y sepultado en Montalcino.

Se cuenta que durante este trayecto se levantó una horrible y furiosa tempestad, mas ni el féretro, ni los que los conducían se mojaron en lo más mínimo. Has-

ta parece que participó, después de muerto, del don que tuvo el mayor de sus compañeros, obrando prodigios desde su sepulcro de Montalcino.

¿Quién podrá decir los sentimientos de Antonio cuando se acercaba a las playas marroquíes?

He aquí que estaba a punto de llegar a la meta, a que tanto había anhelado, por la cual había truncado bruscamente el curso de su vida y le había dado una nueva orientación.

Allí, finalmente, iba a desplegar su actividad. Le parecía estar ya sobre el campo de batalla.

¿Dónde habían de predicar?

Por todas partes. Por los caminos, por las plazas; iría valientemente a las mezquitas; arengaría a las multitudes fanáticas. Alguno se le acercaría, él lo instruiría en la religión de Cristo; después le bautizaría en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por medio de este primer convertido le sería posible introducirse en alguna familia: los prosélitos irían creciendo... y él veía ya en la resucitada Iglesia de Africa, la Iglesia de Agustín y Cipriano, de Felicidad y Perpetua, ofrecer a Dios lirios de pureza, rosas de martirio.

Mas tal vez todo esto no pasaba de ser un sueño...

Tal vez en su primera predicación sería él prendido y conducido a la presencia de un juez inicuo que reduciría a la nada todos sus proyectos sobre la Iglesia de Africa.

Mas entonces se presentaba a su fantasía una perspectiva todavía más hermosa. El disputaría con el juez, le echaría en cara su superstición y crueldad, y éste le haría torturar, azotar a semejanza del Divino Maestro. El permanecería firme en medio de los tormentos y de los azotes y entonces se le dictaría la sentencia de muerte. Antonio inclinaría el cuello presentando la cabeza al verdugo, y alcanzaría la corona, dando a Jesús bendito la última prueba de su amor.

Todo esto era apetecible, era hermoso; demasiado hermoso.

No se realizó.

Antonio debió aguantar algo que era más amargo que el martirio: debió padecer una prueba más humillante: la desilusión más entera y completa, con todas las voces del sarcasmo y de la ironía; ¡una desilusión capaz de hacer desesperar a un alma!

Apenas llegado al suelo africano, le atacó la fiebre de la malaria. Se ilusionó creyendo que sería sencillamente un efecto de las penalidades del viaje, un achaque pasajero. ¡En vano!

Ella le enclavó en un lecho de paja, incapacitándolo para hacer ni la menor cosa sin la ayuda de su fiel compañero.

Le consumió de día en día. Le redujo a un esqueleto, a un hombre incapaz de trabajar en la mística viña. Debió pensar en volver de Africa: en el viaje de retorno. Ello le aniquiló; mas vió en aquella enfermedad la mano del Señor, y se sometió.

El que conoce cuán dura es la inercia en un hombre destinado a la acción, el que sabe cuán amargo es el despertarse de un sueño durante largo tiempo acariciado, el que sabe qué significa el ver despedazada la propia vida, el que sabe cuán humillante es el verse reducido a un esqueleto, el que sabe cuán doloroso es el ver repetirse esta vez las sublimes palabras: "*Fiat voluntas tua: — Hágase, Señor, tu voluntad*".

Había bebido hasta las heces su amargo cáliz; mas si no había vencido al tirano, había vencido a sí mismo, sometiéndose completamente a la voluntad de Dios.

Tal vez, como único consuelo, resonó en sus oídos la sentencia evangélica: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert*. Si el grano de trigo echado en la tierra no muere, queda infructuoso, mas en muriendo produce fruto abundante.

La voluntad de Antonio quedaba ahora muerta,

quedaba enterrada en los abismos de la infinita sabiduría de Dios, el cual, por un decreto de su elevada Providencia, había rehusado lo que a todos hubiera parecido el sacrificio más acepto.

Ya no le quedaba más que macerarse en la oscuridad y en la humillación. ¿Quién sabe si el Señor no le quería emplear en otra parte, haciendo que naciera del grano macerado de la propia voluntad, la espiga de una multiforme actividad?

En los comienzos de la primavera de 1221 pareció que el mal cedía algún tanto, y el pobre misionero emprendió el viaje de retorno.

Socorrido por el fiel Felipe, sube a la nave y se coloca en un oscuro rinconcito.

Sus ojos están lánguidos y apagados; sus pálidos labios se mueven imperceptiblemente para el único consuelo de la plegaria; su cabeza está habitualmente inclinada, como la de un condenado resignado con su suerte.

Algunos meses antes había surcado aquel mar con la mente del conquistador que sueña en el triunfo; con sus proyectos ideados, con su voluntad resuelta, con todas las energías de su espíritu para lanzarse a la acción. Ahora se halla en las manos de la Providencia.

Desembarcar en Lisboa, ser tragado por las olas, ser arrojado por la tempestad a playas desconocidas, todo le es absolutamente lo mismo.

El está resignado con la voluntad de Dios y Dios ha escogido precisamente la tempestad como ejecutora de su voluntad.

Una de aquellas tempestades que agita al Mediterráneo en los comienzos de la bella estación, hace desviar la nave y arroja los pasajeros a las costas de Sicilia.

El naufragio material era el símbolo del naufragio moral. Este había roto todos los lazos de Antonio con su propia voluntad; aquél le alejaba de todo vínculo

terreno y le conducía a la patria nueva: a una tierra lejana que él, hasta entonces, conocía apenas de nombre y que, con todo, llegaría a ser la patria de adopción y el campo principal de su apostolado: Italia.

Anduvieron errantes los dos frailes a lo largo de las costas sicilianas, pidiendo limosna y tratando de saber si por aquellas partes había algún convento.

¡Cuál no fué su júbilo cuando se enteraron de que el Seráfico Padre había enviado sus hijos también a aquella isla desde 1212, y que los pobrecillos de San Francisco tenían una iglesia y un convento en la vecina ciudad de Mesina!

Al punto enderezaron a él sus pasos, haciendo etapas cortas cuales consentían los últimos residuos de la enfermedad, y llegaron a él, siendo acogidos con toda la cordialidad seráfica.

¿Qué importaba que ellos no fuesen conocidos?

Llevaban el mismo saco, estaban ceñidos con la misma cuerda y también ellos eran seguidores de la Dama Pobreza. Eran, por consiguiente, hermanos y como tales quedaron agregados a aquella comunidad.

El encantador clima primaveral de aquella feraz y hermosa isla, el perfume de los bosquecillos de naranjos y cedros, la florida paz de los jardines que le recordaban a Lisboa, y más que todo los asiduos cuidados fraternales, repusieron bien pronto a Antonio de su enfermedad. De día en día era más alegre su convalecencia; sus mejillas iban coloreándose, sus ojos brillaban más vivos, tanto que en los comienzos de mayo se encontraba en disposición de volver a ponerse en camino.

¿Para dónde?

San Francisco, que había dado comienzo a su Orden de Santa María de los Angeles, en las faldas del monte sobre el que se asienta Asís, ardía en deseos de volver a ella frecuentemente para descansar de las largas peregrinaciones; allí era donde solía reunir, de cuando en cuando, a todos sus frailes en asambleas, que se llamaban Capítulos Generales.

En estas reuniones se trataban asuntos del alma; los frailes se confortaban mutuamente con pláticas espirituales; el superior daba cuenta de las cosas más importantes, promulgaba decretos que daban fuerza de ley a las buenas costumbres y hacía desaparecer aquellas otras menos buenas que se hubiesen infiltrado en algún convento o provincia. Algunas veces se procedía al nombramiento de los superiores, después de haber presentado la dimisión de sus cargos o haber sido exonerados de ellos los que los habían desempeñados. Siempre se oía la voz del Padre, con gran consuelo de todos los congregados. San Francisco había establecido que todas estas reuniones se celebrasen dos veces al año: en Pentecostés y en San Miguel, y quería que en ellas pudiesen tomar parte todos los frailes, de cualquier provincia que fuesen y sin distinción de grados o de jerarquías: hasta los mismos novicios podían intervenir en ellas.

Con todo, como fácilmente se deja comprender, no tomaban parte todos los frailes en todos los Capítulos. Para las casas más lejanas hubiera sido lo mismo que destruir los conventos, ya que buena parte del año se les hubiera ido en viajes. Por lo demás, esto se deduce claramente del hecho de que en el Capítulo 1221 (tal vez el más importante en cuanto al número), no se encontraron ni superiores ni súbditos de toda una provincia: la española, a la cual pertenecía Antonio.

En este Capítulo de 1221, que fué llamado también de las Esteras, porque, siendo insuficientes los locales de la Porciúncula, los frailes se alojaron en pequeñas cabañas de ramas, recubiertas de estereras, estuvieron presentes cinco mil frailes.

Era el primer Capítulo que se celebraba después del regreso de Francisco del Oriente.

Por más de un año había éste estado ausente de Asís y se habían esparcido los más extraños rumores acerca del Santo Patriarca.

Unos decían que había perecido en una borrasca; otros aseguraban que había sido hecho prisionero; otros, por fin, afirmaban sin ambages que había sido martirizado por el sultán.

Muchos habían acudido para tener noticias de él; otros para oír de su propia boca la narración de sus gestas. Los asisienses, que le amaban como a su primero y más selecto conciudadano, quisieron festejarle, y no sólo a él, sino también a todos sus hijos que habían venido con el objeto de verle y oírle.

De Asís, de Espoleto, de Perusa, fué llevada en limosna para los frailes tal cantidad de alimentos, que aquéllos se vieron constreñidos a rehusarlos, y, terminado el Capítulo, se detuvieron dos días todavía para evitar que tanta gracia de Dios quedase desperdiciada.

Antonio, repuesto ya de su enfermedad, quiso unirse a aquellos de sus hermanos de Mesina que iban a Asís, al Capítulo de las Esteras.

Jamás había asistido él a un Capítulo general. Esta vez se sintió atraído, no por vana curiosidad, sino con objeto de hacer caudal de las enseñanzas que en él habían de prodigarse; para empaparse aún más de aquel espíritu seráfico por cuyo amor se había despojado de otra sagrada y honrosa divisa.

Mas había aún otro motivo.

El no conocía al fundador. Un fraile de facciones extenuadas de asceta se le había aparecido, es verdad, en Santa Cruz de Coimbra, y le había invitado a ceñirse la cuerda franciscana. El le había reconocido por el Poverello; mas aquello había sido una visión, y había dejado en él todo el perfume de tal cosa: perfume que era una razón más que le impelía hacia Francisco.

El hijo quería conocer al Padre, oír su voz, imprimir bien en el alma su semblanza; ver el afecto de que le rodeaban todos sus demás hijos, y gozar un poco en ello después de las amarguras del invierno pasado.

Ambos, Antonio y Francisco, habían vuelto de una misión en tierra de mahometanos.

Antonio no había podido llevar a cabo nada que redundara en honor de toda la familia; ahora al menos escucharía los triunfos de Francisco y gozaría de los frutos por él reportados como si hubiesen sido frutos de las propias fatigas.

Se puso, pues, en viaje con los hermanos sicilianos, haciendo en barco parte del trayecto y lo restante a pie. Cuando, apenas adentrado en el valle umbro, vió Asís, y uno de los frailes le señaló con el dedo el yermo de las Cárceles, y abajo en la llanura la iglesita de la Porciúncula, le dió un vuelco el corazón, como si hubiese vuelto a ver a Lisboa, su casa paterna.

Según iban avanzando se unían otras comitivas de frailes, y era un conversar alegre de cosas santas; “y en tanta multitud no se oía a nadie hablar de fábulas; mas donde quiera que se reunía un grupo de frailes, o bien oraban, o bien recitaban el oficio; unos lloraban por sus pecados o por los de los bienhechores, otros platicaban de la salvación de las almas”.

* * *

El Capítulo general comenzó el día de Pentecostés, el 30 de mayo: fué presidido por el Cardenal Raineri Capoccio, e intervinieron en él prelados y religiosos insignes de otras Ordenes; tal vez también el fundador de los Frailes Predicadores, Santo Domingo de Guzmán.

Mas a quien se dirigían todas sus miradas y todos los corazones era el Poverello, Francisco de Asís, quien, como de costumbre, dejó oír en aquel Capítulo su palabra, que tan grata resonaba en los oídos y en el corazón de sus hijos, y tomó por tema de su discurso aquel versículo del salmo: “*Bendito sea el Señor Dios mío, que apareia mis manos para la batalla y mis dedos para la guerra*”, animando a los suyos para las fatigas del

apostolado y para la paciencia en la voluntad del Señor.

Antes de la clausura del Capítulo fray Elías, a cuyos pies estaba sentado humildemente el Seráfico, quien le había elegido por Vicario suyo, notó que el Santo le tiraba del hábito; se volvió a él, escuchó sus palabras, y después, vuelto a la asamblea, le dirigió estas palabras, que debieron de ser una tentación para Antonio:

“Hermanos míos — dijo —, el Fraile (así se hacía llamar el Seráfico), nos hace saber que hay un país llamado Alemania, en el cual hay muchos cristianos a quienes con frecuencia vemos pasar por Italia en hábito de peregrino, sin cuidarse de las fatigas y del sudor que les cae de su frente, antes bien cantando alabanzas a Dios y a sus Santos para ir a visitar las tumbas de los apóstoles. Mas como algunos de los nuestros fueron en otra ocasión tratados malamente por aquellos alemanes, el Fraile no quiere obligar a nadie intentar una nueva misión en medio de ellos. Pero si hay entre vosotros alguno que, movido del amor de Dios y del celo por la salvación de las almas, quisiera marchar allí, él concede la misma obediencia, y aún mayor, que la que suele concederse a los que van a Tierra Santa. El que, por consiguiente, desee ir, levántese y colóquese a un lado”.

Noventa religiosos se levantaron dispuestos al sacrificio más completo.

¿No era ésta para Antonio una ocasión para indemnizar el frustrado martirio?

El ciertamente debió de sentir en su corazón un temblor de nueva juventud, y tal vez hizo el ademán de levantarse y colocarse en lugar aparte; mas después se detuvo.

Había puesto ya su vida en el camino del completo abandono: había dado sepultura a su propia voluntad, y ésta no se había de mover a acción alguna externa de apostolado, en tanto no apareciera claramente el llamamiento de Dios.

Se encerró en su silencio, y aguardó los sucesos.

Cuando, distribuídos los cargos, los frailes iban siendo repartidos por las diversas provincias y cada uno se buscaba un superior que quisiese recibirlo o prestaba obediencia al que había sido designado para superior de la propia provincia, Antonio permaneció aparte.

El Provincial de España no se hallaba presente en el Capítulo para poder presentársele. Hubiera podido volver a Sicilia, donde había sido tan bien acogido; mas no quiso adelantarse a nada, y esperó.

Fray Graciano, Provincial de Romaña, buscaba un fraile que fuese sacerdote para ponerlo al servicio de ciertos sencillos ermitaños que llevaban una vida del todo retirada y escondida. No le hacía falta un Padre docto: le era suficiente un Padre que celebrase Misa. Vió a Antonio en un rincón, todo resignado y humilde; le interrogó si era sacerdote, y él respondió que sí. Le preguntó si le gustaría ir con él a la Romaña, respondiendo Antonio que cumpliría la obediencia, le solicitó si iría contento a un pobre eremitorio, perdido entre los montes; y él contestó que estaba en las manos del superior.

Fray Graciano dió gracias a Dios por haber hallado al hombre que le hacía falta; acudió a Fray Elías, y lo obtuvo para su provincia.

* * *

Algunos autores se maravillan de que Antonio no haya intentado en aquel Capítulo hablar con Francisco; se preguntan cómo éste, que conocía a todos sus frailes y leía en el corazón de todos, no se hubiera fijado en Antonio, no le hubiera designado para aquellos cargos, a que por su gran doctrina podía aspirar legítimamente, no en provecho propio, sino para la gloria de Dios e incremento de la Orden.

¡Misterios de la vida de los Santos!

Mas tal vez Francisco leyó en el corazón de Anto-

nio: vió en él un deseo tan intenso de permanecer escondido y humillado, que no quiso contrariarle.

Antonio, por su parte, quedó satisfecho con haber visto a Francisco. No quiso hablarle. Tal vez si hubiese hablado se hubiera descubierto a sí mismo. Calló.

“El, que, como más tarde se mostró, estaba perito en las ciencias sagradas y versadísimo en las letras para predicar la palabra de Dios, en tal medida que nadie tenía mayor derecho que él para hacerlo, en quien corrían parejas la doctrina con la santidad de la vida; él que, si se hubiese dado a conocer, hubiera sido buscado y solicitado de todos, porque su prudencia, su ingenio y su virtud hubieran hecho de él un superior modelo; él, que no cedía a nadie en su excepcional santidad; él, tan altamente dotado y tan santamente adornado, puso toda ambición en quedar olvidado y abandonado, en esconderse a los ojos de todos, aguardando en silencio el destino que se le diera, dispuesto a someterse a la más mínima indicación de la obediencia”.

Se unió al séquito de algunos frailes que marchaban hacia la Romaña: tal vez halló en seguida a alguno que se retiraba al eremitorio, al cual iba también él destinado; se le unió, y pasados pocos días, subía a la soledad de Montepáolo.

EL ERMITAÑO DE MONTEPAOLO

“Ecce ego lactabo eum et ducam in solitudinem et loquar ad cor ejus. — He aquí que yo conduciré al justo a la soledad, allí le daré el mejor alimento y hablaré a su corazón”, había dicho el Señor por boca del profeta. Y verdaderamente la soledad ha sido siempre la aspiración de los Santos, aún de aquellos que la Providencia ha destinado para vivir en el tumulto de las ocupaciones mundanas, en medio de las agitaciones del siglo.

Estos, cuando han tenido apenas un día disponible, se han refugiado en la soledad, y cuando, aún después de una brevísima permanencia, han salido de ella, han llevado consigo su perfume y un nostálgico anhelo que ha resonado cual resignado sollozo en sus escritos y en sus palabras.

Y es que en la soledad el alma entra dentro de sí misma, se purifica mediante el desasimiento, y el silencio la capacita para oír la voz más bella, cual es la de Dios.

San Francisco, si bien no había puesto como base de su Instituto el aislamiento del mundo, como habían hecho los antiguos legisladores monásticos (porque Dios le había suscitado para ir a buscar las almas que se habían extraviado en el mundo), sintió, con todo, este perfume de la soledad, y tuvo una clara visión del gran beneficio que de ella podían reportar sus frailes.

Por eso amó él tanto el éremo de Rivotorto y vivió por algún tiempo en los retiros de Greccio, Alvernia, Montecasale, etc....; por eso compuso un reglamento

para las casas de retiro, con el objeto de que sirviese de guía a todos los suyos que quisiesen saborear la soledad o desearan ir a ella por algún tiempo para volver a templar su vida espiritual.

El reglamento, modelo de sabiduría y de ternura paternal, es del tenor siguiente: “Aquellos que quisieran llevar su vida religiosa en los eremitorios, reúnanse tres o cuatro cuando más: dos de ellos harán de madres y se encargarán de proveer a los otros, que serán como sus hijos. Estos harán la vida de María y los otros la de Marta. Los que hicieren la vida de María, morarán en un lugar cerrado y apartado, en el cual cada uno tenga su celdilla, de manera que sean constreñidos a morar y a dormir en la misma celda. Recitarán, al fin de la jornada, las Completas en común y precisamente cuando el sol esté próximo a su ocaso, y guardarán el mayor silencio posible. Y así recitarán las Horas Canónicas, y se levantarán de noche para rezar los Maitines, de modo que busquen sobre todo el Reino de Dios y su justicia. A la hora conveniente rezarán Prima y Tercia, y desde Tercia guardarán silencio. Con todo, podrán hablar con sus madres y, cuando fuere menester, recurrir a ellas en caso de necesidad y pedirles limosna por amor de Dios, como lo hacen los pobres mendigos. Y después dirán Sexta y Nona y las Vísperas, a su debido tiempo.

Mas no permitirán que nadie los visite en el claustro donde moran, ni tomarán allí su sustento. Y los frailes que hacen el oficio de madres procuren también ellos apartarse de quien quiera que sea, y por el mérito de la obediencia inculcada por el Padre Custodio, alejen de sus hijos a toda persona, de modo que nadie pueda apartarlos del silencio; y los que hacen de hijos no traten con nadie si no es con sus madres y con su Custodio, cuando éste se digne visitarlos, con lo que ganará la bendición de Dios. Y los hijos, a su vez, tomen el oficio de madres, y cámbiense el oficio, según

hubieren convenido entre sí. Y procurarán con todo cuidado observar este reglamento”.

* * *

Montepáolo, en las cercanías de Forlì, era uno de estos eremitorios sito sobre una colina, escuálida y desnuda, de cuatrocientos veinticuatro metros de altura: uno de los contrafuertes del Apenino Toscano-Emiliano; actualmente pertenece a la diócesis de Modigliana, y en el siglo XIII pertenecía a la de Forlì.

La celdilla que en él ocupó Antonio, y que era una concavidad natural de la roca, estaba situada probablemente en el mismo lugar en que mucho tiempo después se erigió una capilla en su honor; mas es de deplorar que no quede ya casi nada que nos recuerde la permanencia del Santo.

El lugar, aunque desprovisto de vegetación, es ameno y pintoresco por el amplio panorama que se le abre por delante, formado por las bellas ciudades y aldeas de la Romaña.

Aquí tuvo nuestro Santo su Tebaida, y ciertamente en ella habría pasado su vida, si no le hubiera llamado a otra parte el Señor, que le había conducido a aquel retiro para hablarle al corazón antes de lanzarle al Apostolado.

En Montepáolo Antonio fué recibido con afectuosa fraternidad, unida al respeto que aquellos buenos eremitas profesaban en sumo grado a aquel sacerdote, en el cual entreveían no sólo santidad de vida, sino también ciencia y doctrina, las cuales, si bien él procurase tener ocultas a los ojos de los superiores, no podían menos de manifestarse en las conversaciones familiares y en la prudencia con que Antonio regulaba su vida y la de la pequeña comunidad, cuando hacía el oficio de madre o Marta, o de María, en conformidad con el reglamento arriba expuesto. Por lo demás, él no se eximió de ningún acto común, ni siquiera de aque-

llos oficios más viles de que a su gusto le hubieran dispensado sus compañeros por respeto al sacerdocio. Más aún, habiendo él observado que todos sus hermanos de Montepáolo dedicaban una parte del día al trabajo manual, trabajo tal vez pesado, para el que no se hallaba preparado, pidió para sí los oficios más humildes de la casa, y arrojándose a los pies del que hacía de superior, pidió y obtuvo el encargo de limpiar la vajilla y barrer el eremitorio. Esto lo hacía con tanta atención y diligencia, que jamás se atrevió a retirarse a su celdilla, lugar de paz y contemplación, sin antes haber desempeñado puntualmente sus humildes servicios.

“¡Oh, humildad admirable! A tan viles menesteres se dedicó Antonio, que por su nacimiento descendía de familia riquísima y noble, si jamás hubo alguna; que fué educado noblemente; que en su casa tenía abundancia de criados; que estaba dotado de tantos talentos, enriquecido además con el venerado carácter sacerdotal, al que su santidad de vida añadía nuevos motivos de veneración. No usaba otro lecho sino una dura yacija, ni otra almohada que una dura piedra, y jamás se acostaba sino después de largas vigiliass y cuando se encontraba verdaderamente oprimido por el sueño”.



Hemos mencionado la celda del Santo. Era la gruta natural que obtuvo de uno de aquellos buenos eremitas, el cual se la había escogido para sí. Esta fué su palestra, el estadio donde cobró fuerzas su espíritu.

Cierto que muchas veces quedaron aquellas pobres paredes bañadas en la sangre que la disciplina hacía salir de su cuerpo; allí fué donde prolongó sus vigiliass en sublimes contemplaciones, allí donde tal vez gozó de algunos celestiales carismas; allí fué donde también tuvo que sostener los asaltos de Satanás, porque en toda persona amada de Dios deben cumplirse necesariamente las palabras: “*Quia acceptus eras Deo, necesse fuit*

ut tentatio probaret te. — Porque eras acepto a Dios, fué necesario que la tentación te probase”, como se prueba en el crisol la pureza del metal precioso.

Mas el tentador sufrió la más clamorosa derrota, como la había sufrido con su antiguo Homónimo en la Tebaida, ya que Antonio supo como aquél blandir las dos armas que, según la respuesta de Jesús, son idóneas para reprimir cualquier demonio, la oración y el ayuno. Mediante la oración sublimó su espíritu; con el ayuno dominó los estímulos de la carne, debilitando su cuerpo hasta el extremo de que, debiendo moverse de la celda para ir al eremitorio, algunas veces le fué imposible arrastrarse hasta él sin la ayuda de sus hermanos, los cuales, viéndole que tardaba, contra su costumbre, comprendían la razón y corrían a su socorro.

Como haya combatido Antonio contra las tentaciones, parece describirnoslo en uno de sus sermones, en el cual aletean ciertamente las reminiscencias de Montepáolo y de las otras soledades que continuó buscando en las pocas ocasiones en que se vió libre de las ocupaciones extraordinarias en que deberá pasar los últimos años de su vida.

“Cuando — dice él —, el hombre espiritual se siente agobiado por la tentación, por alguna terrible sugestión diabólica, levántese pronto para la lucha, prepárese para la guerra y eleve su mente a las cosas celestiales. Tome la disciplina y el cilicio, y, llorando por el peligro de su alma, embista contra aquel cuerpo que, engañado, ha tenido la osadía de renovar en sí mismo las locuras del pasado.

“¡Ay de mí! ¡Ay de mí, oh Señor Dios! En un tal torbellino de malos pensamientos, en medio de tanta devastación del alma, en tan horrible visión, ¿qué he de hacer sino seguir el ejemplo del penitente que dijo: “Mis lomos están llenos de ilusión y no hay ya salvación en mi rebelde carne?”.

El Señor le había negado la gracia del martirio, a

fin de servirse de él para obras admirables; mas le concedió todo su mérito con las maceraciones de Montepáolo. ¿No fueron, en efecto, un prolongado martirio las vigiliás, las disciplinas de sangre, los ayunos y, más que nada, el abatimiento voluntario, la sepultura del propio yo, la humildad profunda, por la cual renegó de su pasado de noble, de docto y de misionero?

Oigamos a este propósito a Rigauld:

“Si sucedía que tenía que alejarse del cremitorio cuando las gastadas fuerzas se lo permitían, mientras, como de costumbre, iba con el compañero, trataba de recogerse, de reconcentrarse dentro de sí mismo, cuanto podía, para aparecer lo menos posible, mas sin ninguna ostentación; sabiendo bien que cuanto más abajo descendamos, a pesar de no hallarnos privados de méritos, tanta mayor abundancia de dones celestiales y de gracia divina hace llover sobre nosotros el Señor. Y como está escrito que el que se ensalza, será humillado, y que del mismo modo que el envilecimiento es castigo de la soberbia, así la gloria es el premio seguro de la humildad; por esto permitía el Señor que de cuando en cuando se manifestase a través de ciertos indicios el mérito singular del Beato Antonio, no obstante sus esfuerzos por aparecer menos que nada a los ojos de los otros. Y como quiera que de cuatro maneras principalmente dió él señales de exquisita humildad, a saber: ocultando su ciencia, ocupándose asiduamente en los más bajos menesteres, mostrándose inferior al compañero, sometiéndose a todos: por ello éstos fueron otros tantos títulos que como especiales fuentes aumentaron su gloria, permitiéndolo así el Señor”, como se verá a continuación.

“En Montepáolo — escribe Spira —, llevó Antonio vida de retiro absoluto, en los límites de lo posible. Allí fortificó su espíritu contra las tentaciones mediante las sagradas meditaciones afianzándose así en el amor de Dios; allí veló solitario en oración todas las noches; allí se confió plenamente a la Providencia divina, po-

niendo en las alturas, en las cosas celestiales, su solidísima esperanza; allí fué también donde maceró tanto su cuerpo, nutriéndose con escaso pan y poca agua, que llegó a no poder tenerse ya en pie. Ocultó la sabiduría de que estaba colmado, vivió simple en medio de los simples, rehusó humildemente el fausto hereditario y, bajo las apariencias de hombrecillo ignorante, escondió también la plenitud de aquella gracia de que estaba colmado”.

* * *

Mas el momento de su exaltación llegó bien pronto.

El atleta se hallaba preparado, y el Señor dió la señal, descubriendo a los superiores de Antonio el tesoro que en él poseían.

Tal vez sucedió esto apenas transcurridos tres meses después de su ingreso en Montepáolo: en septiembre de 1221, o, como quieren otros con mayor fundamento, en la Cuaresma del año siguiente.

Los franciscanos tenían también entonces un convento en Forlí, y el Ministro Provincial, fray Graciano, debiendo hacer ordenar a algunos de sus coristas, los condujo allá, con el objeto de que recibiesen de aquel Obispo la sagrada potestad. Se habían reunido también por la misma razón algunos clérigos dominicos, y tanto los unos como los otros iban acompañados de sacerdotes de sus respectivas órdenes. Entre éstos se halló Antonio, el cual dejó muy de su grado el retiro por asistir a una función que ciertamente iba a renovar en su alma tantas suaves emociones: aquellos afectos y transportes eucarísticos que ya antes había saboreado plenamente, cuando fué ordenado de sacerdote en Coimbra.

Sucedió, pues, que, mientras estaban congregados juntos para la acostumbrada conferencia espiritual, el Ministro provincial suplicó insistentemente que alguno de los dominicos dirigiese una breve exhortación acomodada a aquella solemne circunstancia. Mas como ninguno de los dominicos quisiese aceptar, ordenó a Anto-

nio que, como sacerdote, dijese alguna cosa acomodada al caso, si bien el Provincial mismo creía que la ciencia de Antonio estaba reducida a las Escrituras del Misal y del Breviario, por lo que por muchos era considerado como más apto para limpiar la vajilla que para predicar y exponer los misterios de la revelación y de la Sagrada Escritura.

El auditorio era escogido: se trataba de sacerdotes y de clérigos preparados para el sacerdocio, de una asamblea capaz de cohibir a más de un orador. Mas no era éste el motivo de los titubeos de Antonio y de la repugnancia que mostró en un principio: era más bien el temor de perder en un momento todo el fruto de su humildad, y tal vez también el presentimiento, lleno de temor, de que tendría que alejarse de Montepáolo.

Con todo, la invitación del superior tuvo la fuerza de precepto, y él habló, tomando por lema de su improvisado discurso las palabras de San Pablo a los filipenses, que eran tan acomodadas a los jóvenes ordenandos: "*Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*".

El argumento era a propósito para arrebatarse al orador y sublimar sus palabras. Sin embargo, se mantuvo, en un principio, en guardia contra sí mismo, hablando llanamente, como si dirigiera el discurso a sus sencillos hermanos de Montepáolo; mas de repente fascinóle el tema, el amor de Dios le embriagó, y se sintió como arrebatado por su propia elocuencia, la cual, encerrada y escondida por tanto tiempo, parecía ahora como si quisiera desbordarse completamente de sus labios, a la manera que un río, retenido por diques y barreras, arrastra y transporta todo apenas ha hallado una salida.

En sus palabras había toda la experiencia de quien ha vivido la vida del espíritu, todas las aspiraciones al Bien, todas las más absolutas renunciaciones, y además todo el consuelo de la conformidad con la Voluntad Di-

vina, todo el perfume de la humildad, todo el goce de sentirse conforme a Aquel que se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Las citas y comparaciones escriturarias fluían de sus labios con una facilidad sorprendente, que demostraba su dominio de las sagradas páginas: su voz misma vibraba tan en consonancia con la diversidad de los hechos narrados, con la diferencia de los momentos psicológicos de los oyentes, que éstos quedaron cautivados.

Los frailes dominicos se miraron unos a otros, como preguntando si fray Graciano habría querido burlarse de ellos al invitarles a hablar, hallándose en medio de ellos un tan gran orador, mientras los franciscanos parecían interrogarse mutuamente si era aquél el despreciado ermitaño de Montepáolo.

Fray Graciano, más estupefacto que nadie, daba en su corazón las gracias al Señor.

Había tanta necesidad de valerosos predicadores, que un fraile tan docto y tan santo era una bendición, un don del cielo.

* * *

Antonio volvió a subir a su eremitorio de Montepáolo, mas sólo fué por unos días. El suceso de Forlì había sido tan clamoroso, que no tardó en llegar a oídos de fray Elías, entonces Vicario general, el cual le mandó por obediencia que se dedicara a la predicación.

De este modo la luz fué puesta sobre el candelero; esta vez el Señor aceptará el holocausto de su perfumado sacrificio, como en otro tiempo el de Abel.

Cuando Antonio partió de Lisboa con todo el entusiasmo de un santo para la propagación de la Fe, había aún en él algo que representaba su propia voluntad: era el deseo del martirio, un deseo santo, mas que partía de su "yo". Ahora todo es según la voluntad del Señor, porque la voluntad de Antonio ya no existe: él la

ha destruído para convertirse en un instrumento en las manos del Señor.

De aquí en adelante es Dios mismo el que obra por medio de Antonio; por esto no nos maravillaremos de los prodigios que tendremos que registrar, de su número, de su importancia; tampoco nos maravillaremos de los frutos de su predicación: ¡él es el enviado de Dios!

También San Francisco tuvo noticia del comienzo de la predicación de Antonio, y dícese que, al saberlo, exclamó: “Por fin, también mi Orden tiene un Obispo”; queriendo significar con este apelativo un doctor, capaz de iluminar no sólo a los fieles, sino también a aquellos mismos que deben predicar a los fieles.

Efectivamente, el Seráfico, algún tiempo después, le dió este cargo de enseñar a los frailes, y en esta carta de obediencia se encuentran estas palabras: “A fray Antonio, mi Obispo, fray Francisco augura salud”.

RASCOS EXTERIORES E INTERIORES

Con la salida de Antonio del eremitorio de Montepáolo se inicia el segundo período de su vida: aquel que le engrandece ante la faz de la historia, el que nos han dejado más completo sus biógrafos y en el que comienza a resplandecer aquella virtud taumatúrgica que no cesará con su muerte, antes bien, irá en incremento siempre mayor. !

Antes de seguirle en este segundo estudio de su vida, estará bien que fijemos el retrato del Santo a fin de que su dulce figura resplandezca en nuestras mentes, mientras lo sigamos en sus peregrinaciones apostólicas.

Por “retrato” no han de entenderse únicamente los rasgos externos, los cuales a duras penas podremos reconstruir basándonos en alguna que otra frase de los primitivos biógrafos y observando las antiquísimas pinturas, sino más bien su fisonomía moral; el retrato, casi diría, del alma.

Nos será posible tener un aproximado retrato externo, si nos fijamos en dos pinturas de la basílica antoniana de Padua: la una, ejecutada sobre madera, al temple, engastada actualmente en una de las columnas del presbiterio, la cual es tal vez la antigua pala voladera del altar, que se encontraba en la iglesita de Santa María Mater Dómini, lo que le daría un valor histórico incalculable, ya que habría sido pintada casi enseguida de la muerte del Santo, y cuando todos recordaban su amada fisonomía. En ella el Santo parece

imberbe, de aspecto juvenil, vestido con el hábito en uso de los Menores conventuales.

La otra es un fresco en la entrada de la capilla llamada de la Madonna Mora. La figura está de frente y sostiene con la mano izquierda el libro, que es el elemento distintivo de la iconografía de nuestro Santo, al cual sólo más tarde fuéronle añadidos el lirio, el Divino Niño y, últimamente, el pobre que recibe un pan. La tonsura es de la época antigua. La cara es imberbe y macilenta, mas la complexión más bien corpulenta. El fresco remota al siglo XIII y tal vez ha recibido algún retoque.

Ahora bien, estas dos pinturas concuerdan muchísimo con cuanto nos dice Siccio Polentone, el cual, aún no teniendo la autoridad de las primitivas leyendas, puede en este caso ser seguido, ya por su conformidad con los monumentos, ya también porque bien pudo haberlo sabido por algún escrito que no ha llegado a nosotros y por la autenticación de retratos existentes, hecha de viva voz por sus conciudadanos de Padua; autenticación que sería digna de autoridad y atención, dada la gran devoción con que la ciudad honró siempre al Santo.

En conformidad, pues, con estos documentos, Antonio tuvo una complexión más bien gruesa que delgada, y esta gordura fué acentuada por la hidropesía que le afligió en los últimos años y le condujo a la tumba y era más notable por el hecho de que su estatura tendía un poco a baja. Su faz era dulce y afable, la mirada límpida y profunda, la frente espaciosa, las cejas arqueadas, los labios delicados, mas no salientes. Jamás llevó barba, con lo que resaltaba más su color moreno, un poco pálido, a causa, en parte, de las austeridades y de la enfermedad.

Después que hubo abandonado el hábito de canónico regular, vistió siempre la túnica franciscana, es decir, una especie de saco al que las dos mangas le da-

ban la forma de cruz, y cosido de tal modo que, aún dando libertad de movimiento, cubría herméticamente todo el cuerpo. Tanto la túnica como la cogulla, generalmente separada de aquélla, eran tal vez de color blanquecino, entreverado de hilos negros y de tejido bastante tosco. En la cintura llevó el cordón: una tosca cuerda, convertida en distintivo de la Orden franciscana, tanto que en algunos lugares fueron llamados frailes de la cuerda sus seguidores (*cordeliers*, en francés).

* * *

Como fué dulce la mirada y benigna su faz, así también su carácter.

“Era él tan compasivo e indulgente —atestigua Rolandino—, que amaba a todos como a hermanos. No pudiendo dar a los pobrecitos dinero y bienes de que carecía, porque se había despojado de todo por amor a Jesús, daba todas las llamas de su caridad, se compadecía de sus miserias, los consolaba en sus aflicciones, suavizaba las asperezas de sus dolores con palabras dulces y saludables, y los conducía siempre a Dios”.

También cuando fué superior se conducía con tanta benignidad con sus súbditos, que conseguía ser amado de todos, haciendo valer más la súplica que el mandato.

Algo de este amor a sus hermanos se vislumbra en sus obras: “Una sola es la llamada del amor —dice en su sermón del domingo I después de Pentecostés—, y ella se extiende a Dios y al prójimo, porque uno solo es el precepto de la caridad. Mas hay que amar al prójimo en el bien no en el mal, y es necesario amarle por amor de Dios: y por prójimo hay que entender todos aquellos en cuya frente brilla el rayo de la Imagen Divina, es decir, todos los hombres. Y el que no ama al hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve, el cual es, por otra parte, el mismo Amor de que está privado aquel que no ama?”.

Todo esto, a más que natural, era fruto de su profunda humildad.

Conociendo bien que, según la sentencia patristica, quiere ser robado aquel que lleva públicamente por el camino el tesoro propio, Antonio ocultaba con todo cuidado las virtudes y los dones celestiales que le habían sido concedidos por el Señor; tanto que, a pesar de poseer aquella sabiduría que excitaba la admiración, escondía en cuanto le era posible su ciencia, hasta tal grado que los mismos hermanos que vivían en unión con él, quedaban algunas veces engañados acerca de sus dotes intelectuales. Como *la ciencia*, en expresión del Apóstol de las Gentes, *hincha*, deseaba Antonio ardentemente ser reputado, algunas veces, por ignorante, antes que dar ocasión al demonio de que le tentase de vanagloria.

* * *

Mas si la caridad y la humildad se transparentaban en la vida del Santo, lo que la regulaba plenamente era el celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas; y para alcanzar este santo fin, no escatimó cansancios ni trabajos. Después que los superiores le confiaron la misión de predicar, se entregó a ella con tal ardor y celo que no perdonaba nada, no solicitaba reposo, pasando de una ciudad a otra, de una a otra aldea, por insignificante que fuese, con tal que hubiese en ella algún hereje que conducir al recto sendero, un pecador que reconciliar con Dios, un odio que extinguir, una venganza que frenar; según la diversidad de las contingencias, se hacía todo para todos con objeto de llevar todos a Cristo y, así como sabía usar de todos los recursos de su elocuencia cuando se trataba de sacar del error a los herejes, de la misma manera sabía mostrar todas las ternuras de una madre para consolar a un infeliz, para aconsejar una pobrecita, para quien fuese necesaria o útil una buena palabra. Del mismo modo que no se engreía ni se ensoberbecía por las ma-

nifestaciones de entusiasmo que generalmente seguían a sus sermones, así tampoco se dejaba guiar de humanos respetos, hasta el punto de que si advertía el vicio o la culpa, sabía asestar los golpes, por elevado que fuese el pecador o el culpable.

Elevado a los grados más altos de la Orden, no dejó por eso de predicar a los humildes en las más pequeñas aldeas. Elegido al cargo de Maestro de religiosos y sacerdotes, hallaba igualmente tiempo para todas las demás tareas que le habían sido confiadas por la obediencia o le sugería su alma sedienta del bien, deseosa de extender de todos los modos el Reino de Jesús en el mundo.

* * *

Dos amores particulares tuvo el Santo, y ellos fueron la Virgen Santísima y Jesús Sacramentado.

De estos dos amores estuvo adornada su infancia, su vida íntima, su apostolado.

El alivio que con frecuencia se tomaba, para desahogo de sus sentimientos, era cantar a la Virgen, y no solamente cuando estaba retirado en su celda, sino también algunas veces en público, y con mucha frecuencia interrumpía sus sermones para cantar el himno mariano "*O Gloriosa Dómina*", que quiso repetir aún en el último instante de su vida.

Si queremos formarnos una idea del puesto que en su corazón ocupó la Santísima Virgen, nos bastará hojear sus escritos.

Estos, en general, no son más que simples esquemas de sermones, y algunos los encuentran áridos, precisamente porque no los consideran como tales. Y con todo, cuando Antonio habla de la Virgen, hasta el esquema se viste de color y tiene reflejos de elocuencia, que debía de frisar en lo sublime con su viva voz, que sabía arrastrar a las multitudes, cualquiera que fuese el sistema de sus discursos.

"Sus consideraciones acerca del culto de la Santí-

sima Virgen — observa De Cherancé —, son de una tal precisión teológica, que sólo admite cotejo con la poesía de los sentimientos. Aquí no hay reticencias o reservas: es el hijo que se abandona por completo al instinto de su corazón, es el vidente que celebra una tras otra las sobreeminentes prerrogativas de Aquella cuya espiritual e inefable belleza ha admirado en sus éxtasis. Las imágenes más caras se multiplican bajo su pluma. Compara a María con el lirio que crece a la vera de la corriente de las aguas, al vaso de oro que contiene un perfume de inestimable valor, al arco iris que es la prenda de reconciliación entre Dios y los hombres, a la palma grandiosa que domina sobre las alturas del Líbano, al ciprés que se eleva sobre los árboles, como la Virgen es superior a todas las criaturas angélicas y terrestres”.

Verdadero precursor, más aun, iniciador de aquella escuela franciscana, cuyo ilustre mérito fué la defensa de la Inmaculada Concepción de María, hallaba él expresiones bellísimas para manifestar al exterior su sentir, asegurando ser el alma de María exenta de toda mancha, por no haber podido dejar en ella rastro alguno la serpiente infernal.

La Virginidad, la Divina Maternidad, sus dolores, su Asunción a los Cielos, forman en los discursos de Antonio como una admirable epopeya.

Entresacamos algunos trozos.

“María es como la estrella de la mañana en medio de su obscuridad de las nubes y brilló en el curso de su vida como resplandece la luna en la plenitud de la luz. Como el sol, envía también Ella fúlgidos resplandores. Es como un arco iris, señal de reconciliación entre Dios y el hombre; es como un capullo de rosa que abre su corola en pleno invierno, como un lirio que crece junto a la corriente de las aguas, como incienso que esparce suaves aromas. Ella es un cáliz de oro cubierto de piedras preciosas, un olivo que jamás pierde su follaje, un ciprés que se eleva sobre todos los árboles del bosque.

“Así como sobre el vellocino de Gedeón descendió el rocío, mientras permanecían secas las tierras que lo rodeaban, así también vino el Hijo de Dios sobre este nuevo vellocino: la Virgen Santísima, para tejer para Sí un vestido humano, una carne humana que fué suministrada por esta corderita, María, nuestra ovejita, encontrada por el verdadero Jacob en el pozo de la humanidad.

Ella germinó como el lirio que abre su corola en forma de cáliz sobre un tallo robusto. En efecto, la Virgen fué robusta por la humildad y por su renuncia voluntaria de las cosas temporales, se elevó con la contemplación de las cosas celestiales y fué cándida por la pureza virginal con que dió a luz a su Hijo. Y así como no se altera un lirio al difundir su perfume, así tampoco se alteró el candor de María cuando engendró al Salvador. Al modo que es cándido el Líbano por las nieves que cubren sus cimas, es también Ella todo candor e inocencia, y su perfume puede dar la vida a los pecadores penitentes, y gracias a los justos.

“La Virgen Santísima fué como un jardín, lleno de toda clase de flores, y el Señor la bendijo: Té eres bendita entre todas las mujeres. Mas advierte que María se conturbó cuando el arcángel Gabriel le refirió estas palabras, porque Ella quiso ser bendita entre todas las vírgenes; por esto permaneció perpleja ante aquel saludo”.

En el sermón sobre la fiesta de la Navidad, Antonio vuelve a insistir en la comparación del lirio discurrendo sobre ella con más detalles.

“El lirio nace en una tierra inculta, brota en los valles, es odorífero, es blanco, encierra dentro de sí mismo su perfume cuando está cerrado, lo esparce en su derredor cuando está abierto, tiene seis hojas y los estambres dorados con el pistilo en el centro. Es llamado lirio por su candor, y simboliza a la Virgen, que fué cándida por los fulgores de la Virginidad. Ella dió hoy a luz al Hijo de Dios, del mismo modo que el lirio cuando difunde su olor. Las seis hojas de esta flor corresponden a las seis gradas del trono de Salomón, y los estambres de oro son la pobreza

y humildad de María, que añadieron decoro a su virginidad. El pistilo en el centro de la flor es la excelencia del amor de Dios en el corazón de la Virgen. Digamos, pues, que así como los lirios conservan su belleza en las corrientes de las aguas, su lozanía, su perfume, así también María, cuando dió a luz, conservó toda la plenitud de su pureza. Te rogamos, pues, oh Señora nuestra, Madre de Dios, que, por el nacimiento de tu Hijo, a quien diste a luz permaneciendo Virgen, a quien cubriste con pobres pañales y recostaste en el pesebre, nos obtengas de El un completo perdón. Librenos El de la aridez de nuestros corazones, contraída por nuestros pecados, y sánenos con la medicina de su misericordia, para que de este modo merezcamos también nosotros llegar a los regocijos eternos, para disfrutar de Aquel nacido de la gloriosa Virgen, al cual sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

“El dolor de la bienaventurada Virgen —dice a propósito de su martirio— fué, en la Pasión de su Divino Hijo, como espada que le traspasó el alma. Entonces fué cuando dió a luz por segunda vez, es decir, llegó a ser Madre espiritual de todos los redimidos.

“Su primer parto fué gozosísimo, porque fué virginal; mas este nuevo parto del alma fué dolorosísimo y colmado de toda amargura, porque Ella veía al Hijo de Dios, a quien por obra del Espíritu Santo había concebido y engendrado, clavado en una Cruz en medio de dos malhechores. ¿Qué maravilla si ante tal escena una espada de dolor le traspasara el alma? Oh, todos vosotros que meditáis estas cosas, considerad si hay un dolor tan grande que pueda compararse con éste. Ella fué tan desgarrada en la Pasión al engendrar espiritualmente, porque primero había engendrado, según el cuerpo, a aquel mismo Hijo que entonces sufría, pendiente de la Cruz”.

He aquí los sublimes pensamientos del Santo sobre la apoteosis de María, en este elocuente fragmento del discurso de la Asunción; él nos da además una idea del

uso de las emitologías que Antonio empleó, siguiendo la usanza del tiempo:

“¡Oh! cuán grande es la dignidad de la Virgen gloriosa, que mereció ser la Madre de Aquel que es la fuerza y hermosura de los ángeles y de los Santos. Ella fué la sede de nuestra santificación, es decir, la morada del Hijo que se sacrificó. Por lo que se dice en Isaías: El abeto, el boj y el pino andarán en competencia para adornar la sede de mi santificación, y yo glorificaré el lugar donde se posaron mis pies. El abeto es llamado así porque se yergue más alto que cualquier otro árbol, y representa a los que se dan a la contemplación de las cosas celestiales. El boj, en cambio, no se eleva tanto ni da fruto, mas se conserva siempre verde, y figura a aquellos cuya fe es viva siempre. El pino es llamado así porque tiene hojas agudas, y simboliza a los penitentes, los cuales, conscientes de sus propias debilidades, se compunguen en el corazón con la agudeza de la contrición, vierten de los ojos lágrimas de compunción, que son la sangre del alma. Por consiguiente, todos éstos, a saber, los contemplativos, los que están llenos de fe, y los penitentes, concurren a celebrar esta fiesta, adornados con su devoción, con sus alabanzas y encomios, a la Bienaventurada Virgen, que fué la sede de la santificación de Jesucristo, el principio por el que El pudo santificarse. Por esto dice El en San Juan: *Por ellos me santifico Yo*: es decir, sacrifico la naturaleza creada que asumo *a fin de que ellas sean santificados conmigo y en Mí*, que sacrifico mi humanidad en mi divinidad, enriqueciendo mi humanidad con los méritos de mi divinidad. *Yo glorifico el lugar donde se posaron mis pies*. Los pies del Señor son figura de su naturaleza humana, y el lugar donde se posaron fué la Bienaventurada Virgen, que fué la que le suministró la naturaleza humana. Este es el lugar que hoy ha glorificado el Señor, porque ha elevado a María sobre los coros de los ángeles: lo que significa claramente que la Virgen fué elevada al cielo en cuerpo y alma. Por esto se dice en

el Salmo: *Levántate, oh Señor, en el lugar de tu descanso, Tú y el Arca de tu santificación.* El Señor se levantó cuando subió a la diestra del Padre, y el Arca de la santificación del Señor se levantó en este día, cuando la Virgen María fué llevada al tálamo celestial. El Arca, que se posó hoy sobre los coros de los ángeles. María, nueva Ester, fué muy hermosa cuando la saludó el ángel, fué de increíble belleza cuando sobre Ella descendió el Espíritu Santo, y fué maravillosa a los ojos de todos cuando concibió a su Hijo. Entonces su faz se trocó tan deslumbrante por el esplendor de la gracia, que ni el mismo San José podía fijar bien los ojos en Ella. Ni hay aquí de que maravillarse. Porque si los israelitas no podían mirar a la faz de Moisés, por la gloria pasajera que se reverberaba en su rostro, ¿cuánto menos debió atreverse San José a fijar su mirada en el rostro de la gloriosa Virgen, fúlgida por los rayos del verdadero Sol que llevaba en su seno? Pues el verdadero Sol estaba protegido por la nube (María Santísima) y emitía su rayos de oro a través de los ojos y del semblante de su Madre. Semblante lleno de todas las gracias, grato a los ojos de los ángeles, quienes deseaban mirarse en Ella, resplandeciente como el sol, era el de María.

“Ella es también amable a todo el mundo, el cual mereció por ella recibir a su Salvador.

“Esta nuestra Ester fué condeñada hoy por ministerio de los ángeles ante el trono de Asuero, a saber, al Tálamo eterno, donde mora el Rey de los Reyes, Jesucristo. Este preparó a su Madre un solio todo cuajado de estrellas, porque la amó con preferencia a todos, habiendo tomado su carne de Aquella que tanta gracia y misericordia halló a los pies del Señor. ¡Oh inestimable dignidad de María! ¿Cuándo jamás y quién entre los ángeles y los hombres recibió y pudo recibir tanta gracia y tanta misericordia cuánta fué la que recibió la Virgen María, a quien Dios eligió por Madre de su Hijo, consubstancial y coeterno consigo? Excelsa sobre todas las demás

gracias fué la gracia que consiguió María, la cual tuvo común al Hijo con el eterno Padre. Y por eso mereció hoy ser coronada en el cielo.

“Y le puso la diadema del reino en la cabeza. Presentaos, oh hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la diadema con que la coronó su madre el día de sus desposorios, es decir, de su Concepción, cuando la persona del Verbo se desposó con la naturaleza humana, en el Tálamo de la Virgen...; por esto el mismo Hijo coronó hoy a su madre con la gloria Celestial. Acercaos, pues, mirad a la madre de nuestro Salomón, con la diadema con que fué coronada el día de la Asunción”. (Sparacio).

* * *

Tal afecto a la Virgen nos hace pensar en otra de las virtudes del Santo: la castidad, ya que sólo un alma virginal siente plenamente el perfume de las sublimes virtudes de María. “Antonio —escribe Sicco— murió virgen, como había vivido”.

Por esto su misma presencia tenía algo de celestial que se trasparentaba en toda su persona y comunicaba hasta a los vestidos que sobre sí llevaba una virtud que Satanás no podía soportar.

Durante su estancia en Francia, cayó enfermo en un monasterio de benedictinos, en Solignac. Aquellos Padres tuvieron con él todos los cuidados que San Benito tanto recomienda para con los frailes enfermos, y le señalaron un enfermero. Mas el pobre enfermero estaba atormentado por horribles tentaciones contra la pureza. Advirtiéndolo San Antonio con aquella intuición profética que poseía en grado tan eminente, y después de haberle revelado cuanto le ocurría en su interior, le mandó vestir su saco franciscano.

El monje, confiado en la santidad de Antonio, lo vistió, y la tentación desapareció para siempre.

Satanás tenía verdadero terror de Antonio.

En otra ocasión, mientras era Ministro de la Custodia Limosina, había recibido en la Orden a un joven de Limoges; éste, después de algún tiempo resolvió abandonarla. Antonio le llamó, y, después de haberle manifestado aquella resolución pésima que el joven había mantenido cuidadosamente oculta a todos, le abrió la boca y le alentó diciendo: —Recibe el Espíritu Santo. También entonces la tentación abandonó para siempre al joven, el cual terminó su vida entre los Frailes Menores.

* * *

En la niñez de Antonio vimos ya algo sobre la devoción al adorable Sacramento del Altar, y cómo de ella floreció la piadosa leyenda de los pájaros que Antonio reunió y aprisionó, para procurarse el placer de acompañar al Prisionero de Amor.

Vimos el milagro de Coimbra, cuando las paredes se abrieron para permitir al joven canónigo regular la visión de la Santa Hostia en el momento de la Elevación.

A pesar de todo, si queremos tener una idea más completa de esta devoción, tenemos que recurrir también aquí a su escritos, ya que su primeros biógrafos, preopados por mostrarnos en él el elemento sobrenatural, han dicho tan pocas cosas de su vida interior.

Hablando de la Santa Misa y de su valor de propiciación con relación a nosotros, he aquí la bella semejanza que influye de sus labios.

“Nosotros somos como una esposa que, habiendo cometido una falta, es amenazada por el marido. Si éste, enfurecido, intenta golpearla, ella toma en sus brazos al hijo pequeñuelo y, poniéndolo entre sí y aquel hombre airado, le dice: —¡Pega, al menos si tienes valor para hacerlo, pega a tu misma carne e hiere a tu hijo! El niño se duele de su madre con sus llantos, y el padre, a la vista de las lágrimas del hijo, a quien tanto ama, se amansa y perdona a su esposa.

“Del mismo modo, al Eterno Padre, justamente

irritado por nuestros pecados, y dispuesto a lanzar sobre nosotros, los rayos de su venganza, presentamos nosotros, en la Santa Misa, la Hostia divina, su mismo Hijo, que se ha hecho hombre como nosotros. Sólo mediante esta hostia de paz obtenemos nosotros el perdón, porque El, recordando la pasión y la muerte de su Unigénito Hijo, se olvida de nuestros pecados.

En otro lugar deja transparentar todo su afecto y la íntima amargura de ver desierta la Mesa Eucarística.

“Un pingüe banquete, a saber, el banquete de su verdadero cuerpo, enriquecido externa e internamente de todas las virtudes y con todas las gracias, ofreció Jesús a sus apóstoles, y les mandó, que lo distribuyesen en lo sucesivo y por siempre a todos los que habrían de creer en El. Cree, pues, firmemente y confiesa abiertamente que aquel mismo cuerpo que dió a luz la Virgen fué crucificado, yació en el sepulcro, resucitó y subió a los cielos para sentarse a la diestra del Padre; aquel mismo cuerpo sacrifica todos los días la Iglesia y lo distribuye a sus fieles. Porque al pronunciarse estas palabras: “Este es mi cuerpo”, el pan se transubstancia en el cuerpo de Jesucristo, el cual confiere una doble unción al que dignamente lo recibe, ya que aligera las tentaciones y mueve a la piedad; por esto aparece figurado en la tierra que mana leche y miel, porque endulza las amarguras y nutre la devoción. Infeliz del que se acerca a este convite sin el vestido nupcial de la inocencia o de la penitencia, porque el que come indignamente ha comido su propia condenación. Y ¿cómo podrán jamás juntarse la luz y las tinieblas? ¿qué de común habrá entre Jesús y Judas?... Su misma sangre dió a beber Jesús a sus apóstoles, cuando dijo: “Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados”. Esta misma sangre es derramada sobre nuestros altares, bajo las apariencias del vino, que, puesto en la prensa de la cruz, trasuda sangre por todos los lados.

“¡ Oh, caridad inefable del Amado ! ¡ Oh, amor intenso del esposo, Jesús, hacia su esposa, la Iglesia ! Su propia sangre ofreció El con sus santísimas manos para beneficio de ella.

“Esta es la cena grande, pues está colmada y resplandece con la gloria de la Divina Majestad, con las riquezas de la angélica bienaventuranza, con las delicias de una doble glorificación, a saber, la del alma y la del cuerpo.

“Muchos son los llamados a ella, más pocos son los que acuden, porque es infinito el número de los necios que anteponen a la Cena de la Vida las miserias temporales. El animal inmundo prefiere revolversse entre las inmundicias antes que deleitarse en las cosas santas. Y, con todo, Jesucristo abandonó la Cena de su bienaventuranza para aliviar las miserias en que yacen éstos... De las alegrías del Paraíso bajó a las tinieblas del Limbo, y se anonadó, habiendo antes tomado el vestido de nuestra miseria. Durante treinta y tres años anduvo buscando al hombre que de El había huído. Finalmente, descendió al interior de la tierra, y se encontró con Adán y con su descendencia. Una vez que le hubo hallado, saltó de gozo y le llevó consigo a la celeste bienaventuranza... En la Casa se ciñó un lienzo, porque en su Concepción recibió de la Virgen un vestido cándido y limpio, y no un vestido contaminado, puesto que por obra del Espíritu Santo fué concebido de la Virgen purísima; no sufrió corrupción aquel cuerpo, porque Dios no permitió que su Ungido la sufriese.

“Jesús es nuestro consuelo en las adversidades; por eso dice Isaías: --El se ha hecho la riqueza del pobre, el sostén del miserable en sus afanes, la esperanza contra las tempestades, el refrigerio contra los ardores. — En las angustias de las adversidades mundanas, en el torbellino de la diabólica sugestión contra los ardientes calores de la lujuria y de la vanagloria..., es El nuestro sostén”.

Veremos más tarde cómo Jesús bendito recompensa esta fe y este afecto eucarístico, sirviéndose de Anto-

nio para comprobar el Dogma de la presencia real con un milagro, obrado en presencia de una muchedumbre de herejes y de católicos: el milagro de Rímini.

Tal es el retrato y la fisonomía moral del Santo, del hijo primogénito de Francisco, en muchos de aquellos rasgos que le caracterizan.

Fué además, como el de Asís, pobre en tal grado que buscaba para sí las cosas más despreciadas y viles; amante apasionado de la pobreza hasta tal punto que la comparaba con el oro y la buscaba con la misma diligencia con que los demás buscan las riquezas.

“Con muy justa razón — dice en uno de sus sermones —, puede compararse la pobreza con el oro, *quasi vas auri sólídum*; porque ella es la que asegura a los pobres la magnificencia y la riqueza.

“Las riquezas terrenas son fuentes de aflicción; mas la pobreza nos trae consigo la alegría, ya que, así como el trono de Salomón estaba revestido de oro, así también la pobreza nos reviste de muchas virtudes. Eleva el alma a la contemplación, y hace que la lluvia de los dones celestiales caiga sobre ella. Las riquezas son espigas que punzan; la pobreza, por el contrario, es un lugar de delicias”.

Como el *poverello de Asís*, Antonio amó el retiro y la oración refugiándose en ellos tan pronto como el cuidado de las cosas que le habían sido impuestas por la obediencia le dejaban un momento de libertad. Fué como él, ardiente en la meditación de la Pasión del Señor.

Le imitó hasta en aquel amor sencillo y casto de la naturaleza animada e inanimada, que arrebatava a sus contemporáneos, y no cesan de mirar los posteriores.

San Francisco llamó hermana al agua; Antonio mandó a las ranas que no croasen, y fué obedecido; si el primero habló a los pájaros, el segundo predicó a los peces; si aquél amansó al lobo, éste hizo doblar la rodilla a un jumento.

Podemos, pues, concluir, con el biógrafo de la le-

yenda primera, que Antonio fué la más perfumada flor del jardín minorítico.

Y podemos figurárnoslo en el venerable Patriarca Jacob, de quien dijo Isaac: —He aquí que el perfume de mi hijo es semejante al de un campo repleto de flores y bendecido por el Señor.

La bendición divina, en efecto, regó tan abundantemente este campo y lo fecundizó con tantas virtudes, que le hizo célebre por la humildad, famoso por la paciencia, ilustre por la pureza de las costumbres, eminente en la honestidad, benigno y manso en el trato; en una palabra, agraciado en todo, tanto en la presencia del Señor, como ante los hombres.

EL PRIMER CAMPO DE APOSTOLADO

El mandato recibido de fray Elías sacaba a Antonio del eremitorio de Montepáolo en calidad de predicador general, es decir, que tenía permiso para predicar donde quiera que fuese solicitado o su palabra fuese útil para la extirpación de la herejía y para el mejoramiento de las relajadas costumbres.

No faltaban predicadores en el siglo XIII: tal vez los había en abundancia, y esto era más bien un mal que un bien, por cuanto la mayoría de ellos subían al púlpito por ambición o por lucro temporal.

De aquí resultaba que su palabra no era escuchada con respeto; también porque muchas veces era desmentida por las obras.

Y a la verdad, aún cuando desde hacía tres siglos durase la lucha contra los abusos del clero y con este fin hubiesen surgido en la Iglesia Ordenes religiosas, con todo, el mal no había desaparecido aún.

El sistema feudal continuaba siempre demasiado sólido, y éste era, por su misma naturaleza, absolutismo por una parte y favoritismo por otra.

Con demasiada frecuencia, los pingües beneficios venían a parar a manos, no de los más dignos, sino de los más astutos; muchísimas veces eran patrimonio de los más ignorantes, los cuales, conscientes de la propia ineptitud, buscaban el arrimo del pequeño señor feudario o del Prelado vicioso, delante de los cuales se humillaban, prodigándoles mentirosas alabanzas, para recibir de ellos la debida compensación.

El pequeño señor cruel y despótico y el Prelado vicioso nada tenían que temer de estos humildísimos

siervos, los cuales eran incapaces de atreverse a levantar la voz contra el vicio, cuando éste aparecía personificado en el poderoso del mundo.

El Santo intuyó en seguida este grave achaque y he aquí por qué hallamos en sus sermones las más encendidas invectivas aún contra las persona eclesiásticas y contra los oradores de su tiempo.

Antonio era del temple de aquel San Juan Gualberto, que algún siglo antes no había titubeado en denunciar en la plaza pública de Florencia a su propio abad y a su propio obispo, tenidos hasta entonces en concepto de hombres de bien.

A éstos, dice nuestro Santo: “El que predica la verdad da buen testimonio a Cristo, mientras que se lo niega el que la calla. Como la verdad suele atraerse el odio, algunos, para no incurrir en este injusto odio ajeno, cierran sus labios con un riguroso silencio. Si dijeran la verdad como debieran hacerlo, si siguieran la recta razón y el mandamiento del Señor, incurrirían en el odio de aquellos que viven según las máximas falaces y las costumbres perversas del mundo, que han abandonado. Mas como tales predicadores pertenecen a la misma masa de los carnales e imitan sus costumbres, tienen por esto miedo de escandalizar al mundo, descubriendo sus torpezas, siendo así que ni aún por este escándalo debe callarse la verdad. Cuando los discípulos refirieron a Jesús que los fariseos se habían escandalizado de sus palabras, la Verdad encarnada respondió: --Lo que no ha sido plantado por mi Padre será exterminado y destruído. No os preocupéis, pues, de ellos, que son ciegos y guías de ciegos. ¡Oh predicadores ciegos como lo fariseos: porque teméis las iras de los mundanos, incurris en el mismo castigo que es la ceguera!”

“Se dice que la vaca silvestre cuando, perseguida por el cazador, está a punto de ser lazada, arroja sobre él su estiercol, dificultando de este modo la persecución y consiguiendo muchas veces evadir sus lazos y saetas. Es lo que hacen hoy ciertos Prelados, los cuales lanzan contra el predicador el espantajo de su potencia, de su

adhesión, el soborno de las cosas temporales, con lo cual pretenden cerrar la boca al predicador y evitar su reproche. De los predicadores que se les acomodan por miedo o por avaricia está escrito en el Eclesiástico: “El perezoso será apedreado con los excrementos de los bueyes”.

“Por esto, dice Isaías en nombre del Señor: —Yo suscitaré en medio de ellos a los Medos, es decir, a los pregoneros de la divina palabra, los cuales no pedirán oro ni plata, sino que herirán a los párvulos, es decir, a los amadores del siglo, con las saetas de la santa predicación”.

Un día predicaba Antonio en Bronges, con ocasión de un Sínodo diocesano, en presencia de los fieles y de todo el clero, con el mismo Arzobispo a la cabeza.

Habló, con su acostumbrada eficiencia y elocuencia, de los deberes de cada uno, y después, dirigiéndose al Arzobispo, comenzó a detestar algunos vicios y defectos que gravaban su conciencia; a fin de que nadie pudiera equivocarse acerca del sujeto a quien iba dirigida aquella invectiva, la comenzó con estas palabras: —Y ahora te digo a ti, oh mitrado—, añadiendo después una expresión de reprobación.

El terror que experimentó aquel Prelado fué tal, que, apenas terminado el sermón, llamó a sí al orador y le manifestó su conciencia, enmendándose después de los vicios de que había sido reprendido.

Ni se crea por esto que Antonio fuese un revolucionario o un imprudente, puesto que sabía muy bien hacer distinción entre el culpable y la autoridad que éste podía representar.

No obstante los defectos y faltas del clero de su tiempo, él halla oportunamente el modo de dar a conocer la autoridad que representan los ministros del Señor, y la obligación que tienen los fieles de prestarles obediencia en aquellas cosas que no impliquen incumplimiento del propio deber.

El sabe hablar también con unción de las virtudes del sacerdote, de los sacrificios que con frecuencia se

impone por el adelantamiento espiritual de su grey, y de los heroísmos de que es protagonista cuando, en su vocación, es llamado y guiado por Dios.

* * *

“Yo amonesto y exhorto a mis hermanos —había escrito San Francisco en su Regla—, que en la predicción sean exactos y castos sus discursos, enderezados a la utilidad y edificación del pueblo, demostrándole los vicios y las virtudes, las penas y la gloria con palabras jugosas, porque con breves palabras habló Nuestro Señor sobre la tierra”.

La predicación de Antonio fué verdaderamente cual la quería el Seráfico Padre; porque él estudió primero las indigencias de la sociedad, analizó a fondo las causas y efectos de tantas aberraciones intelectuales y morales. Su mirada fué la de un clínico seguro; y una vez diagnosticada la enfermedad, su santidad supo sugerirle los remedios oportunos.

He aquí, por ejemplo, cómo habla detalladamente y zahiere el vicio, en el sermón de la tercera Dominica después de Pascua:

“¡Oh ciegos, avaros y usureros, ¿por qué no reflexionáis sobre vosotros mismos? Vosotros sois tierra y es tierra vuestro corazón, tierra todo lo que adoráis. Semejantes a las serpientes del Génesis, estáis condenados a devorar tierra por todo el tiempo de vuestra vida. Vosotros mismos seréis dados en pasto al diablo, y vuestra alma es la comida de la serpiente: —*Avarus, cibus est diaboli*; y ¿no es un puñado de tierra lo que vosotros adoráis? Y vosotros ¿no sois tierra y fango?

“¡Oh soberbio, tu corazón está hinchado como mar tempestuoso; descompasados, como las olas del mar, son los movimientos de tu soberbia! ¡Híñchate, pues, y enorgullecete! Pero ten en cuenta que no tendrás parte en el Reino de Dios. Este está prometido a los humildes, y el Señor aparta de sí a los soberbios, y les resiste.

“¡Oh lujurioso, te has convertido en objeto de bur-

la en manos del demonio! ¡Mira lo que él ha obrado en tu alma, en tu cuerpo! A tu alma ha despojado de la gracia y de todas las hermosas virtudes; a tu cuerpo ha despojado de toda fuerza y de toda energía. Ha disipado en ti todo manantial de virtud; te ha despojado, oh miserable, de toda la hermosura de hijo de Dios, y ha apagado en el fuego de la lujuria toda acción viril, virtuosa y perfecta — *Omne opus virile, virtuosum et perfectum interfecit* —; ¡qué desgracia!

“¡Oh vanaglorioso, tú llevas contigo aquel fuego que deseca en tu corazón toda semilla de virtud, y le despoja de todo manantial de mérito! Tú soportas todas las incomodidades del virtuoso; tú sientes todas las fatigas de la vida del justo; mas todo lo pierdes por la maldita vanagloria. — *Quidquid enim propter vanam gloriam facis, totum amittis*. ¡Con que tú, oh necio, buscas tu gloria, tú que no eres sino polvo y ceniza? Escucha. El espíritu es el que vivifica; mas no el suyo, sino el de Dios. *Spiritus est qui sanctificat; non tuus, sed Dei*. ¡Y te perderás por ir tras una ligera y despreciable gloria mundana?

“¡Oh envidioso, has preparado un hermoso nido en tu corazón! un nido al demonio. *Yo sé dónde moras*, dice el Señor en el Apocalipsis; *tú moras en la sede de Satanás*. Tu corazón es la sede del demonio. *La bestia*, dice Job, *entrará en la caverna y morará en ella*. El corazón del envidioso es la cueva del demonio, y *todo en ella está oscurecido por el hollín de la envidia*. ¡Oh qué cosa más fea, es, pues, la envidia!

“¡Y la gula? Hay también algo para ti, oh goloso: la gula es principio de corrupción e incentivo de inmoralidad”.

Ved, en cambio, cómo estimula a la virtud:

“El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y como Dios es caridad, y es bueno, justo, manso y misericordioso, tal debe ser también el hombre. Las virtudes divinas deben resplandecer todas en él, principalmente aquellas virtudes que el Verbo de Dios, hecho

carne, nos inculcó con su ejemplo y nos propuso en el sermón de la montaña.

“¡Cosa grande es la pobreza de espíritu! El que de todo está desprendido y unido verdaderamente a Dios, se hace apto para interceder por sí y por los otros. El que está así desprendido es humilde; está dispuesto a perdonar, y por ninguna cosa se entristece.

“¡Cosa grande es la mansedumbre de corazón! El que es de corazón dulce, no se enoja ni mueve a ira, no padece escándalo ni lo da, y permanece siempre igual, siempre conforme consigo mismo y jamás se ve turbado por ávidas ansias y voraces impulsos.

“Quien quiera que se vea herido por la adversidad, no se descorazone, porque *el Señor está cerca de los que sufren, y les consuela*. Jesús fué el sostén de su afligida Madre, encontrándole éste al pie de la cruz, y El es el consuelo de todos, porque El es muro de defensa contra el adversario, es fuego que quema sus hilos y urdimbres, es nube que de él protege y defiende.

¡Cosa grande es la justicia! El que es justo da a cada uno lo que le corresponde y se da todo a Dios.

¡Cosa grande es la propensión a la misericordia! Porque el Señor es misericordioso con los que lo son y perdona todo al que olvida las ofensas. Y es cosa grandísima la pureza del corazón, porque hace dignos de la visión de Dios”. (*Sparacio*).

Para enfervorizar a los oyentes en el ejercicio de las buenas obras, hace brillar ante los ojos de su mente la eterna recompensa, la cual demuestra estar al alcance de todos con el mismo argumento de que se sirvió Nuestro Señor Jesucristo para animar a sus apóstoles: —“*In domo Patris mei mansiones multae sunt*”. *En la casa de mi Padre hay tantos diferentes grados de gloria*.

“Hay puestos para todos en el cielo, con tal que los sepamos merecer. Como en la granada hay muchos granos, semejantes los unos a los otros, sin que el uno se confunda con el otro y ocupando cada uno lugar particular y distinto, así también en el cielo se

entra por un solo camino y se goza de la visión beatífica por toda la eternidad, común a todos; y con todo, cada uno tendrá la gloria que se habrá conquistado; porque, aún cuando todos los celestiales emitan luz, una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra distintas la de las diversas estrellas, de las cuales la una difiere de la otra en fulgor e intensidad. No obstante esto, en el cielo todos gozaremos de un gozo pleno que saciará completamente todas nuestras aspiraciones; más aún, el gozo de uno servirá para aumentar el del otro, como dos luces que se reflejan, aumentan recíprocamente su luminosidad. Esto contribuirá grandemente a reforzar la caridad, tanto que allí todo será belleza, todo alegría, todo paz: belleza, alegría y paz inextinguibles, inefables, perennes”.

* * *

Antonio se impuso a sí mismo aquella imitación de la predicación de Jesús, que San Francisco sugiere a sus frailes. *Jesús*, dice el evangelista, *comenzó a hacer y a enseñar*; y así Antonio construyó en primer lugar el edificio de la propia santificación, o mejor, su sólida base y después se dedicó a enseñar; porque como decía él mismo, en tanto será provechosa la palabra del predicador en cuanto que con su ejemplo sabrá dar nueva fuerza a lo que dice. Por esto es necesario que su conversación esté en el cielo: sólo entonces sus palabras serán también celestiales.

Comentando el pasaje de la Escritura: *Tomó Jacob una piedra y la puso, como almohada, bajo su cabeza*, se pinta inadvertidamente a sí mismo en el predicador modelo.

“El predicador debe apoyar su cabeza, es decir, su inteligencia, sobre aquella piedra angular del edificio que es Cristo mismo, porque apoyado sólo en esta piedra deberá combatir al demonio, si quiere estar seguro de la victoria, según está dicho: *Puso su campamento junto a la piedra del auxilio*. Debe, por tanto, plantar sus tiendas y sus tabernáculos junto a Jesús, que

es ayuda en las necesidades y alivio en la tribulaciones; debe confiar en El y ponerse enteramente en sus manos.

“Por tanto, también yo comenzaré mi predicación en el nombre de Jesús, y como David iré también yo a combatir al filisteo Goliath confiado en la ayuda de aquel que, antes que nadie, ha combatido en pro de su pueblo”.

“Oh luz del mundo — repetía Antonio antes de cada sermón —, oh Dios inmenso y eterno Padre, dador de la sabiduría y de la ciencia, compasivo y liberal dispensador de las gracias espirituales, conocedor de todas las cosas antes de que aún existan, creador de la luz y de las tinieblas, extiende tu mano y toca mi boca, y haz que ella sea como una espada afilada para anunciar elocuentemente tu palabra. Convierte, Dios mío, mi lengua en aguda saeta para proclamar con eficacia tus maravillas. Envía, oh Señor, el Espíritu Santo a mi corazón, a fin de que yo pueda entender, a fin de que pueda meditar. Inspírame plena, santa, misericordiosa, benignamente. Guarda y fortifica desde el principio hasta el fin mis pensamientos y mis sentimientos, para que siempre me amaestre tu disciplina y me ayude tu sapientísimo consejo, por tu infinita misericordia. Amén”.

* * *

Séanos permitido hacer otra observación, todavía sobre la predicación de Antonio, ya que redundaba en gran alabanza de su talento y también de su constancia en la aplicación al estudio.

“Hay algunos — decía San Jerónimo —, que creen encubrir su ignorancia con la piedad”. Estos tales, si en general son dignos de menosprecio por su ineptitud, se hacen culpables, cuando, teniendo necesidad de ciencia para cumplir con su oficio, no se cuidan de adquirirla.

Vimos ya al estudioso dentro de los muros del monasterio de Santa Cruz de Coimbra; le veremos de nuevo dedicado al estudio en Vercelli; aquí debemos

notar su aplicación al estudio de las diversas lenguas en que él anunció la divina palabra.

El siglo XIII es el siglo en que se afianzan las lenguas modernas.

El latín, el cual no era hablado por el pueblo en todos los lugares, ni siquiera en los templos más robustos del Imperio, comenzaba entonces a no ser comprendido; así que el orador que quisiese reportar provecho, debía hablar la lengua popular, dejando que siguiesen en la latina los que buscaban solo la aprobación de los doctos y los elogios de los buenos literatos.

Antonio, que nos ha dejado sus sermones en latín, puesto que los publicaba para ayuda y servicio del clero que se dedicaba a la predicación, predicó por el contrario en la lengua vulgar. Mas ésta no era la misma en Italia y en la Provenza. Por lo mismo él aprendió ambos idiomas. Ciertamente, no somos tan pueriles que aseguremos que para este estudio se haya sentado él en los bancos de una escuela o que haya tomado la gramática. El, viviendo con el pueblo, aprendía la lengua del pueblo, lo mismo en Italia que en la Provenza. Mas cuando nos asegura uno de sus biógrafos que se hacía entender tan perfectamente que ni siquiera se sospechaba su origen portugués, debemos pensar que debió de tener un cuidado particular en asimilarse la lengua vulgar en sus diversas variedades: un cuidado que no pudo menos de costarle atención y reflexión.

Antonio, portugués y que había vivido en Portugal hasta los veinticinco años, predicó en italiano en Italia y en francés en Francia; acaso alguna vez en latín, cuando hablaba a los sacerdotes y a hombres de letras.

Además, había aprendido tan bien incluso la modulación y el acento italiano, que fuese cualquiera el lugar de Italia en que predicase, le tomaban por un italiano nacido y crecido en Italia.

* * *

Uno de los primeros campos de su apostolado fué, probablemente, la ciudad de Rímini, donde Antonio se

vió precisado a combatir la herejía de los Patarinos, siendo en consecuencia en su predicación preferida la apologética. Lo deducimos del hecho de que todos los milagros que realizó en esta ciudad tienen relación con los herejes y con su conversión.

La acogida de los riminenses no fué por cierto calurosa. Al instante debieron comprender los herejes con qué orador habían de habérselas y pensaron que el único medio de no dejarse escapar de sus manos el pueblo riminense sería quitar la vida a Antonio.

En aquellos tiempos no se paraban en pequeñeces para la elección de los medios: mucho menos reparaban en ello los herejes, quienes, no pudiendo triunfar con la lógica, trataban de vencer con la astucia y aún con la fuerza; sólo que después se lamentaban si alguna vez recurrían a ésta los príncipes católicos para la represión de aquellos herejes que eran al mismo tiempo malos ciudadanos. Los Patarinos invitaron, pues, un día al predicador a comer, y Antonio, aún conociendo su maldad, aceptó la invitación pensando ser ésta una óptima ocasión para acercarlos a sí, para ganarse su confianza y poder después librar sus espíritus del error.

Los herejes le hicieron grandes honores, dieron muestras de escucharle con simpática deferencia; mas entre tanto le prepararon una comida envenenada.

Antonio la bendijo, y comió de ella, y mientras los herejes esperaban verle bambolear de un momento a otro con los primeros síntomas de la intoxicación, él halló modo de echarles en cara sus viles insidias, recordando que Jesús había predicho a sus discípulos que ni aún el veneno habría de dañarles: "*Et si mortiferum quid biberint non eis nocebit*".

Mas ellos no se dieron por vencidos, y pensaron que, ya que no habían podido deshacerse de él podrían al menos convertirle en inofensivo, alejando al pueblo de sus sermones.

Bien pronto vió Antonio que disminuía el número de sus oyentes; pensó en el gran perjuicio que habría de seguirse a aquel pueblo a quien los astutos agitadores

habían ya casi arrancado la antigua fe; y, recurriendo a Dios, obtuvo un segundo prodigio.

Se llegó a las orillas del mar Adriático, al lugar donde desemboca el Marechia, y aquí hablando a los peces, supo dar una buena lección a los herejes.

Dejamos la narración del prodigio al autor de las *Floreccillas*, que, en lo substancial, está concorde con las fuentes antiguas:

“Queriendo Cristo bendito dar a conocer la gran cantidad de su fidelísimo siervo San Antonio y cuán devotamente merecía ser oída su predicación y su santa doctrina, reprendió una vez, entre otras, la necesidad de los infieles herejes, por medio de los animales irracionales, es decir, por medio de los peces, como antiguamente, en el Viejo Testamento, había reprendido Dios la ignorancia de Balaán por boca de una asna. Estando, pues, una vez San Antonio en Rímini, donde había gran multitud de herejes, y queriendo atraerlos a la luz de la verdadera fe y al camino de la virtud, predicó varios días y discutió con ellos acerca de la fe de Cristo y la Sagrada Escritura; pero ellos, no sólo no se convencían con sus santas instrucciones, sino que, endurecidos y obstinados, ni aún quisieron oírle. Por lo que un día San Antonio, divinamente inspirado, se fué a la orilla del río, junto al mar, y quedándose en la orilla, entre el mar y el río, comenzó a decir, como predicando, de parte de Dios, a los peces: Oíd la palabra de Dios, vosotros peces del mar y del río, ya que no la quieren oír los infieles herejes. Y apenas dijo esto, acudió repentinamente a la orilla tanta multitud de peces grandes, pequeños y medianos, que nunca en aquel mar ni en aquel río se habían visto tantos. Y todos sacaron las cabezas fuera del agua, y atendían con grandísima quietud, mansedumbre y orden, pues estaban delante, cerca de la orilla, los más pequeños, detrás de éstos los medianos y atrás, donde el agua era más profunda, los mayores.

“Habiéndose los peces colocado en esta disposición y orden, San Antonio comenzó a predicarles solemne-

mente, diciendo: — Hermanos míos peces; mucha obligación tenéis de dar gracias, según vuestra posibilidad, a vuestro Creador, que os ha dado móvil elemento para vuestra habitación, de modo que tenéis a vuestro gusto aguas dulces y saladas, y os ha dado muchos refugios para protegeros contra las tempestades; os dió también un elemento claro y transparente, y comida con qué vivir. Dios, vuestro Creador, cortés y benigno, os puso, cuando os crió, el mandato de crecer y multiplicaros, y os echó su bendición; después, cuando, durante el diluvio universal, morían todos los animales, sólo a vosotros preservó de daño. Además, os proveyó de aletas para que podáis discurrir por donde os plazca. A vosotros fué dado, por disposición divina, guardar al profeta Jonás y echarlo en tierra al tercer día, sano y salvo. Vosotros proporcionasteis a Nuestro Señor Jesucristo la moneda del censo, que El, como pobrecillo, no tenía con qué pagar. Vosotros fuisteis alimento del Eterno Rey, Jesucristo, antes y después de la Resurrección, por singular misterio. Por todo lo cual tenéis mucha obligación de alabar y bendecir a Dios, que os hizo tantos y tales beneficios, con preferencia a las demás criaturas.

“A estas y semejantes palabras e instrucciones de San Antonio, comenzaron los peces a abrir las bocas e inclinaron las cabezas, y con estas y otras señales de reverencia alabaron a Dios de la manera que les era posible.

“Entonces San Antonio, viendo en los peces tantas reverencias hacia Dios su Creador, alegróse en su espíritu, y dijo en alta voz: — Bendito sea el eterno Dios, que más lo honran los peces que los hombres herejes, y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles.

“Y cuanto más predicaba San Antonio, más crecía la multitud de peces, y ninguno se marchaba del lugar que había ocupado.

“A este milagro, comenzó a correr la gente de la ciudad, y entre ella vinieron también los dichos he-

rejes, y viendo el milagro tan maravilloso y patente, compungidos en sus corazones, se arrojaron a los pies de San Antonio para oír su palabra. Entonces el Santo comenzó a predicar sobre la Fe Católica, y lo hizo tan sublimemente, que convirtió a todos aquellos herejes, volviéndolos a la verdadera fe de Cristo, quedando también los fieles más confirmados y fortalecidos en ella y con grandísima alegría. Hecho esto, San Antonio despidió a los peces con la bendición de Dios, y todos marcharon con admirables demostraciones de alegría, y lo mismo el pueblo. Después permaneció el Santo en Rímini muchos días predicando y haciendo en las almas mucho fruto espiritual”.

El portento tuvo naturalmente el buen efecto que de él se prometía el Santo, y el pueblo volvió a frecuentar sus sermones, en los cuales tuvo buena oportunidad para desenmascarar a los herejes que aún recalabraban, atacándoles a rostro descubierto.

“Hipócritas — les decía —, falsos profetas, contra quienes nos puso en guardia Cristo, vosotros no tendréis parte en su Reino, porque os habéis separado de su cuerpo místico y os habéis convertido en tallos secos, sarmentos que hay que arrojar al fuego. Sois árboles sin fruto, porque toda vuestra virtud y toda vuestra honestidad consiste en solas palabras; a vosotros estaban dirigidas aquellas del Divino Maestro: —“*No el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad del Padre celestial*”, voluntad a la que vosotros no hacéis caso.

“El hipócrita es como el animal feroz de la selva, como la hiena que se ha cubierto con vestidos de cordero. La hiena es un animal relativamente pequeño, que con su aullido imita el grito del hombre, se alimenta de cadáveres, entra en los cementerios a desenterrar los cadáveres. Su mirada es siempre feroz e infunde espanto a los hombres y a los animales. Sois vosotros, los herejes, los que fuisteis asemejados por el Señor a las hienas, cuando dijo: Mi herencia ha llegado a ser como la caverna de una hiena; imitando sus

costumbres, os habéis revestido de su carácter. Del mismo modo que la hiena es un animal inmundo, finge humildad, excava los sepuleros y es salvaje y cruel, así también vosotros tratáis de hacer prosélitos con la dulzura del lenguaje, seduciendo a los buenos con ficciones, sembrando muerte y pecados. La hiena vive cerca de las cabañas de los pastores, y vosotros frecuentáis las iglesias, aprendéis los modales de los oradores sagrados y tratáis de imitarlos para causar estragos en el redil de Cristo. Vosotros engañáis a sus ovejuelas con vuestros suspiros, con falso llanto, con fingida humildad, con la que llegáis a tomar alguna vez en vuestras viscosas redes hasta a los buenos a quienes engañáis con falsa piedad. Mas yo os digo, oh cristianos: guardaos de los falsos profetas; no hagáis caso de ellos aunque levanten los ojos al cielo, lancen suspiros, derramen torrentes de lágrimas; aunque aparezcan palidecidos por los ayunos, ruinmente vestidos; aunque parezcan practicar la abstinencia, porque precisamente en esto está su malicia: en que engañan con una palabra dulce, con un suspiro, con la apariencia de una obra buena. Acordaos de que son hipócritas. Con todo, los reconoceréis por los frutos, particularmente en el tiempo de la adversidad; porque ¿podrán alguna vez producir uva los abrojos, o podrán alguna vez recogerse higos dulcísimos de las zarzas o de las malezas? Los abrojos punzan, las malezas hieren; los abrojos y las malezas son los herejes, en los cuales jamás será dado hallar buenas costumbres y verdadera santidad de vida.

“¡Oh herejes, bestias incalificables, vosotros sois animales que tenéis rostro humano y el resto del cuerpo es de bestia. De vosotros dice Jeremías que las bestias desnudaron sus pechos y amamantaron a sus cachorros. Vosotros dais leche a vuestros cachorros, predicando vuestras falsas doctrinas y dándoos aire de oradores, de conocedores de las Divinas Escrituras, no siendo en realidad más que ignorantes remendones y curtidores de pieles!”.

Con la predicación del Santo en Rímini está enlazado uno de sus más conocidos milagros, que algunos historiadores posteriores aseguran erróneamente haber tenido lugar en Tolosa, de Francia.

Mas el suceso tuvo lugar en Rímini, donde aún se conserva un templete de forma octagonal, en la plaza llamada del Mulo.

A la verdad, el templete remonta al 1518; mas esto no invalida la tradición, ya que en esta época no hubiera sido erigido, y con la explícita declaración de que muchos fueron convertidos a la fe de Jesús Sacramentado, si de antes no hubieran existido huellas más antiguas del milagro.

Por lo demás, hay otras pruebas que abogan en favor de Rímini.

Los patarinos, que eran más fuertes en aquella ciudad que en otra parte, habían, entre ellos, desfigurado completamente el dogma de la presencia real, reduciendo la Eucaristía a una simple cena conmemorativa. Con esto, como fácilmente se comprende, herían a la Iglesia en lo que le era más vital, ya que la Eucaristía es precisamente el centro y el corazón de la Iglesia, y de este Sagrado Corazón le fluye la sangre y la vida, se irradia la luz de la Verdad, la llama del amor y se derivan todas las gracias.

Antonio, en su predicación en Rímini, tuvo bien en cuenta este error particular de los herejes, e ilustró plenamente la realidad de la presencia de Jesús en la Hostia Santa: mas los jefes de la herejía daban, por su parte, muestras de tenacidad en sus negaciones, y tal vez en presencia de los más sencillos intentaban rebatir los razonamientos del Santo. Hubo, entre otros, uno que se hacía el sabihondo, aduciendo todas las más mezquinas razones del hombre que no cree en las explícitas palabras de Jesucristo.

Intentó Antonio iluminarle tanto en público como en privado, aduciéndole, entre otras cosas, que en una diminuta semilla se encuentra en embrión todo el cuerpo futuro, tanto en el reino animal como en el vegetal;

los muchos cambios de que hablan las Escrituras: el agua de las bodas de Caná trocada en vino y, más que todo, el infinito poder de Dios, el cual nos lo ha asegurado con aquellas palabras de Cristo: —Este es mi cuerpo: ésta es mi sangre—, que no admite discusión.

Bonvillo, así se llamaba el hereje, replicaba siempre que no quería entender tantas razones y sofismas, y una vez añadió: —Si quieres que yo crea en este misterio no tienes más remedio que mostrármelo con un milagro. Te juro que después del milagro estoy dispuesto a creerte y a convertirme.

—Elige —respondió el Santo— el milagro que quieras, porque yo confío en Dios que lo verás realizado.

—Yo tengo una mula —respondió Bonvillo—: la tendré sin comer por tres días continuos, pasados los cuales, yo y tú nos presentaremos juntos ante ella: yo con el pienso y tu con tu Sacramento. Si la mula, sin cuidarse del pienso, se arrodilla y adora ese tu Pan, entonces también lo adoraré yo.

Oída la elección del milagro y considerada su necesidad y utilidad para librar a tantos ilusos de los lazos del error, sin temor de tentar a Dios, mas con una firme confianza en El, aceptó el Santo la prueba, y habiéndose retirado para pasar aquellos tres días en ferviente oración, ayunos y penitencias, se presentó al tercer día para realizarla.

La multitud era numerosa sobre toda ponderación y Antonio celebró la Santa Misa a cielo abierto; después en la plaza pública tomando una Hostia consagrada, se dirigió hacia el jumento famélico, mientras por otra parte avanzaba Bonvillo sosteniendo en sus manos un cestillo de pienso.

La mula, viendo a su amo, olfateó el cesto del tan apetecido pienso; mas después se retiró, y, vuelta de repente hacia la parte de Antonio, dobló las rodillas delanteras y bajó la cabeza, ¡como si verdaderamente hubiera sido capaz de un acto de adoración!

A la vista de un tan estupendo prodigio, resonaron los vivos de los buenos católicos, y hasta los herejes se

compungieron, llegando a derramar lágrimas juntamente con Bonvillo, el cual se arrodilló el primero para adorar al Santísimo Sacramento, bien convencido de que proceder de otro modo hubiera sido lo mismo que ponerse más bajo que los animales brutos y proclamarse más testarudo que un mulo.

Los herejes se retractaron de sus errores, y Antonio, después de dar la bendición con el Santísimo, condujo la Hostia procesionalmente y en triunfo a la iglesia, donde se dieron gracias a Dios por el estupendo portento y por la alcanzada conversión de tantos herejes.

Este milagro fué verdaderamente el golpe maestro dado a la herejía por el Santo, y desde este momento le viene a propósito el glorioso apelativo de "*Martillo de la herejía*", ya que él, después de haber intentado persuadir y convencer a los herejes, viéndolos absolutamente refractarios a la santa doctrina, trituro a la hidra infernal con la fuerza de lo sobrenatural.

En Rímíni ha perseverado tan tenaz la tradición que comprueba este hecho, que aún hoy señalan la casa en que habitó el hereje, la cual se levanta frente al templete, recuerdo del prodigio, en la plaza donde éste tuvo lugar.

EL FUNDADOR DE LA PROVINCIA SICILIANA

Como primer campo del apostolado de Antonio hemos establecido Rímini, porque aquí su predicación resulta clamorosa por los prodigios que la acompañaron; con todo, no fué ésta la única ciudad (ni tal vez la primera) que escuchó su encendida palabra, sino que la escucharon también, con toda seguridad, muchas otras de la Romaña, y con este nombre entendemos la antigua provincia franciscana, la cual abarcaba una extensión bastante mayor que la actual provincia y región política.

Otros pretenden, en cambio, que el Santo predicó primeramente en Sicilia. Como quiera que sea, es cierto que volvió a esta isla después del triunfo de Forlí, y que en ella se detuvo por algún tiempo, tal vez por un año, entre el 1222 y 1223.

En el breve período de tiempo que se había demostrado allí después de la vuelta de Marruccos, debió de prendarse Antonio de aquellos lugares, tan semejantes a su patria, y de aquellos hermanos que tan caritativamente le habían acogido y cuidado, enfermizo y quebrantado de salud cual se hallaba. Además, en el contacto que había tenido con aquellas poblaciones, siempre generosas y prontas al entusiasmo, debió de conocer la necesidad que tenían de instrucción y cuánta era su hambre de la divina palabra y cómo tal vez la herejía trataba de infiltrarse entre ellas. Todos estos eran buenos motivos para volver de nuevo a Sicilia, y, en efecto, retornó allá. Su primera etapa fué naturalmente el convento de Mesina. Inútil recordar las efusiones de santo afecto con que volvió a ver a aquellos hermanos suyos y con que éstos le correspondieron por su parte.

Basta el saber que, habiendo de ausentarse por algunos días el superior, Antonio, a pesar de que no pertenecía de modo estable a aquella familia, fué encargado de hacer sus veces por unánime consentimiento.

Esto le procuró el placer de hacer un gran beneficio a aquellos hermanos y otro más grato e íntimo a sí mismo: el de soportar pacientemente una injusta penitencia.

Durante la ausencia del guardián, Antonio, viendo que los frailes se veían obligados a soportar grandes fatigas para procurarse el agua por tenerla demasiado distante, rogó al Señor que les remediase, y, al mismo tiempo, con la ayuda de algunos bienhechores, hizo abrir un pozo, a pesar de que todos le disuadían de ello, asegurándole que sería imposible encontrar allí agua, ya que jamás se había visto rastro de ella.

Mas, apenas cavados algunos metros, apareció un copiosísimo venero, con gran gozo de aquellos buenos religiosos, los cuales veían se les ahorraaba una enorme fatiga cotidiana. Cuando después volvió el guardián (el cual debía de ser uno de aquellos fanáticos que tenía respecto de la pobreza, ideas tan caprichosas que más tarde cayó en la herejía de la secta de los *fraticellos*), creyó que había quedado herida la pobreza y reprendió públicamente a nuestro Santo, imponiéndole una grave penitencia.

La paciencia con que soportó el injusto castigo, contribuyó a aumentar la aureola de santidad que había adivinado ya el pueblo, con lo que su predicación fué aún más fructuosa.

Mas no dejaron de molestarle también aquí los herejes. Hasta se cuentan a este propósito algunos hechos acaccidos en diversos lugares de la isla; mas tal vez ha trabajado en torno a ellos la fantasía popular, tomando ocasión del suceso de los alimentos envenenados que se cuenta sucedió en Rímini y parece haberse repetido también en Sicilia. Se narra, pues, que en la ciudad de Patti, queriendo un hereje confundir a Antonio y hacerle odioso a la autoridad eclesiástica, la cual

le profesaba grandísimo afecto, le convidó a comer un día de viernes. El Santo aceptó, y el hereje hizo aderezar un hermoso capón, y después presentándolo a la mesa, se excusaba diciendo que había sido una equivocación, un olvido, pero que llegado a este punto era necesario hacer honor a la mesa, añadiendo como conclusión de su discurso las palabras evangélicas: "*Manducate quae apponuntur vobis*", comed lo que os preparen. Antonio no quiso mostrarse descortés, y se sentó a la mesa, y comió. Habíase apenas despedido de aquella casa, cuando el hereje tomó los huesos del capón y los llevó al Obispo como prueba del pecado de Antonio. Mas cuál no fué su estupor cuando al presentarlos, los halló convertidos en espinas y escamas de pez. El Señor había querido confundir su malicia y defender la buena fe del Santo.

Otros herejes, de común acuerdo, invitaron a Antonio a una comida para mofarse de él, y éstos también dijeron que habían preparado un capón; mas habían mandado aderezar un durísimo e insípido buho, el cual lo llevaron a la mesa medio oculto entre un adorno de verduras y cubierto completamente de salsa, a fin de que no se descubriese a primera vista el truco.

Aquel día no era de abstinencia, y Antonio, como presidente de la mesa, trinchó el volátil, tomó una parte y lo distribuyó a los comensales, comenzando después tranquilamente a comer su porción entre las reprimidas sonrisas y guiños de ojos de aquellos herejes. El, entre tanto, después de haberlo probado, aseguró que el capón estaba excelente, tierno y sabroso.

Cuál no sería la maravilla de los comensales cuando, habiéndolo gustado, cayeron en la cuenta de que el buho se había trocado en óptimo capón.

Entonces se arrepintieron de su mal proceder, repudiando, al mismo tiempo, los errores que en ellos había combatido el Santo.

La mayor parte de la isla siguió con entusiasmo la predicación de Antonio, y prueba palmaria de ello es el hecho de que pudo efectuar la apertura de muchos

conventos, tanto que justamente es considerado como el fundador de la Provincia siciliana.

Tal vez el primer convento fué el de Patti, para el cual fué concedida autorización por el Seráfico Padre en una carta, fechada en Sarno de Campania, y que por lo mismo, cronológicamente, debe ser colocada en los primeros meses de 1222.

Parece que los moradores de aquella ciudad se dirigieron para obtener su intento a San Francisco, el cual, escribiendo a Antonio, le da la oportuna facultad con la siguiente carta:

“A ti, oh fray Antonio, damos licencia para abrir una iglesia de la Orden, la cual se edificará junto a las murallas de Patti”.

Otro convento abierto por Antonio en Sicilia fué el de Cefalú, en el cual plantó un naranjo, que aún se admira fresco y robusto como si hubieran transcurrido apenas siete lustros, y no siete siglos, desde su plantación.

Aún hoy es muy venerado el árbol.

En Cefalú hay también un cáliz y una campana adquiridos y empleados por el Santo. A propósito de la campana, he aquí la leyenda que narran los sicilianos.

Aconteció un día que pasaba Antonio por el lugar de San Mauro, y viendo aquella campana, que estaba ya fuera de servicio la pidió a aquellos lugareños, quienes le respondieron en son de burla que se la regalarían con tal de que él sólo la transportase a Cefalú.

Antonio aceptó la oferta, y enfilando su bastón en el anillo de la parte superior de la campana, la puso tranquilamente sobre las espaldas, y en medio del asombro de todos la llevó a su iglesia en construcción.

Otros conventos que remontan hasta Antonio, son los de Noto, Taormina, Lentini y Vizzini, donde aún hoy día existe en medio de la selva la gruta a la que se retiraba para horas de dulce contemplación, y su celdilla en el convento; mas tanto la una como la otra están un poco descuidadas y tienen necesidad de reparación.

Parece que al ir o al volver de Sicilia, Antonio evangelizó también Nápoles.

Y, a la verdad, la devoción que aquí se le profesa es tan universal y sentida que lo hace creíble.

Sea lo que fuere en lo que atañe a ese territorio, Antonio no debió abandonar Sicilia por propia voluntad.

* * *

Fué la voluntad de los superiores, manifestada también por una carta de San Francisco, que nos ha llegado en diversas redacciones, discordes en algún mínimo detalle, mas conformes todas en lo substancial. Rezaba así:

“A fray Antonio, carísimo hermano, mi Obispo, fray Francisco desea salud en Cristo.

Me agrada que enseñes Sagrada Teología a tus hermanos, con tal que con este estudio no sufra detrimento ni en ti ni en ellos el espíritu de la santa oración y devoción, conforme a lo que está escrito en la Regla. Dios te guarde”.

Esta carta merece un breve comentario.

Y antes que nada, como hace referencia a la Regla, debe ser tenida por posterior a ésta. Hay que remitirla a los fines del año 1223. A lo más, a los comienzos de 1224, época en que Antonio debió abandonar Sicilia.

Hay además en ella la recomendación de no descuidar por el estudio la oración.

La razón de esta amonestación es no solamente la justa preocupación del Santo, atento siempre a las cosas espirituales; mas parece indicarnos que alguna vez el estudio en la Orden Seráfica había realmente perjudicado al espíritu.

De hecho sabemos por una antigua Crónica, que un tal Juan de Escocia, en otro tiempo Provincial de Romaña, antes de fray Graciano, había abierto un estudio en Bolonia, sin el permiso del Poverello, el cual tuvo que reprender ásperamente a fray Juan, diciéndole: —Tú quieres de ese modo la ruina de la Orden, la cual he establecido yo para que los frailes oren, no para que estudien.

A fray Elías, Vicario de Francisco, genio organizador de primer orden, debió esto de desagradar mucho, y habiendo adivinado que la aversión de Francisco no provenía de ignorancia (porque Francisco no fué verdaderamente tal y admiró a los que empleaban sabiamente su instrucción en bien de las almas), pensó que desaparecería, confiando la escuela a un religioso que uniese a la instrucción profunda la piedad más ejemplar; y propuso a Antonio.

Así, nuestro Santo fué el primer maestro de la Orden Seráfica: inició la serie de aquellos grandes religiosos que se llamaron Duns Escoto, Alejandro de Ales, San Buenaventura de Bagnorea, San Bernardino de Sena, Raimundo Lulo y muchos otros más. Antonio no tomó el asunto a la ligera, ni como presumiendo de sí quiso dedicarse a la enseñanza antes de recibir él mismo lecciones o al menos que una persona competente le asegurara que podía desempeñar aquel elevado cargo. Era entonces celeberrimo en Vercelli un canónigo regular, Tomás Gallo, el cual enseñaba Teología Mística, es decir, aquella ciencia que, derivada de las cosas divinamente reveladas, trata de Dios en cuanto prácticamente está al alcance de la criatura por medio del intelecto y la voluntad, con el fin de conducir al alma por el camino de la perfección hasta la unión del pleno amor con Dios.

Gallo, consumado conocedor del griego y del latín, había traducido a estas lenguas el libro de "*Coelestis Hierarchia*", atribuido un tiempo a Dionisio el Aeropagita; lo comentaba en su escuela, y aún por esto había crecido mucho su fama.

Antonio marchó a Vercelli y se presentó a él; mas desde la primera entrevista comprendió Gallo la calidad del discípulo que tenía en Antonio, y que él mismo, en lugar de maestro, hubiera podido ser su discípulo. Se estableció, por tanto, entre ambos una amistad grande y sincera, como fundada sobre la gran estima recíproca.

Parece que posteriormente estuvo también nuestro

Santo algunas veces predicando en Vercelli, mas ciertamente no fué ajena a estos viajes la amistad con el abad Gallo, al que conservó afecto toda su vida y aún más tarde, ya que, como veremos, se le apareció después de la muerte.

De las doctas conversaciones de Vercelli entre Antonio y Tomás Gallo queda una especie de patente que éste le otorga cuando, hablando de él, dice: —“Fray Antonio, de la Orden de los Menores, íntimo amigo mío, deseó con vehemencia aprender la Teología Mística e hizo abundante acopio de ella, tanto que puedo decir de él lo mismo que se decía de San Juan Bautista: que era una lámpara de luz y de ardor. Por dentro estaba inflamado de amor de Dios, y resplandecía al exterior por el buen ejemplo”.

Tal vez, tenemos de Antonio otro testimonio en el áureo librito de la *“Imitación de Cristo”*, en el capítulo XLIII del libro tercero, donde se encuentran estas palabras que el piadoso autor pone en boca del Divino Maestro, en alabanza, según parece, de Antonio:

“Yo soy el que enseño la ciencia al hombre y doy a los humildes más claro conocimiento de las cosas, que el que puedan enseñarle los hombres. Aquel a quien yo hablo, se hace pronto sabio y hace grandes progresos en el camino del espíritu. Yo soy el que en un momento sublimo la mente del hombre, de modo que entienda en un instante más verdades que si hubiese estudiado por muchos años en las escuelas. Yo enseño sin estrépito de palabra, sin confusión de opiniones, sin el fausto de la soberbia, sin luchas de argumentos. *Hubo un hombre que, amándome entrañablemente, aprendió la ciencia de las cosas divinas y decía cosas maravillosas. Él aprendió renunciando todo, más que profundizando cuestiones sutiles y abstrusas...* porque Yo soy para el alma, doctor de la verdad, escudriñador de los corazones, el que juzgo los pensamientos del hombre, promotor de las buenas acciones, el que le doy a cada uno según aquello de que le juzgo digno”.

EL PRIMER MAESTRO FRANCISCANO

De Vercelli, Antonio se trasladó a Bolonia, donde abrió su escuela de Teología Mística para los frailes, sin que por esta ocupación abandonara la de la predicción; como continuará haciéndolo en otras ciudades, y señaladamente en Tolosa y en Montpellier, en Francia.

Tal vez no fueron sus hermanos los únicos que asistieron a sus lecciones, sino también sacerdotes del clero secular y hasta seglares. De hecho dada la escasez y el costo de los libros manuscritos de entonces, acudían muchos a las lecciones cuando se trataba de un excelente maestro, porque la ciencia había que aprenderla, siempre o casi siempre, escuchando su viva voz. Precisamente por esto tenía el maestro el mayor mérito en el aprovechamiento de los discípulos.

Ni se crea que los seglares no se interesasen por las lecciones de Teología, porque el que esto negase no comprendería el distinto ambiente y las necesidades espirituales del siglo XIII, el cual, a pesar de ser un siglo con todos los defectos de la Edad Media, era al mismo tiempo un siglo de fe robusta.

Por lo demás la Teología Mística, que enseñaba Antonio, no era una propia y verdadera mística, que sólo puede interesar a un círculo más restringido de personas. La explicación de la Mística, como hoy se entiende, sólo la tendremos más tarde con Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz; éstos fueron los primeros que pusieron las bases de un estudio completo y, podemos decir, científico.

La Mística de Antonio era más bien Ascética y, co-

mo tal, de interés para todo cristiano que no quiera perder de vista su último fin.

La Teología de Antonio no tuvo otra mira que la de atenerse al ideal del Poverello de Asís, el cual le había impuesto una enseñanza que cultivase la inteligencia sin menguar en nada el espíritu de oración. Por esto su Teología se ocupa de la adquisición de las virtudes, indicando su naturaleza y especies, los medios para su adquisición, los obstáculos que se le oponen, es decir los vicios, cuya fuga inculca.

De este modo sus lecciones eran una especie de sermones hechos con método y rigor científico, sermones que no tenían por auditorio a las masas, sino los jefes, los cuales debían a su vez instruir a aquéllas.

Se puede llamar también Mística a la Teología de Antonio por la frecuencia con que acudía a la interpretación del sentido oculto de las Escrituras, y por cuanto brotaban espontáneamente de su boca observaciones prácticas, que eran el fruto de una experiencia personal de los grados más altos de la Mística experimental que él poseía debido a lo elevado de su santidad y la sublime unión de su alma con Dios.

Pero, en general, más bien que de los modos cómo Dios se comunica al hombre (Mística), habla Antonio de los modos cómo el hombre se acerca a Dios (Ascética). Por esto sus lecciones fueron de una Teología práctica, cuya finalidad miraba a formar almas capaces de ser útiles a sí y a los otros.

El método científico no impide, sin embargo, al Santo en este estudio aquellos arranques de entusiasmo y aquellas explosiones de sentimiento que son más propios del orador que del maestro. Por el contrario, parece que a veces se deleita floreando sus pensamientos con una particular unción, con una gran afluencia de afectos, porque él buscaba los incrementos de la piedad, al mismo tiempo que los del pensamiento.

Conforme al uso de su tiempo, la lección consistía en la interpretación de un libro sagrado.

Tomás Gallo interpretaba el libro de "*Coelesti Hie-*

rarchia"; Antonio quiso tener desde un principio algo que fuera más substancial, y se dedicó a interpretar algunos libros de la Sagrada Escritura.

Efectivamente, su primer tratado de exégesis bíblica es la exposición de los Salmos, la cual refleja exactamente las enseñanzas de Bolonia y de otras ciudades.

Hay en este tratado tal abundancia de citas de las Escrituras, tomadas de todos los libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que justifica plenamente las alabanzas que le tributó el Sumo Pontífice Gregorio IX, quien le llamó *Arca de los dos Testamentos, Biblioteca de las Escrituras y martillo de los herejes*. El dominio que poseyó de la Biblia consta también de la otra obra suya: "*Sermones Dominicales*", en los cuales teje la homilía con todos los textos bíblicos que ocurren en la Misa del día, y algunas veces también en el Oficio Divino. Ni olvidaba la Liturgia, mostrando las relaciones que existen entre lo que oramos y lo que creemos.

A estos tratados es a quienes debemos recurrir si queremos tener una idea del Santo como maestro, y primer maestro de la Orden Minorítica, ya que no poseemos sus propias y verdaderas lecciones. Mas estos tratados las reflejan con mucha fidelidad.

* * *

El método seguido por el Santo en sus "*Sermones Dominicales*" nos lo expone él mismo en el prólogo.

"He construído — dice —, sirviéndome de la interpretación de las Escrituras de los dos Testamentos, un carro de cuatro ruedas, del cual pueda servirse el alma para elevarse hasta Dios, a semejanza de Elías, que en un carro de fuego ascendió de la tierra a los Cielos.

"Y he hecho esto para gloria de Dios, para edificación de los lectores y de aquellos que oirán leer estas páginas.

"Las cuatro ruedas de esta cuadriga son los Evangelios dominicales, las lecturas del Antiguo Testamento, el Introito y la Epístola de la Dominica.

"Con estos elementos, según los recursos de mi po-

ca ciencia y con la ayuda de Dios, espigando en las obras de los Santos Doctores, como hacía la Moabita detrás de los segadores de Booz, he formado también yo mi gavilla de espigas, la que presento a mis hermanos, que me la han pedido con dulce insistencia, no sin temor y temblor por parte mía, por mi poquedad frente a la magnitud de la tarea que me he fijado.

“Para obviar el peligro de que la multiforme materia engendre confusión en la mente del lector, el cual podría no abarcar de un golpe de vista toda la extensión de la doctrina, he agrupado los Evangelios en diversas secciones, y en torno a cada sección los textos del Antiguo Testamento y de las Epístolas...

“Siendo, por otra parte, los lectores y oyentes de nuestros días tan delicados, que sólo se interesan por aquello que hallan expuesto de un modo elegante, con estilo cultivado y con método nuevo, para no exponer al menosprecio la palabra de Dios y para edificación de los fieles, he puesto un prólogo antes de cada Evangelio, insertando además en el tratado todas aquellas observaciones oportunas que se puedan sacar del mundo físico y de la naturaleza de los elementos y aún de las diversas etimologías”.

* * *

A propósito de las etimologías, de las cuales, según la acusación de algunos, ha abusado nuestro Santo, es necesario advertir que son fruto de la época; como hoy no sería buen predicador aquel que en sus argumentaciones hiciese caso omiso de todas aquellas conclusiones físicas y naturales que son patrimonio de la ciencia moderna, del mismo modo en aquel tiempo hubiera sido reputado despreciable el predicador que de la etimología de una palabra no hubiera sabido aprovechar en su argumentación; y tanto más, cuanto que tal modo de argumentar, además de estar conforme con la moda del tiempo, era también antiquísimo, lo mismo que el recurrir a las alegorías, en lo cual hay que disculpar también. “En nuestros días — observa oportunamente un

estudioso en la *Civiltà Cattolica* (año 1917, pág. 503)—, ha llegado a ser de moda desacreditar el alegorismo. Mas en los siglos II y III de nuestra era, cuando nació y maduró la escuela alejandrina, era una orientación histórica del pensamiento humano, una condición de la ciencia; y tan anticientífico hubiera parecido entonces el descuidar aquella profunda vena de idealismo, como en nuestros días el despreciar el valioso recurso que ofrece a todas las ciencias el método histórico"...

Nacido en aquellas escuelas griegas que, llenas de respeto por la mitología homérica, se ingeniaron por defender y sostener todas sus extravagancias, dándoles un sentido recóndito superior, el alegorismo hermenéutico fué acogido ávidamente por los judíos alejandrinos como medio eficaz de apologética y de propaganda, y de los judíos pasó naturalmente a los cristianos.

Queda, por tanto, asentado que si Antonio abusó en sus lecciones de este género, no le hubiera sido posible evitar tal abuso sin incurrir entre sus contemporáneos en un defecto que hubiera desvalorizado sus lecciones y su predicación, con lo que, en definitiva, hubiera perjudicado al aprovechamiento espiritual de los oyentes.

* * *

Y he aquí ahora algunas de las observaciones sacadas del mundo físico y de la naturaleza de los elementos, observaciones que si no corresponden siempre a la verdad, responden con todo a los conocimientos naturales de la época y están aducidas oportunamente, sin confusión, aunque alguna vez un poco sutilizadas.

Del sol y del fuego habla así:

"El sol tiene tres propiedades: la claridad, el candor, el calor. La primera es propia de la vista, y se puede decir que significa la fe, la cual nos hace ver las cosas sobrenaturales; el candor se asemeja a la pureza, que es como el perfume del alma; el calor, a la contemplación, en la cual se desarrolla el amor.

"Y en el fuego se encuentra el calor, el esplendor y la ligereza por la que la llama tiende a lo alto. Pues

bien, el fuego es el amor de Dios, en el cual hallamos el calor de humildad, el esplendor de la castidad, la ágil ligereza de la pobreza”.

La uva, de la cual se hace vino, es para Antonio el símbolo de la alegría de que gozan los Santos en la visión beatífica. Los higos, la más dulce de las frutas, lo son de la dulzura en que estarán inundados los bienaventurados; las granadas, de las diversas mansiones de la casa del Padre.

Las grullas nos enseñan la caridad fraterna, porque estos volátiles en sus viajes se ayudan los unos a los otros, alternándose para conducir la bandada y para vigilar de noche. Del mismo modo que aquéllas no piensan sólo en su propia defensa, sino también en la de todas sus compañeras, así también debemos llevar los unos el peso de los otros. Las tórtolas, la paloma, el águila y las otras aves aparecen citadas muchísimas veces en comparaciones apropiadas y graciosas.

He aquí la descripción que nos da de la niebla en un fragmento de los “*Dominicales*”, y las consideraciones que saca de un fruto conocidísimo: “la niebla no es más que un humor acuoso condensado, y significa la grosura de la fe que se recibe por la mañana, es decir, en el santo bautismo. Las alturas elevadas por encima de la tierra son las virtudes, o sea, los Santos que han alcanzado las cumbres de la virtud. Y el Señor sobresale por encima de las virtudes de todos y camina en el corazón de los suyos. Concuerda con esto aquello que se dice en el segundo de los Reyes: Cuando oigas las pisadas del que camina por encima de los perales, comenzarás a combatir, porque entonces pasará el Señor delante de tu faz para herir de muerte el campo de los filisteos. El peral es llamado así por una palabra griega que significa fuego. El fruto de este árbol parece tener la forma de una llama. Los Santos son pues como los perales llenos de las llamas de caridad, cuyas obras están fundadas sobre la ancha base de aquélla y termina en la angosta punta de la humildad. Muy bien dice de ellos el Señor: Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido impuesto, decid: Sier-

vos inútiles somos. La cumbre en que terminan estos pe-
rales es la vida eterna, a la cual tienden con sus esfuer-
zos. Las pisadas son la gracia de Jesucristo, que les excita
a obrar infundiéndoseles continuamente, y así el Señor
camina en la sublime vida de los Santos. Cuando el jus-
to escucha la voz de la gracia, entonces vence a los filis-
teos, es decir, a los movimientos de la concupiscencia a
los espíritus malignos”.

* * *

Tomemos para ejemplo, entre los *Dominicales* del
Santo, el sermón del III domingo de Cuaresma.

El que no esté completamente ayuno en asuntos de
Sagrada Escritura y de liturgia, no podrá por menos de
admirar la concatenación y la lógica de sus discursos,
que no estaría mal repetir a los fieles, especialmente en
nuestros días, en que se trabaja para dar su puesto de
honor a la Sagrada Liturgia.

El Evangelio del III domingo de Cuaresma trata de
la liberación y curación del obseso mudo y de la pobrí-
sima argumentación de los judíos, quienes, no pudiendo
negar el portento realizado por Jesús, le echan en cara
que su poder no le viene de Dios, sino de Belcebú, prín-
cipe de los demonios. La respuesta de Jesús fué tan sabia
que arrancó de la boca de una mujer del pueblo aquel be-
lísimo elogio de la Virgen: “*Beatus venter qui te porta-
vit et ubera quae suxisti: Bienaventurados el seno que te
llevó y los pechos que te amamantarón*”. En el oficio del
mismo día se narra la patética historia del hebreo José,
mientras que la Epístola de la Misa, que es del Apóstol
de las Gentes a los efesios, nos exhorta a vivir conforme
al espíritu cristiano, desprendidos de todo lo que puede
separarnos del Reino de Cristo.

Antonio, después de dividir el fragmento evangélico
en cuatro partes bien distintas, lo ilustra con compara-
ciones y semejanzas tomadas tanto de la Epístola paulina
como de la Historia de José, formando de todo ello un
conjunto homogéneo que, además del fin de edificar a los
fieles, logra el de manifestar la sabiduría de la Iglesia
al componer su Liturgia.

El mudo evangélico, el cual según otros evangelistas era sordo y ciego, es el pecador que no confiesa su pecado o calla algunas de sus circunstancias, descuidando tanto la voz de la propia conciencia como la de Dios, que amenaza con castigos. En cambio José, que se interpreta *el que crece*, es figura del pecador convertido y penitente, el cual, cuanto más se humilla en la presencia de Dios al recuerdo de su pasada vida, tanto más crece en méritos ante El. El diablo, de que se habla en el Evangelio, corresponde a la bestia feroz, que, según el dicho de los hermanos, devoró a José.

Y así como éstos quitaron a José sus vestidos y le encerraron después en lo profundo de la cisterna, de donde le sacaron para venderle a gente extranjera, así el diablo quita la voz, el oído y la vista al pecador que se ha hecho esclavo suyo. La cisterna vieja y vacía es el alma del pecador, endurecida por el pecado; y así como José vendido fué llevado a una tierra extraña, del mismo modo el que se hace esclavo de Satanás es alejado por éste de la Iglesia y de la compañía de los buenos, los cuales con sus ejemplos podrían contribuir a conducirle de nuevo al bien. San Pablo, en la Epístola, dice: *Oh hermanos, sed imitadores de Dios, como hijos carísimos, y caminad por las sendas del amor, por las cuales caminó Jesucristo, el cual nos amó y sacrificó su vida por nosotros; ofreciéndose al Padre, como Hostia de propiciación por nuestra salvación.*

Precisamente por este amor de Jesús se ve el diablo obligado a alejarse de nosotros; quienes, después de la Pasión y muerte de Cristo y en virtud de ésta, vemos con los ojos de la fe, confesamos la grandeza de Dios y escuchamos su voz: por lo que, si antes caminábamos en tinieblas, ahora caminamos en la luz.

Con este concatenamiento entre el Antiguo y Nuevo Testamento continúa Antonio y lleva a término su discurso, que, mientras por una parte nos demuestra una vez más su dominio en las Sagradas Escrituras, nos hace al mismo tiempo como tocar con la mano la lógica férrea

de su razonamiento, que tanto debía brillar en sus lecciones y en su palabra de Maestro y de Doctor.

Se nos ha escapado de la pluma el apelativo de Doctor para nuestro Santo. Y a la verdad si este título no ha sido reconocido oficialmente por la Iglesia, le ha sido atribuido muchas veces por los dignatarios eclesiásticos y por la liturgia. (1).

El mismo Sumo Pontífice que le inscribió en el Catálogo de los Santos entonó en la solemne función de su canonización la antífona: “*O doctor optime*”; *Oh Doctor óptimo, lustre y decoro de la Santa Iglesia, amador de la divina ley, ruega por nosotros al Señor.*

En el elenco de un antiguo martirologio de la Iglesia Romana, es celebrado nuestro Santo como celeberrimo por los milagros y por la doctrina, mientras la Liturgia franciscana le llama *Padre de la ciencia, luz de Italia, Doctor de la Verdad, Sol de Padua.*

El Papa Sixto IV le ensalza como a varón “que con su profunda doctrina en las cosas divinas, y con su fervorósima predicación, ilustró y honró, consolidó y corroboró la fe ortodoxa y la Iglesia Católica”, mientras que Sixto V le llama “colmado de sabiduría divina y orador que condujo a la Iglesia Católica a muchos extraviados, con su palabra que fué como una lluvia descendida del cielo para hacer germinar a la tierra”.

San Buenaventura ensalza “aquella lengua verdaderamente y sumamente bendita, porque bendijo a Dios e hizo que fuera bendecido por otros”.

Tomás de Celano afirma que “el Señor le abrió el entendimiento para comprender las Sagradas Escrituras, y las palabras de su predicación eran más dulces que el panal de miel”.

El Beato Lucas Belludi refiere el apelativo que le dió el Sumo Pontífice Gregorio IX, de *Arca del Testa-*

(1) Con reciente decreto de S. S. Pío XII establece que se honre al Santo de Padua con el merecido título de **Doctor de la Iglesia**, satisfaciendo así un anhelo de toda la cristiandad. Véase al respecto la Carta encíclica del Sumo Pontífice al principio de este libro.

mento, y asegura que fué verdaderamente tal por su doctrina.

San Antonino, Arzobispo de Florencia, y San Roberto Belarmino, le ensalzan como a quien con su *doctrina* llevó a muchos al bien.

El Cardenal Guido de Montfort le llama *La Lumbrera de Italia, Doctor de la verdad* y espléndido *Sol de Padua*.

En una palabra, tanto los contemporáneos como los posteriores (Santos, escritores, historiadores), que hablan de él, no dejan de tributarle particulares elogios por su sabiduría y doctrina; y el arte, que ha querido ser fiel a la Historia, en los tiempos más antiguos le ha pintado siempre teniendo en la mano el libro, señal de ciencia y doctrina.

Lucas Signorelli le pintó entre los Doctores, en el maravilloso fresco de la Catedral de Orvieto, y en una antigua voladera del altar de la Iglesia de San Francisco de Terni, sobre la figura del Santo se leen estas palabras de la Sagrada Escritura: “La descé, y me fué dada la ciencia de las cosas; le he invocado, y vino a mí el espíritu de la sabiduría y la he antepuesto a los reinos y a los tronos, y en su comparación he considerado como nada todas las riquezas”.

Para concluir, saludemos a San Antonio como primer Maestro y Doctor de la gloriosa Escuela Seráfica.

EN TIERRAS DE FRANCIA

Aunque no sea posible precisar el período del apostolado de Antonio en Francia, es muy probable que se extienda desde el otoño de 1225 hasta la primavera de 1227.

Francia era muy amada por el corazón de San Francisco, quien la había visitado en su juventud, antes de desposarse con la Dama Pobreza, ejerciendo con su padre el oficio de mercader.

Por esto gemía el Poverello por los males de esta nación, y cuando oyó que la herejía intentaba producir allí sus estragos en el redil de Cristo, no tardó en enviar allá al más santo y al más docto de sus hijos, Antonio.

Las fatigas apostólicas del Santo en Francia fueron inmensas, porque tanto más se encendía siempre su celo cuanto veía que era mayor el peligro y más artera la astucia de la herejía.

Si reflexionamos en la embestida contra el mitrado de Bourges, en sus sermones sobre la confesión, en sus palabras contra los albigenses, comprenderemos el ímpetu con que combatió en este período para salvar del error al pueblo sencillo y bueno.

Su idea constante y solícita, su atención cautelosa era descubrir a los herejes, a estas astutas zorras que trataban de infiltrarse entre la sencilla gente de la Provenza para causar estragos en la viña del Señor. Empleaba todas sus dotes de inteligencia y corazón para descubrirlos, para que los buenos no permaneciesen aprisionados en sus falacias. Y en verdad, con la predicación de Antonio se despertó el pueblo y la Fe volvió a convertirse en reina de las mentes y de los corazones.

Muchas veces llamaba Antonio a los herejes con este nombre de zorras, porque a semejanza de estos animales astutísimos para tomar la presa, los herejes se insinúan con astucia entre los buenos. No tienen valor para atacar a la Iglesia a cara descubierta en aquellos lugares que no son aún su campo; mas, tomando ocasión de una falta aislada de algunos de sus ministros, comienzan a murmurar dolosamente contra Ella, so pretexto de reforma, de mayor pureza de doctrina, de una ciencia más vasta, mientras que, una vez entrados, hieren y matan. Verdaderas imágenes del pastor mercenario que no ama a sus ovejas.

Por esto en Francia se habían empleado contra los herejes las armas de los católicos franceses, y de esta intervención militar se quiso hacer una campaña anticatólica, como si los lobos estuviesen en el ejército de Simón de Monfort, cabeza de los Cruzados, y los corderos en el de Raimundo de Tolosa.

La Cruzada contra los albigenses fué, por el contrario, una dura necesidad, y ciertamente salvó a Francia de mayores males.

Hubo quien, encuadrando a nuestro Santo entre los católicos de aquel tiempo, osó asegurar que él también había combatido contra la herejía, apoyado y apoyando al brazo secular. El hecho de que haya sido invitado por San Francisco, el más manso de los Santos, desmiente a priori la acusación, la cual queda además plenamente confutada por la vida y por los discursos de Antonio.

“Como no se pega fuego a una casa — dice en uno de sus sermones —, sólo porque en ella hay un muerto o se celebran funerales, así tampoco se debe destruir aquella casa en la que Dios muere, es decir, el alma del hereje, muerta a la gracia de Dios, y esto mucho más porque es fácil esperar que El la resucitará a la gloria. Mas, aún estando ciertos de la obstinación, hay siempre lugar para la tolerancia porque Dios mismo es el primero que da ejemplo de ella. Tolerad, pues, al hereje y que sirva de saludable ejemplo para vosotros”.

Sus únicas armas contra los albigenses fueron su gran elocuencia y los milagros que la acompañaron.

“Toda la ciencia que había atesorado — dice Mandach —, sólo era para él un medio para influir en los corazones y enducirlos al bien. La gran facilidad con que se asimilaba los dialectos de los diversos países, se hallaba unida en él a una rara fuerza de acento. Según la leyenda más antigua, el nombre de Antonio, que había escogido para sí, era un presagio de lo que llegaría a ser como orador: *tronaría fuerte*. De hecho, cuando predicaba, su voz tenía ecos como de trompeta y tronaba como la voz de Dios sobre el Sinaí humeante. Su predicación iba dirigida a los doctos e ignorantes. Los doctos admiraban el arte que les ponía en disposición de hallar en todas partes cotejos y argumentos de cosas espirituales; mas cuando se dirigía a los humildes, exponía admirablemente las causas y las ocasiones del pecado. No los cansaba con áridos preceptos, mas inculcaba e insinuaba con rara habilidad las buenas costumbres y el amor a la virtud”.

Antonio era el amigo del pueblo: sentía y comprendía sus necesidades morales y materiales, su sed del bien, y cuando había que ayudarle, no se dejaba intimidar por los poderosos del siglo; se constituía, por el contrario, en defensor y ayuda del oprimido.

* * *

La primera ciudad francesa que oyó la palabra de Antonio fué Montpellier, donde, a la vez que enseñó a los frailes, predicó al pueblo.

Para sus lecciones se servía entonces de un Salterio escrito y anotado de propia mano: una especie de pronuario de predicación, que guardaba celosamente por la utilidad que de él reportaba.

Un libro de este género era, sin duda, apto para despertar la codicia de uno, y un pobre novicio no supo resistir a la tentación. Una noche tomó furtivamente el Salterio de la celdilla de Antonio, y huyó del convento, seguro de haber dado un golpe maestro. Mas como el

Santo, cayendo en la cuenta de la pérdida del libro, se hubiese puesto en oración, apareció el demonio al fugitivo, el cual se encontraba precisamente a las orillas de un río, y le intimó con gesto amenazador que volviese al convento y restituyese lo mal adquirido.

Aterrado el novicio, volvió sobre sus pasos, se presentó al Siervo de Dios y restituyó el Salterio, pidiendo perdón y solicitando la gracia de ser admitido de nuevo al noviciado, lo que le fué concedido.

Tal vez se funda en este suceso, en el cual un diablo se hizo ministro de la Divina Voluntad (a no ser que queramos admitir una ampliación legendaria por la cual en el diablo vése personificado el remordimiento de la conciencia), el hecho de que después de su muerte se comenzara a invocar a Antonio como a abogado de las cosas perdidas. Nuestro Santo, que tanto se dolió por la pérdida del Salterio, ha oído a veces a aquellos que han acudido a él con el corazón rebosando amargura por la pérdida de un objeto que les era caro.

En Montpellier sucedió también el milagro de las ranas que turbaban con su croar las lecciones del Santo, y a las cuales impuso el silencio, y el otro más ilustre de la bilocación, que otras veces veremos también repetido en su persona.

No es aquí del caso examinar a fondo cómo tiene lugar la bilocación. Bástenos decir que ésta puede suceder con la sustitución de un cuerpo idéntico al del bilocado. De hecho, en todas las bilocaciones (y éstas se registran en muchos Santos), mientras éstos obran en un lugar, en el otro permanecen visibles sí, pero inmóviles.

En la bilocación de Saint-Pierre du Queyroix, mientras Antonio apareció en medio del coro para leer la lección del Breviario, estaba en la iglesia predicando, mas fué observado por todos que se mantuvo inmóvil en el púlpito durante todo el tiempo que duró la lectura.

He aquí cómo nos cuenta el caso de Montpellier el *Liber Miraculorum*. Al tiempo que el Santo daba lecciones a sus hermanos de Montpellier, sucedió que, hallándose predicando con motivo de una fiesta en una iglesia

donde había un gran concurso de pueblo y de eclesiásticos, apenas comenzado el sermón, se acordó de que habría debido hallarse en el coro de su Iglesia para cantar un versículo aleluyático, para el cual ningún otro estaba preparado, no habiendo (por olvido), dejado a nadie el encargo. Entonces se sentó en el púlpito como para el breve reposo acostumbrado, y se cubrió la faz con la capilla; al mismo tiempo, los frailes que asistían al coro conventual le vieron aparecer y cantar el Alleluya. El suceso fué controlado, y entonces se comprendió que el Señor había repetido con él el prodigio mediante el cual San Ambrosio se halló presente a las exequias de San Martín, y San Francisco en el Capítulo de Arlés, demostrando así que el mérito de Antonio era igual al de los dichos Santos.

* * *

Después de Montpellier, el Santo pasó a Tolosa, y más tarde a Puy-en-Velay; donde tuvo también el cargo de guardián del convento de Puy.

De cómo se condujese en el cargo de superior local, podemos colegirlo del discurso en que enumera las dotes del buen pastor, dotes a las que ciertamente ajustó el entonces su conducta.

“El que es constituido superior — dice —, debe sobresalir por la pureza de la vida, modelada sobre un conocimiento profundo de las Sagradas Escrituras; debe saber hablar con facilidad y con facundia; debe ser fervoroso en la oración, misericordioso para con sus súbditos, manteniendo, con todo, la perfecta disciplina entre ellos, cuidando con solícitud de las almas que le están confiadas. Debe saber recurrir a la dorada vara de la benignidad, para que con ella use, mientras corrige, la dulzura de un padre, mas aún, la de una madre.

“El superior procure imitar al pelícano, del cual se dice que riega con su propia sangre a sus hijuelos para vivificarlos y nutrirlos. De este modo, al mismo tiempo que corrige a los súbditos con la vara de la disciplina, los atrae a su corazón con la elocuencia de las lágrimas

que derrama por ellos, ya que debe estar inflamado de caridad, y ser benigno al hablar y manso en el trato”.

* * *

Dos profecías están ligadas a la permanencia del Santo en Puy. Vivía en aquella ciudad un notario que llevaba una vida harto escandalosa. Esto no obstante, Antonio, cada vez que le encontraba, hacía delante de él una profunda inclinación, como señal más de veneración que de simple saludo. El notario, sabiendo que su vida era conocida del Santo, no podía hallar motivo suficiente para la particular deferencia de que Antonio le hacía objeto, por lo que comenzó a pensar que el Santo querría hacer mofa de él. Esquivaba, en consecuencia, toda ocasión de encuentro, y, si por acaso lo divisaba de lejos, cambiaba de dirección para no encontrarse con el Santo. Mas un día tropezó con él inopinadamente, y tuvo lugar el acostumbrado obsequio que el notario reputaba afrenta.

—Si no temiese a Dios —le dijo todo airado—, te mataría en el acto. ¿Qué mal te he hecho para que tengas que burlarte de mí?

—¿Burlarme yo de ti —repuso Antonio con sencillez—, de ti que llevarás a cabo grandes cosas por el Señor? ¡Guárdeme el cielo de hacerlo! Tú serás mártir, oh hermano mío. ¡Ah! si supieses con qué ansias deseé la gran gracia de ser mártir de Cristo, y no me fué otorgada. No pude alcanzar la anhelada palma. Tú, por el contrario, lo serás. Confesarás al Redentor ante el tirano. En el momento postrero de aquella gloriosa prueba, acuérdate, te suplico, de mí.

La sencillez y el calor con que Antonio profirió estas palabras calmaron la ira del notario, el cual, a pesar de todo, respondió con una carcajada a la profecía pues no sentía precisamente ningún deseo de morir a manos del verdugo. Sucedió, con todo, de allí a no mucho tiempo, que se trasladó a Jerusalén en compañía del Obispo de Puy. El Señor le había tocado el corazón y mudádole en tal grado que, llegado a Jerusalén, se dió a predicar

con gran fervor la divinidad de Nuestro Señor. Por esto fué conducido a la presencia del tirano, el cual por tres días le atormentó con duros suplicios, haciéndole después morir en la presencia de otros cristianos a quienes narró la predicción de Antonio.

Una noble matrona de la misma ciudad, estando encinta y próxima a ser madre, se encomendaba a Antonio, a fin de que rogase por ella y por el que estaba para nacer. —Ten buen ánimo —le respondió Antonio — Tu hijo será grande en la presencia de Dios. Vestirá el pobre hábito que yo llevo; confesará a Dios ante los infieles; será mártir, y suscitará mártires.

Y sucedió, en realidad, porque el hijo de aquella señora, hecho fraile menor, fué enviado al Oriente a predicar y fijó su residencia en Azoto, donde suscitó en torno a sí un grupo de fervientes cristianos.

Caída la fortaleza en poder de los mahometanos, todos fueron condenados a muerte, y fray Felipe (tal era su nombre desde que ingresó en la Orden), les infundió valor para soportar todo por amor de Jesús, trayéndoles a la memoria la gloria para la cual estaban reservados.

Merced a sus exhortaciones y súplicas, todos se mantuvieron constantes, y la sangre de los mil mártires se mezcló con la suya. El fué el último a quien cortaron la cabeza, después de haberle el sultán infligido inauditos tormentos para castigarle por las exhortaciones que había dirigido a los otros cristianos.

* * *

De las predicaciones de Antonio, en este período de tiempo, han quedado célebres la del Concilio de Bourges y la del Capítulo Provincial de Arlés, donde, mientras predicaba, se le apareció el Poverello de Asís, que aún vivía, para aprobar las palabras que él dirigía a sus frailes e insinuar a éstos lo que en realidad hicieron, a saber: elevar a Antonio a un cargo superior de la Orden.

He aquí cómo cuenta Celano la aparición:

“Durante el tiempo del provincialato arelatense de fray Juan Bonelli, llamado por San Francisco el cargador de Florencia, tuvo lugar un caso prodigioso.

“Celebrando él el Capítulo Provincial, habló con tanta dulzura y unción de espíritu que tornó dócil el ánimo de todos sus frailes. Había entre ellos uno famoso por sus insignes obras y por su santidad, llamado Monaldo, humilde cuanto jamás hubo otro, ferviente en la oración y paciente en tolerar todas las adversidades.

“Al Capítulo Provincial había asistido también fray Antonio, aquel varón a quien el Señor había concedido las más vastas inteligencias para la interpretación de las Divinas Escrituras. Mientras éste predicaba a los frailes sobre aquellas palabras: “Jesús Nazareno Rey de los judíos”, el dicho fray Monaldo vió hacia la puerta de ingreso de la sala capitular al Bienaventurado Padre Francisco, elevado en alto y extendidos los brazos en forma de cruz y bendiciendo a todos los frailes. Estos, durante todo el tiempo que duró la visión, se sintieron penetrados de íntimo consuelo y de una gran confianza en la salvación de las almas, de modo que, aunque no todos vieron con los ojos corporales al Bienaventurado Padre, percibieron sin embargo, todos la visión y tuvieron un sentimiento interno que les aseguró de la presencia en medio de ellos de San Francisco”.

De este modo quiso el Poverello de Asís autorizar la palabra de su amado hijo, antes de partir del mundo.

En efecto, la aparición tuvo lugar poco tiempo antes de la muerte de Francisco, de la que hablaremos en el capítulo siguiente. Mas antes de cerrar éste, referiremos algunos milagros obrados por Antonio en Francia, aún cuando no sea siempre fácil fijar con certeza el lugar preciso en que acaecieron.

* * *

La aureola de santidad de que estaba rodeada su persona hacía que Antonio fuese universalmente amado y estimado, y muchos bienhechores se interesaron

vivamente por las necesidades de los Menores, mostrándose liberales para con ellos en obras de caridad. Entre ellos hubo una señora muy distinguida que llevaba frecuentemente en persona algunas limosnas al convento, con objeto también de gozar de la piadosa conversación con los frailes, y de una manera particular con Antonio cuando éste disponía de un momento libre. Esto llenó de celos a su marido y siendo la enfermedad de los celos, al mismo tiempo que el más ridículo de los vicios, la que más turba la verdadera visión de la realidad de las cosas, haciendo ver vigas donde sólo hay pajas, comenzó a maltratar a su mujer, y cierto día, en un momento de furor, asiéndola con la siniestra mano de los cabellos y teniendo en la diestra un puñal, intentó asesinarla. No lo consiguió, porque repentinamente se le quedó inerte el brazo. Mas fueron tan grandes el ímpetu y la fuerza con que la había asido, que buena parte de los cabellos de su esposa se le quedaron en las manos, con gran tormento de la pobre señora; mientras esto sucedía, uno de sus hijos corrió en demanda de auxilio. Pronto llegó el suceso a oídos de Antonio, quien, corriendo a aquella casa, reprendió duramente al celoso marido, demostrándole que sus celos eran completamente infundados; después dijo a la señora que al día siguiente fuera a la iglesia, a la hora del sermón.

Fuese la señora y Antonio, hecho antes fervorosa oración, en presencia de todos para justificar su proceder y la inocencia de la señora, ordenó al marido que volviese a colocar en la cabeza de aquella los destrozados cabellos, y quedaron éstos tan firmemente adheridos como si jamás se los hubiesen arrancado.

* * *

Grande era siempre la afluencia de fieles a sus sermones; aún a este propósito se narran hechos prodigiosos.

En cierta ocasión, predicando él en una aldea, concurren al sermón todos sus moradores, y tampoco quiso privarse de este consuelo una mujer que tenía

un hijo pequeñito. Mas volviendo a su casa, halló al pequeñín, a quien había dejado en la cuna, de tal modo envuelto entre los cobertores que estaba ya ahogado. Presa de la mayor desolación, corrió de nuevo adonde el santo, invocando su ayuda y la misericordia de Dios, y Antonio, compadecido de su dolor de madre, le dijo por tres vecès: —Vuelve a casa, que el Señor te concederá el favor.

Creyó en sus palabras y, vuelto a casa, halló vivo al niño que había llorado por muerto.

Otra vez se hallaba en la iglesia juntamente con los otros fieles un pobre idiota que los perturbaba con sus extravagancias.

Habiéndole reprendido el Santo y exhortándole a que estuviese quieto y recogido, respondió que lo haría si el Santo le regalaba el cordón con que estaba ceñido.

Antonio, para aquietarlo, se soltó el cordón de encima de la túnica y se lo dió al loquillo, el cual, no bien lo tuvo en sus manos, se lo ciñó para satisfacer su capricho. Apenas lo hubo puesto, recobró perfectamente el uso de la razón, pidió perdón al Santo y al auditorio, y gozó en lo sucesivo de perfecta salud mental.

* * *

Estos prodigiosos sucesos, que se repetían con frecuencia durante el curso de sus sermones, hacían que viniesen a escucharle hasta de lejanas regiones; y cuando él subía al púlpito, era tal la atención, que no se oía rumor o murmullo alguno, a pesar de que se trataba de tanta multitud, de tan diversa condición y no obstante la presencia de los niños.

Envidioso de eso el demonio, recurría a todas las artes para provocar cualquier suceso que pudiera distraer el recogimiento de los oyentes.

Una vez, entre otras, se vió entrar en la iglesia a un correo con una carta en la mano y que preguntaba a todos, aún en voz alta, si estaba allí presente una mujer cuyo nombre daba y a la cual iba dirigida la misiva. La halló, en efecto y le entregó el papel en el

cual se le comunicaba la noticia de que un hijo suyo había sido muerto a traición.

La mujer, al tener la terrible noticia, se desvaneció, originándose de aquí tal alboroto que parecía necesario tener que interrumpir el sermón.

Mas entonces resonó más fuerte la voz de Antonio:

—Escuchadme, fieles, escuchadme un solo momento; y vos, señora, cobrad ánimo, porque es falsa la noticia que os ha sido comunicada, y el que os la ha traído es el demonio en persona, el cual tiembla al pensamiento de los buenos frutos que produce la palabra de Dios, ávidamente escuchada. Por lo demás, esperad un instante, y vuestro hijo, del que os han dicho que ha sido muerto, comparecerá en medio de nosotros.

Y así sucedió, porque éste se personó casi al momento en la iglesia, mientras ninguno supo dar más noticia del infausto correo, el cual había desaparecido.

Otra vez, al comienzo del sermón advirtió al auditorio que no se turbase por cosa alguna que pudiese ocurrir.

—Yo conozco — dijo —, que hoy el tentador hará algo para turbar a mí y a vosotros; mas no temáis, no podrá hacernos mal alguno.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando con gran estruendo se derrumbó un palco de madera en el cual había muchas personas, las cuales cayeron precipitadas a tierra. Mas ninguno tuvo que sufrir la más mínima herida, o el más ligero rasguño, ni siquiera se espantaron; así que todo contribuyó a la mayor gloria de Dios y alabanza de nuestro Santo, que había previsto y trastornado tan bien la insidia diabólica.

* * *

La voz de Antonio era muy fuerte y robusta y hacía oír muy bien de todo el auditorio; mas alguna vez la oyeron de tan lejos, que es forzoso admitir el prodigio, como sucedió en el siguiente hecho, narrado por Surio:

“Una piadosa mujer que tenía enfermo a su mari-

do, deseaba ardientemente oír la palabra del Santo, mas se lo impedía la enfermedad del esposo.

“Un día que Antonio predicaba en una iglesia distante algunos kilómetros, no pudiendo como de costumbre asistir al sermón, se asomó a la ventana y miraba con anhelo a la lejana iglesita.

“Sucedió entonces una cosa maravillosa. Ella oyó perfectamente la voz del predicador, tanto que estuvo atenta al sermón hasta que el marido, impaciente, la llamó, reprochándole el que perdiera tanto tiempo en la ventana.

“Respondió que estaba oyendo el sermón, y como el marido se burlase de ella, para sincerarse, le invitó a que diera algunos pasos.

“Hízole así el marido, y oyó perfectamente el resto del sermón, que se predicaba a casi tres kilómetros de distancia”.

* * *

Al ministerio de la predicación juntaba el Santo el de confesar. En sus sermones sobre la confesión hay expresiones clarísimas por lo que mira al dogma y eficaces para la exhortación.

“¿Por ventura os confesáis con un hombre? — preguntaba él —. No con un hombre en cuanto hombre, sino con un hombre en cuanto representa a Dios. Por esto dice el Señor por boca de Isaías: —Mío, y solamente mío es el secreto.

“Así como eres fácil en confesarte, así debes serlo también en corregirte de los pecados confesados. Pero hay, por el contrario, quienes se confiesan y jamás se enmiendan. Mas el que se presenta con fingimiento al sacerdote, el que calla algún pecado o alguna de sus circunstancias, se expone al peligro de eterna reprobación; porque la confesión debe ser *completa*, *tierna*: tierna, por la abundancia de lágrimas de arrepentimiento; *extensa*, por la amplitud del perdón que debemos otorgar a todos aquellos que nos han ofendido, por la restitución completa de cuanto injustamente hemos qui-

tado a otros, y por el dolor que se debe extender a todos los pecados mortales.

“Los sacerdotes y los Obispos tienen la facultad de perdonar los pecados; mas el sucesor de San Pedro tiene esta facultad en toda su amplitud e integridad, para que todos comprendan que no puede ser absuelto ni, por consiguiente, puede entrar en el Reino de los Cielos el que se ha separado de la unidad de la Iglesia.

La confesión debe ser *solitaria*, porque es hecha privadamente; *secreta*, porque sólo el sacerdote la debe recibir y conservar bajo el sigilo sacramental, y *oculta*, porque ninguno y en manera alguna puede violar este secreto.

“El dolor, la contrición de los pecados cometidos se debe extender a todos y a cada uno de los pecados mortales, de tal modo que se tenga mayor contrición por un pecado cometido que si se hubiesen perdido todas las riquezas de este mundo; porque perder la gracia de Jesucristo equivale a perder el más digno, el más caro, el más precioso de todos los objetos”.

De los prodigios realizados por el Santo como confesor, conocemos éste que sucedió en Francia.

Un joven, después de haber escuchado un día su sermón, quedó tan compungido de su mala vida pasada que, habiendo ido a confesarse, no podía articular palabra alguna: tal era la abundancia de sollozos que le anudaban la garganta.

Entonces el Santo, para hacerle ver cuán acepto había sido a Dios aquel su verdadero arrepentimiento, le sugirió escribiese en un papel sus pecados; lo que hizo el joven muy de buena gana, entregando después el papel al confesor. Mas apenas hubo el Santo fijado en él su vista, el papel quedó en blanco como antes.

Los pecados habían desaparecido de la hoja de papel, del mismo modo que del libro de la vida de aquel pecador arrepentido.

Otra vez, en época posterior, estando próxima la Pascua, oía en Padua confesión de un tal Leonardo; el cual, entre otros pecados, se acusó del gravísimo de

haber dado, en un acceso de furor, un puntapié a su propia madre.

—Ah, hijo mío —le dijo Antonio—, este pecado es tan enorme que merecía que se te quitase el pie temerario con que osaste herir a la que te dió la vida! Después le impuso una fuerte penitencia, y, viéndole arrepentido, le dió la absolución. Mas en el joven quedaron muy profundamente impresas aquellas palabras del Santo, y, en un momento de exaltación, tomó un hacha y se cortó el pie con que había herido a su madre. Apenas lo hubo cortado, le acometió, como era natural, un dolor tan grande, que comenzó a dar espantosos alaridos.

Habiendo acudido la madre y visto y oído el motivo de aquel acto de locura, se irritó en extremo y corrió donde el Santo para increparle duramente de que hubiese impuesto aquella penitencia al joven, acusándole de ser el reo de la muerte de su hijo.

Antonio, después de haberse justificado, movido a compasión del dolor de la madre y de aquel suceso verdaderamente lastimoso, fué a ver al joven y, tomando en la mano el pie cortado y hecha breve, pero fervorosa oración, lo juntó a la pierna mutilada, haciendo sobre ella la señal de la cruz.

Al instante el muñón volvió a juntarse tan perfectamente, que ni siquiera quedó la cicatriz, y desapareció súbitamente el dolor con gran júbilo y agradecimiento de la madre y del hijo; quienes, besando la mano de Antonio, comenzaron a darle las gracias con toda la efusión de sus almas.

* * *

Entre los dones celestiales que el cielo le otorgó, tuvo también Antonio el de la penetración de los corazones, de modo que, tanto en los sermones como en el confesionario, sabía decir aquellas palabras que eran necesarias a cada caso.

Particularmente en el confesionario, después que el penitente se había acusado y quedado en silencio por

no recordar más, o por vergüenza de manifestar alguna cosa, no dejaba de recordarle las culpas, diciéndole el año, el mes, el día y las circunstancias de la misma, demostrando de este modo que le eran conocidos los secretos más ocultos de los corazones.

Su ministerio de confesor no era, pues, menos maravilloso que el de predicador, y si las noticias que tenemos a este respecto son menos numerosas, no es en modo alguno porque sean menos importantes, sino porque el ministerio del confesor es en sí mismo una cosa escondida y humilde que rara vez deja traslucir al interior aquellas señales externas que hieren nuestros sentidos y se manifiestan y se recuerdan más fácilmente.

ASCENDE SUPERIUS

La aparición de Francisco de Asís en el Capítulo Provincial de Arlés fué para Antonio la invitación paterna de asumir cargos más importantes en la Orden, y sus hermanos le llamaron a ello, confiándole la pequeña Provincia que se estaba formando, precisamente entonces en Limoges. Estas pequeñas provincias se llamaron Custodias, y custodio el que estaba al frente de ellas.

Era este el cargo más alto a que un Capítulo provincial podía elevar a un fraile, ya que los superiores de las provincias mayores y formadas eran designados en los Capítulos Generales.

Probablemente, junto con el oficio de custodio del Lemosín, Antonio tuvo también el de guardián del convento principal, que él iba a fundar en la capital de su pequeña provincia.

Ascende superius: Sube más arriba, era la invitación dirigida a Antonio quien, debido a su humildad, se había contentado con los últimos puestos y hasta los había buscado.

En seguida, emprendió el viaje a Limoges, y habiendo llegado aquí pidió hospitalidad a los benedictinos, quienes tenían en aquella ciudad la abadía de San Martín.

La reputación de su santidad le había precedido, y los hijos de San Benito quisieron al instante oírle.

Tenían en aquellos días una función de difuntos, que solían celebrar en el cementerio, y Antonio predicó el sermón, tomando por tema las palabras del Salmo: "*Ad vesperum demorabitur fletus et ad matuti-*

num laetitia: —Por la tarde habrá llanto: más por la mañana seremos colmados de alegría”.

El había conocido este llanto de la tarde en las tentaciones y en las ásperas mortificaciones de Olivares y de Montepáolo, en el naufragio de su deseo del martirio; y había también conocido la alegría de la mañana en la completa sumisión de su voluntad a la voluntad de Dios, la perfecta alegría franciscana, que había aprendido de sólo el Seráfico Padre; por esto habló con tanto calor y unción que los monjes quedaron extasiados y al día siguiente manifestaron ansias de oírle de nuevo.

Esta vez les habló en la sala capitular, y sus palabras fueron una exhortación al amor de Dios, a las alegrías de la contemplación, tomando por tema el versículo del Salmo: “*Quis dabit mihi pennas sicut columbae et volabo et requiescam? —¿Quién me dará alas de paloma para volar al lugar de mi paz y descansar en él?*”.

Era un tema apropiadísimo para las almas que hacen profesión de perfección y él supo desenvolverlo, como de costumbre, con tanto fervor, que se cautivó la estima y simpatía universales.

Por esto cuando Antonio pidió a aquellos monjes una de las muchas localidades que la abadía poseía, para edificar en ella un convento, no se hicieron repetir la demanda, y le regalaron un terreno en los confines de la abadía, donde Antonio fundó el convento del que fué guardián.

* * *

El Lemosín no estaba, como Tolosa y Velay, infectado por la herejía albigense; por esto la predicación del Santo fué más popular y sencilla, y pocas cosas nos dicen de ella los primeros biógrafos; quienes se contentan con narrar alguno que otro de los milagros que tampoco dejó de obrar aquí Antonio.

Entre otros, son notables, una nueva bilocación (a que ya aludimos), por la cual se halló al mismo tiem-

po predicando en la iglesia de San Pedro de Queyroix y en su iglesia conventual, donde leyó una lección del Breviario, y un sermón al aire libre en medio de una tormenta de lluvia y de rayos, sin que ninguno de los oyentes llegara a mojarse.

He aquí cómo nos lo refiere Rigauld:

“Mientras, cierto día, Antonio tenía que predicar, se había aglomerado tal gentío que no se halló templo tan vasto que fuese capaz de contener a todos.

“Se resolvió en consecuencia, a predicar al aire libre, y escogió un lugar oportuno, llamado el *pequeño valle de las arenas*, donde toda aquella multitud pudo acomodarse a su placer para mejor oírle.

“Apenas había comenzado su sermón, cuando notaron que el cielo se oscurecía, e inmediatamente se oyó tal estruendo de rayos y se vió tal resplandor de relámpagos, que algunos de los oyentes comenzaban a alejarse por miedo a que la tempestad los sorprendiese

“Antonio, considerando que el ejemplo de éstos influiría sobre los otros, les suplicó que permaneciesen en su lugar, asegurando a todos que ningún mal les había de suceder.

“En efecto, mientras la ciudad y sus alrededores quedaron completamente inundados, no cayó en el *vallecito de las arenas* una sola gota de agua, no permitiendo el Señor que sobre aquel pueblo, que recibía tan fervorosamente el rocío de la Divina Palabra, cayese con perjuicio suyo la lluvia temporal”.

Así se renovó el milagro de Gedeón, cuyo vellocino permaneció seco, mientras todo el terreno en derredor estaba mojado. De este modo pudo seguir Antonio su sermón con gran edificación de los fieles, estupefactos ante la facundia del orador y ante la novedad del milagro.

Otra lluvia que no mojó, cayó en los alrededores de Brive cuando el Santo pidió de limosna a una señora del lugar algún fruto de su huerto. Llovía a cántaros, y la criada, a quien la señora había mandado al huerto, dió muestra de enojo; mas después se fué y volvió con

la hortaliza, sin que ni siquiera una sola gota de agua le hubiera mojado.

Hemos mencionado los alrededores de Brive.

Era ésta una localidad salvaje, cubierta de bosques de encinas y castaños, y Antonio se prendó de ella como de lugar a propósito para la contemplación. Por eso hizo construir allí un pequeño eremitorio, donde quiso renovar las mortificaciones de Olivares y Montepáolo y gustar de aquella dulce soledad, que el fiel y tranquilo Lemosín le permitió.

Ciertamente, sus treguas de contemplación y de plagaría en el eremitorio de Brive no debieron de ser demasiado frecuentes ni largas; con todo, Antonio tuvo tiempo para conocer y amar aquella soledad.

En los alrededores del eremitorio encontró una horrible caverna natural, situada en un arrecife, e hizo de ella su celda. Excavó en la roca una minúscula concavidad para recoger en ella el agua que goteaba la gruta, y tener así con que apagar la sed, y allí pasó los días que pudo, alejado de todos, a solas con Dios.

La gruta de Brive es aún hoy día objeto de veneración entre los pueblos del Lemosín, que llegan allí para postrarse a orar y para beber de aquella agua que aún continúa goteando entre las rocas.

* * *

La narración de un milagro y unas pocas consideraciones del biógrafo francés del Santo forman un pequeño cuadro capaz de hacernos admirar las dotes del buen guardián de Limoges y del solícito custodio del Lemosín.

Era Antonio humildísimo, y, por lo mismo, estaba siempre atento para aprovechar la ocasión de aparecer como el último de los hermanos y el más despreciable de todos. Pero cuanto más procuraba él abajarse, tanto mejor disponía el Señor las cosas de manera que de ahí resultase su loa por la luz de lo sobrenatural que le circundaba y le acompañaba en el desempeño de sus tareas.

Fué verdaderamente un feliz superior, a quien no pudo engreír vanamente el orgullo, e hizo felices a sus hermanos, a quienes defendía de las malignas sugestiones diabólicas, desbaratando al tentador que se atrevía insolente a tender asechanzas a una grey confiada a tan óptimo pastor.

Una noche, después de haber recitado Completas con los frailes, quedó el Santo en la iglesia para continuar aún en oración.

Mas, mientras los frailes se retiraban a sus celdas, vieron el campo de un bienhechor suyo, que daba debajo de las ventanas, lleno de hombres mal intencionados, que causaban daño y destrozos en las hermosas cosechas, en sazón ya casi para la siega.

Todos doloridos, corrieron al Santo para obtener permiso de salir del convento y poner en fuga a aquellos malvados; mas Antonio les respondió:

—No os disipéis, hermanos; no ahuyentéis de vuestras almas los buenos pensamientos y santos propósitos que habéis excitado en la oración. ¿No caéis en la cuenta de que el demonio os tienta para destruir en vosotros el recogimiento del espíritu con que debéis disponeros a pasar la noche? Volved a vuestras celdas.

Obedecieron los frailes, que tenían un gran concepto de la santidad de su superior, y a la mañana siguiente, asomándose a las ventanas que daban al campo, lo vieron todo ileso y dorado, y conocieron con esto que realmente el demonio quería engañarlos, y distraerlos, por lo que concibieron mayor aprecio de los ejercicios espirituales y más grande reverencia hacia su superior.

* * *

La tarde del 3 de octubre de 1226, el Poverello de Asís, en una celdilla de su amada Porciúncula, entregaba su hermosa alma al Creador, dejando llenos de turbación y angustia a sus hijos. A éstos enviaba fray Elías, Vicario del Seráfico, una carta circular en que se reflejaba todo su dolor:

“Nos ha dejado el que era nuestro consuelo, el que

era nuestro alivio en toda tribulación, y ahora hemos quedado huérfanos. Que si debemos alegrarnos por El, que ha entrado en el gozo de las fiestas eternas, debemos al mismo tiempo llorar por nosotros, que hemos quedado privados del alivio de un tal Padre; por lo que nos parece que hemos quedado en las tinieblas y sombras de la muerte”.

Fray Elías tejía a continuación el elogio de Francisco, recordaba y publicaba el milagro de las Llagas y convocaba después el Capítulo General para la designación del sucesor, señalando para su celebración el 30 de junio de 1227, fiesta de Pentecostés.

No intervenían ya todos los frailes indistintamente en estos Capítulos, mas Antonio, en calidad de Custodio, no podía dejar de asistir. Además, era demasiado grande e importante para toda la Orden el asunto que se iba a tratar en ese Capítulo, y emprendió el camino de Italia, tal vez con la esperanza de volver de nuevo al Lemosín. Mas eran otros los designios de la Providencia. El debía oír aún por otra vez la invitación de: “*Ascende superius!*” “*¡Asciende más arriba!*”.

Durante el viaje, obró aún otro milagro: el último realizado en Francia.

Habiendo llegado con el compañero a la caída de la tarde a una aldea, fueron hospedados por una pobre mujer, la cual, habiéndose enterado de que aún estaban en ayunas, se afanó mucho por preparar a los gratos huéspedes una buena y abundante cena.

Queriendo tratarlos con todos miramientos, pidió prestado a una amiga un vaso de cristal (objeto de cierto lujo en aquellos tiempos), y espitó para ellos un barrilito de vino.

Mas era tanto el afán que se tomaba y la confusión que de ahí nació en su cabeza, que se olvidó de cerrar la canilla, por lo que se derramó en la bodega mucho vino: casi la mitad del barril.

No era ésta pequeña desgracia para la pobre mujer, y con todo, se juntó otra para amargarle la alegría de aquella hospitalidad. El compañero de Antonio, poco

acostumbrado a objetos de lujo, al tomar el vaso, dejó deslizárselo de la mano, de modo que, cayendo en tierra, se rompió en dos pedazos, por la juntura entre el cáliz y el pie.

La mujer estaba toda desconsolada, porque precisamente entonces había caído en la cuenta de la pérdida del vino, cuando Antonio, movido a compasión, púsose en oración, y al instante el cáliz y el pie de la copa se juntaron por sí mismos y se reunieron de tal forma que parecía no haber estado separados jamás, no viéndose señal alguna de quebradura.

Visto el prodigio, la mujer corrió de nuevo a la bodega.

¿Quién sabe — pensaba —, si no habrá vuelto también el vino al barril?

De hecho halló el barril lleno hasta el tapón, donde se veía hervir el vino, como si hubiera sido nuevo.

Y lo era verdaderamente, porque el Señor lo había creado de la nada por los méritos de Antonio. Este se dió prisa para terminar de comer y partir al instante, con el fin de evitar las aclamaciones con que se hubiera visto saludado apenas se hubiesen hecho públicos los dos prodigios. Cosa que ciertamente no hubiera tardado mucho en suceder, dado el entusiasmo de que estaba poseída la hospitalaria mujer.

* * *

En el Capítulo General de 1227 fué elegido por sucesor del Seráfico fray Juan Parente de Cívita Castellana, del cual podemos decir con seguridad que tuvo también el voto y todo el apoyo de Antonio.

Aquél, laureado en leyes y héchose religioso después de haber desempeñado el oficio de juez en su ciudad, era por su gravedad y sentimiento de justicia muy indicado para suceder a San Francisco en un momento que señala la primera gran crisis de la familia franciscana.

Gobernó sabiamente, y recibió cargos de confianza

de Gregorio IX, hasta que, aligerado del cargo del generalato, continuó trabajando por el bien de los suyos, fundando diversos conventos en Cerdeña y pasando después a la vecina Córcega, donde murió hacia el 1240, en el convento de Monteraso.

Es digno de ser conocido, por su singularidad, el suceso que señaló su ingreso en la gran familia minorítica.

Un día, mientras ejercía el oficio de juez, estaba paseando en los alrededores de Cívita Castellana, cuando se encontró con un pastor de cerdos, el cual se afanaba por hacerlos entrar en la porqueriza. De repente, perdida la paciencia, y tal vez intencionalmente, habiendo ya reparado en Parente, gritó: —Sucios animales, entrad de una vez a la pocilga, como entran en el infierno los abogados y los jueces.

Las palabras debieron de ir acompañadas de una última fuerte descarga de látigos, porque los puercos entraron al instante precipitadamente en el establo, con gran contento del malicioso porquero.

Tales conceptos hicieron grande impresión en Parente, el cual pocos días antes había asistido a un sermón de San Francisco y estaba ya tal vez meditando hacer lo que realmente hizo, entrando en la Religión de los Menores juntamente con su único hijo.

Tan cierto es que a veces una bagatela llega a ser la causa ocasional, si no la principal, de hechos importantes o sencillamente graciosos.

La Sabiduría Divina dirige los acontecimientos con tan facilidad y variedad, que se puede decir verdaderamente de ella: *¡Ludit in orbe terrarum!*

El juez de Cívita Castellana, una vez Ministro general de los Menores, supo juzgar con discernimiento.

Bastaría para dar un buen testimonio de ello el hecho de haber nombrado Provincial a San Antonio, confiando a él, tan joven aún (tenía entonces treinta y dos años), la Provincia más vasta de entonces, la de Emilia,

llamada también de Milán, la cual abarcaba casi toda Italia septentrional, desde la Emilia hasta el Piamonte y desde la Liguria hasta la Venecia Julia.

El Provincialato de la Emilia era ciertamente el cargo más importante después del de General, y fray Juan Parente llamó a él a nuestro Santo, intimándole aún otra vez: —“*Ascende superius!*” *Sube más arriba.*

EL MINISTRO PROVINCIAL

San Antonio fué Provincial de la Emilia por tres años: del 1227 al 1230. Si nos ponemos a considerar las visitas que, como era su deber, hizo a los conventos de la Orden, la erección de los nuevos que adquirió, cautivándose las simpatías de los Obispos y de las poblaciones, vemos cuán provechosa ha sido para los frailes menores la gestión del Santo en la Prelacia.

Tenía, en efecto, todas las dotes que el Seráfico Padre deseaba en sus Ministros generales y provinciales.

“Yo pido para pastor — había dicho el Poverello —, un hombre de continente grave, de discreción suma y de fama intachable. Un hombre exento de toda afeción particular; por lo que, no inclinándose por ninguno, su afecto no sea ocasión de murmuración a la comunidad. Un hombre que halle sus delicias en la oración, como en su continuo sustento; que sepa distribuir con buen orden el tiempo, concediendo una parte a la propia santificación y el resto a las necesidades de los frailes. Un hombre que sea el consuelo de los afligidos, siendo el último puerto de refugio para los que sufren y asegurando los necesarios remedios; pues si no tuviese provisión de ellos, degenerarían en desesperación las enfermedades del espíritu. Un hombre que conozca todos los caminos de la humildad y eche mano de ellos para obligar a los protervos a la mansedumbre; que esté dispuesto a ceder, alguna vez, de sus derechos por ganar un alma para Jesucristo.

“No cierre jamás sus entrañas de misericordia a aquellos que abandonaron la Orden, como a ovejuetas de quienes se haya perdido toda esperanza de salva-

ción; mas sepa que hay tentaciones fuertes que pueden inducir a tamaña desventura.

“Tal debería ser, en fin, que por el ansia de honores no adultere las formas viriles de la justicia, y que dé muestras con su proceder de que un tal y tan gran oficio le resulta de verdadero peso, y no como un título de honor. Mas tampoco de tal modo que por excesiva blandura origine tibieza, ni que la débil indulgencia degeneren en relajación; con lo que, amando verdaderamente a todos, ofrezca al mismo tiempo motivo de temor que ahuyente el mal proceder”.

San Francisco, al describir este modelo de prelado, había ciertamente pintado, a sabiendas o sin saberlo, a su hijo primogénito San Antonio.

No sólo se hizo asequible a todos, sino que además fué a buscar y a consolar a todos, haciendo la visita de los conventos.

Mas el oficio de Provincial no le apartó del otro de sagrado orador: antes bien, en cualquier lugar a que llegaba unió ambos cometidos; ni partió jamás de un lugar sin haber antes edificado no sólo a sus hermanos, sino también a toda la población, a la cual dirigía su palabra, bien se trataba de populosas ciudades, bien de miserables aldeas.

Siendo Provincial fué de nuevo a Rímini, después a Aquileia, Goricia, Trieste, Pola y tal vez también a Basano. Y en todas partes fué recibido con las mayores manifestaciones de estima y de respeto.

Solamente Udine parece no haberse mostrado demasiado cortés con él.

Llegado a esta ciudad, subió a un árbol para hablar a la multitud, mas ésta comenzó a hacer irrisión de él, y Antonio siguió entonces el consejo evangélico: —*Si no os recibieren como enviados del Señor, idos, y quitad de encima hasta el polvo de aquel lugar que hubiese podido pegarse a vuestras sandalias*”.

Visitó después Gemonas, donde goza hoy de mucho honor una capillita que él hizo edificar en honor de la Virgen Santísima, como se advierte en esta inscrip-

ción, en caracteres y estilo de la época, que se lee en una de las paredes:

*“Sea notorio a todo
el mundo como Meser San
Antonio de Padua hizo e-
dificar esta Capilla en ho-
nor de la Gloriosa Virgen
María de las Gracias, según
se halla escrito en un
libro de San Antonio. Y el que
devotamente la visitara
toda gracia de Ella obtendrá. Amén”.*

A comienzos de 1228 Antonio evangelizó Treviso, Cividale, Conegliano, Venecia y Padua, donde predicó la Cuaresma.

Aún volverá de nuevo a Padua, donde después le veremos fijar su residencia definitiva; mas en aquel año no se detuvo más de un par de meses.

Después se trasladó a Ferrara, donde tuvo lugar el milagro del niño que habló prodigiosamente.

* * *

Un caballero ilustre de aquella ciudad, viendo encinta a su consorte, dotada de una rara gracia y encanto, como celosísimo que era, comenzó a pensar, aunque no tenía motivo alguno para ello, que había sido traicionado por ella y a reprenderla como adúltera. La mujer se esforzaba por curarle de aquella ridícula pasión, mas sin resultado; porque habiendo venido el tiempo del parto, como el niño fuese de un color algo moreno, el marido comenzó a pensar que sería hijo de un mozo que tenía a su servicio. Las desagradables escenas se repitieron después de esto aún con más frecuencia, de modo que toda la ciudad quedó enterada, con el inmenso dolor que todos pueden imaginarse de la inocente señora. Mas mientras llevaban a bautizar al niño, tomando parte en el cortejo el padre y muchos amigos, Antonio se encontró con la comitiva, e informado como

estaba del suceso, se acercó al niño, lo acarició y lo tomó en los brazos, y después, como si hablase a un niño ya crecido, le impuso en nombre de Cristo y en virtud de la obediencia dijese quién era su padre.

El niño, que sólo tenía pocos días, volvió entonces los ojos, tendió su manecita y señaló a su progenitor, diciendo después con voz clara y distinta:

—Este es mi padre.

A la vista de tal prodigio, quedaron todos atónitos y maravillados, y el celoso y suspicaz marido se desengañó de sus necios celos, pidiendo perdón a Dios y a la calumniada consorte, con la que en lo sucesivo vivió en la más perfecta armonía.

En Ferrara se ve aún la celda que habitó el Santo, y una capillita, edificada en el palacio de la familia a quien hizo el prodigio y que, según se dice, pertenecía a los Obizzi.

* * *

Después de Ferrara, Antonio se volvió nuevamente a Bolonia, y de aquí a Florencia, si bien esta ciudad no pertenecía a la Provincia que le estaba confiada.

Allí sucedió el milagro, que narra San Buenaventura, del usurero que fué hallado sin corazón.

Antonio, lo mismo en Florencia, como también en otras partes, y particularmente en Padua, atacó el vicio de la usura.

Florencia y Padua tenían la primacía en este pecado. Los ricos banqueros de estas ciudades se habían hecho tan poderosos, que prestaban dinero, no sólo a los particulares, sino también a las casas reinantes, que, por sus continuas guerras, tenían necesidad de dinero. Los pequeños banqueros se contentaban con consumir al pobre pueblo poniendo una tasa que en ciertas determinadas circunstancias alcanzaba casi el cincuenta por ciento. Añádase a esto los abusos que el acreedor podía cometer con el deudor cuando éste no podía satisfacer sus compromisos y se comprenderá bien el motivo de las grandes alabanzas que merecen las invectivas del

Santo contra los usureros, y las buenas disposiciones legislativas que algunas veces obtuvo a favor de los deudores insolventes.

He aquí algunos de los fragmentos de los discursos del Santo sobre esta materia: “La maldita raza de los usureros se ha extendido por toda la redondez de la tierra, y sus dientes son voraces como los de los leones; con ellos mastican el dinero, cenagoso alimento; trituran y devoran continuamente los bienes de los pobres, de las viudas y de los huérfanos.

“Los hay de tres clases. Algunos practican la usura en privado. Son como las serpientes, que se arrastran escondidas, y son innumerables. Otros ejercen la usura abiertamente, contentándose con una compensación menor, con lo que se engañan como si hiciesen una obra de misericordia. Y hay, por fin, una tercera parte, que es la peor, compuesta de pérfidos, desesperados, enfurecidos usureros, que cobran públicamente el tráfico de su oficio. Son estos los *animales grandes* de que habla el Salmo, porque son más feroces que los otros. Son presa más segura del gran cazador de las almas, que es el demonio. Y son pasto más abundante de la eterna ruina, si no restituyen todo aquello de que ilícitamente se han apoderado y no hacen la conveniente penitencia. Para incitarlos a esto surcan su mar los cazadores de las verdades eternas, y lo surcan con sus naves, y siembran la buena palabra en sus corazones. Mas, por justo castigo de Dios, las espinas de las riquezas cobijan a los feroces animales de la usura, y viene a ser sofocada la palabra de Dios, que con tanto cuidado ha sido sembrada; y por esto es por lo que su penitencia resulta infructuosa.

“Recordad bien, usureros, que os habéis convertido en presa fácil del demonio: él os posee. Se ha apoderado de vuestras manos, empleándolas para la rapiña, haciéndolas reacias para la beneficencia. Se ha apoderado de vuestro corazón, siempre abrasado de un atormentador anhelo de poseer y negado para todo bien. Se ha adueñado de vuestra lengua, dispuesta a la mentira, al fraude y al engaño, y que ni siquiera puede dispo-

nerse para orar al Señor o formular palabras honestas. Las serpientes venenosas quieren con ansia la sangre, y lo mismo hacéis vosotros cuando os mostráis ávidos de los bienes ajenos. Vosotros sois un pueblo desmembrado, oh pueblo de usureros. Como las aves de rapiña y las bestias feroces despedazan los cadáveres, así el demonio de la avaricia despedaza vuestro corazón y lo destroza.

“Vosotros sois una ciudad de sangre. Así como la circulación de ésta es la señal de vida, así el pobre vive de sus pequeñas posesiones. Quitad la sangre al cuerpo vivo, y el cuerpo muere. Quitad sus pequeñas posesiones al miserable, y también muere éste. ¡Oh rapaces, oh usureros que robáis lo ajeno, yo os repito: vosotros sois una ciudad de sangre!”.

En Florencia, la ciudad de los poderosos banqueros medioevales, un milagro vino a corroborar la exactitud de su doctrina.

Había muerto en aquella ciudad un rico usurero, un avaro que a fuerza de usuras había acumulado inmensos tesoros, los que conservaba con celoso cuidado en sus cofres, cuando no los prestaba de nuevo con la más descarada usura. Un día en que el Santo había predicado sobre el maldito vicio, pasando por una plaza, se encontró con un cortejo fúnebre. Era el que acompañaba al avaro a la última morada, y estaba precisamente entonces a punto de entrar en una iglesia para hacerle la acostumbrada absolución. Conociendo que aquel difunto estaba condenado, sintió inflamarse su celo por el amor de Dios y quiso sacar partido del suceso para una saludable y cristiana enseñanza.

“¿Qué es lo que hacéis? —dijo, dirigiéndose a los que lo conducían—. ¿Cómo es posible que queráis enterrar en lugar sagrado aquel cuya alma está ya sepultada en el infierno? ¿No creéis por ventura lo que os digo? Pues bien: abrid con un cuchillo su pecho, y hallaréis que le falta el corazón, porque su corazón, aún material, está en el lugar donde está su tesoro. Su corazón está en su caja de caudales, junto a sus monedas

de oro y plata, y al lado de sus letras de cambio y pólizas de préstamos, en las cuales reposa siempre toda su esperanza y felicidad”.

La muchedumbre, que estaba ya entusiasmada con el Santo, corrió efectivamente a casa del avaro, exigió tumultuosamente que se abriesen los cofres, y en uno de éstos fué hallado su corazón, caliente aún y palpitante, la única parte viviente, como si dijéramos, de un cuerpo ya muerto. Se abrió también el cadáver y, efectivamente, fué hallado sin corazón, permitiéndolo así el Señor para saludable enseñanza y arrepentimiento de tantos avaros de aquella ciudad.

El sentimiento de veneración del pueblo hacia Antonio no tuvo ya límites después de tan estupendo prodigio, y todos le aclamaban por las iglesias y por las calles, doquier tenían ocasión de encontrarle, hasta el punto de que, para huir de tantas aclamaciones, se salió con todo cuidado, juntamente con el compañero con quien había llegado a aquella ciudad.

* * *

Después de Florencia, escucharon la predicación de Antonio Milán, Vercelli, Varese, Cremona, Bérgamo, Brescia, Breno de Val Camónica, Trento, Verona, Mantua. También la Ciudad Eterna tuvo la dicha de oírle, alrededor de la Pascua de uno de estos tres años de su provincialato.

En realidad, el motivo principal de su venida a Roma fué el tratar de un asunto con la Curia romana, por encargo del General Parente.

Aquí predicó en la presencia de los Cardenales y del Papa, quien quedó tan admirado de su vasto conocimiento e inteligencia de las Divinas Escrituras, que le apellidó en esta ocasión “*El Arca del Testamento*”.

Tal vez volvió Antonio a Roma inmediatamente después del Capítulo general de 1230, para exponer al Sumo Pontífice las graves divergencias de aquella asamblea, en la cual, con todo, había obtenido él verse exonerado de su alto oficio.

La hidropesía que le había atacado le hacía menos apto para la visita de los conventos, y juzgó deber suyo dejar a otros aquella fatiga.

En aquel Capítulo general, Antonio vió de nuevo por última vez a Asís, la amada Porciúncula, tal vez (¿quién sabe?), dada su calidad de provincial, pudo volver a ver los despojos mortales del Maestro, antes de que el golpe de mano de los asisienses, con consentimiento o no de fray Elías, lo hubiera hurtado a la vista y a la piadosa veneración de más de dos mil frailes, que habían acudido no tanto por el Capítulo, cuanto para tributar un último obsequio a su Fundador.

Libre de los oficios de su elevado cargo, Antonio, después de haber visitado la Verna, como quiere una piadosa tradición, dirigió su corazón a Padua, donde había pasado ya antes algún tiempo, y donde quería poner por escrito algunos de sus sermones. Mas tenía también otros asuntos que tratar en Padua.

Aquí había instituido anteriormente una hermandad que seguía su dirección. Aquí los vínculos de amistad le habían ligado a almas generosas como la suya.

* * *

Al modo como a las palabras de Francisco los oyentes le seguían y querían ser inscritos en su Orden, hasta el punto de inducirle a la institución de la Orden Tercera, a la cual pudiesen pertenecer hasta los casados y aquellos a quienes la necesidad constreñía a continuar en el siglo, así también a la palabra de Antonio se debe la institución de una congregación, una especie de Orden Tercera, que tuvo su origen en Padua, mas se propagó después por las tierras limítrofes, especialmente en aquellas que estuvieron bajo el dominio de los Ezelinos.

Pertenecieron a ella gentes de todas las condiciones sociales: casi todas ellas personas convertidas por el Santo, o de la herejía o de la vida del vicio.

Por eso acostumbraron muchos azotarse públicamente, porque sentían la necesidad de reparar el mal hecho y los escándalos que habían dado. Antonio oía

sus confesiones y les dirigía particulares exhortaciones y discursos. Ciertamente se debe a él el que, aún después de muerto, continuara la congregación floreciente por mucho tiempo, sin caer en las exageraciones de los *flagelantes*, peligrosa casta de penitentes, que surgió en otras ciudades y degeneró bien pronto en la herejía.

Los cofrades de Padua tuvieron también su distintivo particular: una tosca túnica de color ceniciento, y tomaron el nombre de Colombinos, porque se reunían en una iglesia que ellos mismos habían erigido desde los cimientos, llamada Santa María de la Colomba.

Además del fin principal de hacer penitencia, tenían otro altamente benéfico. De hecho, estaban ligados por los lazos de una mutua asistencia, especialmente en caso de enfermedad o infortunio; distribuían los ingresos de la asociación en usos humanitarios y cristianos, y se preocupaban de la fundación y asignación de dotes para doncellas que debían ser colocadas en honesto matrimonio.

* * *

Entre las amistades que el Santo contrajo en Padua, hay que señalar la del Beato Giordano Forzaté, benedictino, que tuvo con él tantos puntos de contacto en el desempeño de su misión social y cristiana; la del conde Tiso de Camposampiero, gran bienhechor de los Menores, quien más de una vez hospedó a Antonio en su casa, y tal vez la del célebre teólogo dominico San Alberto Magno.

Mas el nombre de Antonio está ligado con vínculos más estrechos a otras dos almas heroicas: el Beato Lucas Belludi y la Beata Elena Enselmini, ambos paduanos.

Lucas Belludi, de noble familia, fué recibido en la Orden Franciscana por el mismo Fundador, y, una vez que conoció a su gran hermano Antonio, se le unió con una amistad y afecto del todo particulares, que no se extinguieron con la muerte del Santo.

Amante, como Antonio, de la contemplación, estuvo cerca de él en el último retiro que precedió a su muer-

te, le asistió hasta el postrer suspiro y, una vez canonizado, quiso tomar su nombre, llamándose Lucas de San Antonio.

Y a la verdad, a nadie mejor que a él convenía este nombre, ya que había heredado el espíritu del gran portugués, como se desprende de los numerosos escritos que dejó y que poco ha han sido publicados.

Como Antonio, tuvo que combatir también él a la maligna estirpe de los Ezelinos; como él más aún, con él, vino en socorro de Padua con sus súplicas.

Ahora su cuerpo reposa en la capilla de su grande amigo, en aquella basílica por cuya construcción tanto se afanó, y donde muchas veces publicó las glorias e hizo en particular el panegírico del Santo con ocasión de la traslación del santo cuerpo, en presencia de San Buenaventura.

Los que padecen mal de dorso, dolores de espalda, cuando visitan la Basílica Antoniana de Padua, no dejan de pasar debajo del sarcófago que encierra los restos mortales de Belludi, y donde por algunos años estuvieron los de Antonio.

Un rayo del poder taumatúrgico, de éste parece haberse posado también sobre su discípulo y amigo.

* * *

Elena Enselmini nació en Padua en los comienzos del siglo XIII, y su padre, Africano, con el fin de sustraerle de los mil peligros morales, que, debido a la guerra, amenazaban a la juventud femenina, la colocó, a los doce años, entre las Clarisas de Arcella, a poca distancia de Padua.

La joven, piadosa, asidua en la oración y en las santas lecturas, se enamoró al poco tiempo de aquel Instituto, e hízose ella misma clarisa.

Tal vez la conoció Antonio aún antes de que la doncella emitiera los santos votos, ya que como Provincial tenía el derecho y el deber de examinar a las novicias de la segunda Orden Franciscana. Ciertamente, en su vida hay un tal perfume de santidad que da a conocer

la influencia de un maestro de espíritu de la fuerza de Antonio.

“Antonio — dice Arbusti —, en calidad de superior provincial de los frailes y de las monjas, tuvo ocasión de observar y examinar la conducta de Elena, y en los meses que sin interrupción permaneció en Padua, fué el ángel consejero que confirmó a aquélla en su vocación, en el ejercicio de la contemplación, de la devoción a la Pasión de Jesucristo; por quien ella se enamoró de las maceraciones de la carne, y llegó a ser un portento de paciencia en las adversidades y en las más penosas y largas enfermedades con que el Señor probó mientras vivió, y purificó a su inocente y fiel esposa”.

La Beata Elena Enselmini soportó, efectivamente, con resignación y hasta con alegría tal cúmulo de padecimientos y de enfermedades, que se la podría asemejar a una mártir.

Cuando alguno tenía compasión de ella, solía responder que, después de todo, ella no padecía gran cosa, ni cuanto merecían sus pecados. Y pecados jamás cometió, al menos mortales.

Tuvo el don de lágrimas, de éxtasis y de visiones, y se le apareció la misma Beatísima Virgen, quien le predijo la última enfermedad y el inmediato tránsito a la gloria celestial.

Su cuerpo se conserva incorrupto en la iglesia de Santa Sofía, en Padua, adonde fué trasladado después de diversas transmigraciones, en las cuales siguió la suerte de sus carísimas hermanas e hijas en religión; hasta que, dispersadas éstas por la supresión de la invasión francesa de los napoleónicos, fué trasladada a la basílica del Santo, donde hubiera sido de desear hubiese permanecido, ya que el Beato Lucas Belludi y la Beata Elena Enselmini son como los satélites de un astro mayor: de Antonio, el cual los inició en las arduas vías de la santidad, comprendió las aspiraciones de sus almas y fué comprendido por éstos en vida y muerte.

EL SANTO DE PADUA

Padua es conocida en el mundo por sus soberbios monumentos, por su célebre Universidad, por su magnífica posición geográfica; mas, sin embargo, todo esto no hubiese bastado para darle su actual renombre, si su nombre no se debiese pronunciar necesariamente cuando se nombra a Antonio.

Antonio es la gloria mayor de Padua, y ésta le ha levantado el más espléndido monumento, símbolo del perpetuo reconocimiento que los paduanos sienten hacia el gran Portugués que se hizo conciudadano suyo.

Desde el día en que éste cerró en su territorio los ojos a la luz terrena, Padua y Antonio forman un binomio natural; porque la una tuvo para con él todas las atenciones, las simpatías, los honores de que fué capaz; el otro, después de haberla evangelizado con singular fervor en vida, la protegió desde el cielo con particular benevolencia.

Ciudad ilustre en nuestro siglo, lo era también bastante en los tiempos de Antonio, por la antigüedad de su origen (doce siglos antes de Cristo), por sus industrias y comercio de Municipio libre, activísimo; por la Universidad, que entonces surgía, y era centro de doctos y de estudiosos, tanto que podía rivalizar en todo con Bolonia e hizo vulgar el proverbio:

“Bolonia la grasa (la gorda);
Mas Padua, la pasa”.

Esta ciudad en la que el ansia del dinero aguzaba a veces los estímulos de las más bajas pasiones humanas, en la que muchas veces tomaban parte en la contienda, y vencían, el odio, la usura, la ferocidad, acogió

la predicación de Antonio con tal entusiasmo, que superó a todas las manifestaciones que él había recibido hasta entonces; con tal sumisión y amor, que le hicieron más soportables y consoladores los cansancios del ministerio.

Apenas había comenzado el Santo a evangelizar aquella ciudad, y vió que el pueblo le seguía con el mayor interés, acudiendo a él de todas partes en grupos compactos, decidió trasladarse unas veces a una parte, otras a otra, predicando ora en ésta, ora en aquella iglesia, a fin de que todos pudiesen oírle con más facilidad. Viendo después que muchas veces no se hallaba iglesia tan capaz que pudiera contener a todos los oyentes, comenzó a predicar en las plazas más amplias.

En efecto, asistían no sólo los de la ciudad y suburbios, sino que hasta el campo se despoblaba, y se reunían todos allá donde sabían que él iba a predicar, deseosos todos de escuchar la palabra de Dios, de conformar sus costumbres al modelo que Antonio les mostraba. A veces comenzaba a afluir desde la media noche, adelantándose a porfía los unos a los otros, y guiados por antorchas corrían al lugar fijado desde el día precedente. Veíanse caballeros nobles y matronas, que se daban prisa juntamente con los demás, cuando llegaba el tiempo; y los mismos que estaban acostumbrados a apoltronarse en la cama, sacudían su pereza, con admiración de muchos. Mientras esperaban, se recordaban las palabras que el predicador había dicho el día anterior, se tejían alabanzas de su persona y de su elocuencia, sin que ninguno lamentase las incomodidades de la larga espera. Estaban presentes los viejos, no faltaban los jóvenes de ambos sexos, de toda edad y condición social; y todos, sin ostentación de riquezas ni de vestidos, mas compuestos de tal manera que se les hubiera creído religiosos. Asistía el mismo Obispo, acompañado de todo su clero, convirtiéndose así en modelo de su grey en las cosas del espíritu y dando ejemplo de humildad y de respeto a la santidad del orador. Y estaban todos tan atentos a sus palabras que, siendo a

veces un número superior a treinta mil, esto no obstante no se oía murmullo alguno ni susurro entre tanta multitud, mas todos atentos como un solo hombre, recogidos en religioso silencio, prestaban el homenaje de la mente y del cuerpo. Hasta los tenderos, los comerciantes, los vendedores ambulantes, movidos a su vez por el deseo de oírle, cerraban sus establecimientos y se abstendrían de la venta y de los contratos hasta que no hubiese terminado el sermón. Y cuando él bajaba del improvisado púlpito, todos a porfía se le acercaban para tocarle los vestidos, para besarle las manos o el hábito, que algunos intentaban cortar con tijeras, para llegar a adquirir lo que estimaban preciosa reliquia y grato recuerdo, tanto que fué menester rodearle de jóvenes robustos que le protegieran de esta importuna devoción y le librasen del peligro de quedar sofocado por tanta multitud como de todas partes se cargaba sobre él.

Entre tanto su predicación apaciguaba las discordias, devolvía la paz a las familias, libertaba de la esclavitud diabólica, inducía a la restitución de lo mal adquirido; de modo que muchos venían a depositar a sus pies dinero y pólizas de préstamos, prometiendo compensación completa, si no estaban en condición de hacerlo en el acto, y pidiendo perdón y condonación a los perjudicados.

Atraía Antonio a las públicas pecadoras, de su vida de escándalo a sincera penitencia; a los ladrones y salteadores, de su infame ocupación; y tan grande era el número de los que se acercaban a los tribunales de penitencia, que ya no eran suficientes para satisfacer a la necesidad los numerosos sacerdotes y religiosos que en aquel tiempo se encontraban en Padua. Por otra parte, muchos de los que se confesaban proclamaban públicamente haber sido inducidos por una voz misteriosa, que les había incitado primero al sermón y después al tribunal de la penitencia: voz misteriosa que a veces les indicaba hasta el nombre del confesor a quien debían dirigirse para poner en orden las cuentas de su conciencia.

Hasta los bandidos de la comarca desafiaban el peligro de caer prisioneros y perder la vida en el patíbulo por escuchar al taumaturgo.

Uno de éstos, muchos años después de la muerte de Antonio, estando de vuelta de la última peregrinación de penitencia, y confiando en la propia salvación eterna, contaba a un religioso franciscano lo que sigue:

“Yo era un ladrón de caminos, un bandido famoso que, juntamente con otros once compañeros, cometí toda suerte de delitos, vejámenes y violencias, hasta el día en que, oyendo hablar de Antonio, de su predicación y de los milagros que obraba, decidimos todos ir a oírle. En un día determinado en que sabíamos iba a predicar el Santo, nos disfrazamos, para no ser reconocidos y nos fuímos a escuchar al nuevo Elías, del cual se contaban tantas maravillas. Le oímos, en efecto, y fué tal la impresión que nos hizo su palabra, que parecía iba dirigida a nosotros personalmente, que, apenas terminado el sermón, nos presentamos ante él para hacer nuestra confesión, resueltos a cambiar de vida, a costa de cualquier cosa y por áspera que fuese la penitencia que hubiésemos de cumplir. Nos oyó el Santo a todos, uno tras otro, y, después de habernos prometido el perdón del Señor y la vida eterna si perseveráramos en nuestra buena voluntad y, por el contrario, la eterna reprobación si volvíamos a recaer de nuevo, nos dió la absolución, imponiéndonos la penitencia de hacer por doce veces la peregrinación a las tumbas de los Santos apóstoles Pedro y Pablo.

“No perseveraron todos en el bien comenzado, y terminaron por esto miserablemente, como Antonio había predicho; mientras que los otros, que siguieron viviendo honestamente, tuvieron una muerte tranquila en la paz del Señor. Yo, que soy el único sobreviviente de los doce, vuelvo ahora de la duodécima peregrinación con la firme confianza de que el Señor habrá aceptado mi penitencia, por los méritos de su fiel siervo, con la esperanza de alcanzar pronto la eterna salvación”.

El elemento sobrenatural acompañó, como siempre, la predicación de Antonio. Una niña de cuatro años contrahecha de piernas, hasta el extremo de que sólo podía arrastrarse por el suelo, y afectada de epilepsia, presentada por su padre al Santo, fué curada completamente.

Cierta señora, que, mientras se dirigía a oír un sermón del Santo, cayó en un charco, no solamente no sufrió daño alguno, sino que tampoco se le descompusieron los vestidos, ni siquiera se le mojaron.

Por otra parte, los frutos espirituales de este apostolado fueron tales y tantos, que el demonio andaba furioso por ello, y una noche, mientras el Santo tomaba un poco de reposo, se le echó encima, y asiéndole fuertemente por la garganta, intentó ahogarle. Mas ¿qué puede el demonio contra la voluntad de Dios?

“El demonio — ha dicho un Santo Padre —, es como un perro atado a la cadena. puede ladrar, puede intimidar mas no puede hacer daño sino es a aquellos que voluntariamente se le someten por el pecado”. Antonio, en efecto, dirigió, lleno de confianza, el pensamiento a su celestial protectora, la Virgen; se signó con la señal de nuestra redención y vió cómo el enemigo huía precipitadamente, al mismo tiempo que su celdilla se iluminaba con resplandores de paraíso.

El mundo contemporáneo, que cree en las respuestas espiritistas, confesando implícitamente la existencia del demonio, intenta sonreírse ante hechos de esta clase, en los cuales toma el demonio una apariencia visible y un cuerpo para influir algunas veces materialmente como continuamente influye por sugestiones y tentaciones; mas no es menos verdadero que las vidas de los Santos, aún contemporáneos, ofrecen con frecuencia hechos semejantes.

Por lo demás, no es de maravillar que Satanás, tantas veces vencido por Antonio, que continuamente le arrebatava su presa, los pobres pecadores, tratase de acabar de una vez con él; que, al menos, quisiera infun-

dirle miedo, a pesar de saber que no podía mover un solo dedo más allá de lo que Dios le tenía permitido.

* * *

Durante la permanencia de Antonio en Padua, si queremos dar fe a Bartolomé Pisano y a Marcos de Lisboa, sucedieron otras dos célebres bilocaciones.

He aquí lo que cuenta el primero:

“Morando San Antonio en Padua, tuvo una visión, que fué referida por un religioso digno de fe.

“En la ciudad de Lisboa, de donde era natural él, vivían aún sus parientes: el padre, la madre y los hermanos y hermanas, quienes se hallaban implicados en juicio por un homicidio cometido por otros. Pues, habiendo en aquella ciudad dos hombres que se odiaban mutuamente, uno de éstos, encontrándose una noche con el hijo del rival, determinó ejecutar en él su venganza, y, con el favor de las tinieblas, le sorprendió de improviso, lo arrastró hacia su casa y allí lo asesinó bárbaramente, enterrando después su cadáver en el jardín de los padres del Santo.

“Como se trataba de la desaparición de un noble, los magistrados comenzaron en seguida a buscar al asesino, y enterados de que el joven había sido visto aquella noche en las cercanías del palacio de Martín, hicieron diligente pesquisa en ella y en el jardín anexo, donde, siguiendo el rastro de la tierra recién removida, fué hallado el cadáver, acribillado de heridas.

“Bastó aquel indicio para que recayera sobre Martín la sospecha de ser reo del asesinato, y fué puesto en prisiones con toda su familia, según la costumbre de la época. Se acercaba el día en que había de verse la causa, y la sentencia hubiese sido condenatoria, si el Santo no hubiera acudido en ayuda de los suyos.

“Pidió una tarde Antonio permiso a su superior para salir del convento y se encaminó hacia Lisboa donde se halló prodigiosamente la mañana siguiente, siendo así que no hubieran bastado tres meses para llegar allí.

“Llegado a su ciudad natal, se presentó al tribunal para pedir la libertad de los suyos, mas, como era natural, no fué escuchado, siendo demasiado graves los indicios que contra ellos se habían acumulado.

“Entonces el Santo rogó que fuese llevado a su presencia el cadáver del asesinado, y, cuando lo tuvo delante de sí, le mandó en nombre de Cristo que por un momento volviese a la vida para indicar al asesino. Entonces revivió el cadáver, confesó abiertamente que ninguno de la familia de Antonio era culpable de su muerte ni reo de asesinato y después volvió a dormirse en el sueño de la muerte.

“La novedad del milagro y la solemne declaración de un tal testigo fueron suficientes para librar a los parientes de Antonio con quienes se detuvo todo aquel día, despidiéndose hacia el anochecer. A la mañana siguiente, Antonio se encontraba de nuevo en el convento de Padua”.

Veamos ahora, el relato del Portugués: “Siendo el padre de San Antonio de elevada condición social y tenido en mucha consideración por sus dotes morales, le fueron confiados servicios administrativos por cuenta del reino y de la casa real. Dió él cuenta de estas gestiones a los ministros, devolviendo al mismo tiempo el dinero recabado, sin preocuparse de que se le diera el recibo oportuno, por suponer a aquellos ministros personas ajenas a toda sospecha e irreprochables, como era él. Sucedió, en cambio, que pasado algún tiempo, aquellos le llamaron para rendir cuentas de su administración y, a pesar de que el padre de Antonio procurase traerles a la memoria la liquidación realizada y los conjurase que no quisieran manchar su conciencia con tan gran pecado, como era el de querer arruinarle material y moralmente, ellos continuaron en su negativa, queriendo perderle y arruinarle, haciéndole pasar ante el soberano por un ladrón de los bienes reales.

“Se hallaba el buen Martín en medio de las más terribles angustias, regocijándose en su corazón los ruines ministros, quienes se prometían de su desaparición

mayores honras y emolumentos, cuando en una solemne asamblea apareció en medio de ellos Antonio, el cual, después de haber recordado hasta las más pequeñas circunstancias de la liquidación realizada, ordenó a aquellos baldos que otorgaran a su padre el oportuno recibo, amenazándoles en el caso contrario con los más terribles castigos de la venganza de Dios. Atemorizados con esto, los ministros otorgaron en seguida el recibo del dinero que les había sido devuelto, y el buen Martín se volvió a su casa dando gracias a Dios haberle concedido un tal hijo”.

* * *

La acción social del Santo en Padua a favor de los pobres, de los atribulados, del pueblo que sufre, llegó a su punto culminante en la misión pacificadora, para cuyo cumplimiento se presentó al tirano Ezelino De Romano.

Este, descendiente de una familia gibelina, que había dado ya otros tiranos de este mismo nombre, protegido por el Emperador Federico II combatió muchas veces contra los municipios libres y contra el partido de los güelfos, que tenían secuaces en todas las ciudades de Italia y que se debilitó mucho en la Marca Trevigiana por su influencia.

Lo que ha hecho famoso con infame memoria a Ezelino De Romano no son, con todo, sus continuas guerras por aumentar el patrimonio heredado de sus antepasados, sino la crueldad con que se deshacía de sus enemigos, su deseo de derramar sangre humana, que le mereció el nombre de “el Nerón de la Edad Media”.

Baste recordar que, habiendo llegado a ser dueño de Padua por algunos años, hizo construir en esta ciudad dos cárceles terribles, la Cilia y la Malta: lugares sin luz, donde no penetraba un soplo de aire que los purificase y donde eran arrojados a centenares los prisioneros, condenados a morir entre el hedor y la podredumbre de los prisioneros muertos antes de ellos. Y para juntar el oprobio a los sufrimientos, antes de arrojar-

los en aquellos antros infernales, les hacía cegar o mutilar horriblemente.

Una vez hizo morir juntos a once mil de estos prisioneros.

En Verona, en lugar de cárceles, se servía de cisternas vacías, donde hacía fuesen arrojados los prisioneros para que pereciesen de hambre.

Sucedió, pues, que los güelfos veroneses, hallándose en lucha con los gibelinos de la ciudad, protegida por Ezelino, fuesen vencidos y tuviesen que dejar algunos de los suyos entre otros su jefe, Ricardo de Sambonifacio, en manos del partido enemigo.

Los güelfos sobrevivientes se refugiaron en Padua y pidieron a esta ciudad güelfa ayuda militar, la que les fué concedida, y con la que infligieron varias derrotas a los gibelinos, mas no consiguieron librar a sus prisioneros quienes quedaban expuestos al más serio peligro con un tirano de tal índole, aún cuando Ezelino, en la época de que tratamos, no había dado a conocer todavía toda la magnitud de su perfidia.

Entonces fué cuando Antonio asumió sobre sí la misión de impetrar la liberación de los prisioneros, a fin de evitar una nueva guerra que se estaba preparando.

En este punto no están demasiado concordes los historiadores antiguos, ya que, mientras los autores de las leyendas antonianas nos presentan a Ezelino arrepentido y tembloroso ante el Santo, otros autores contemporáneos nos aseguran que la misión no tuvo ningún éxito, porque los prisioneros no fueron libertados si no mucho más tarde y por otros medios.

Nosotros creemos que estas diferentes versiones no se excluyen categóricamente. En efecto, si Ezelino no concedió al Santo los prisioneros, nada impide creer que no haya temido mucho a Antonio, quien no pudo menos de apostrofarle con aquella libertad evangélica que era una de las características de su predicación y de su vida.

Y a la verdad, Rolandino, el autor contemporáneo que nos cuenta el fracaso de la misión de Antonio, nos

hace saber en otra parte que “el mismo Ezelino, tan terrible a todo el mundo, temblaba ante Antonio, confesaba tener más miedo a los Frailes Menores que a ninguna otra persona del mundo”.

Nosotros creemos que la posición de Antonio frente a Ezelino es la misma que la de fray Cristóbal en casa de Rodrigo, en “*Los Novios*”. Podemos figurarnos idéntico el cuadro, sólo que infinitamente más vasto, por ser tanto más importante. Tampoco cedió Don Rodrigo a las justas reclamaciones del santo capuchino, más aquel dedo extendido y aquellas palabras: “vendrá un día”... , no se borrarán jamás de la mente del infeliz señor.

Del mismo modo, Ezelino no cedió; mas no reaccionó, como era su costumbre, porque la santidad de Antonio infundía espanto en su conciencia perversa.

Por demás, lo que más importa notar es que Antonio mostró en esta misión cualquiera que haya sido su resultado, su gran afecto hacia el pueblo que estaba a punto de ser expuesto a una guerra terrible; mostró su valor, porque ningún otro, fuera de un Santo, se hubiera presentado a aquel tirano, especialmente después de las derrotas que los paduanos le habían infligido.

El solo hecho de haber ideado e intentado lo que él intentó, hácele acreedor al reconocimiento universal, nos lo muestra como un hombre superior a todo miramiento humano, a toda debilidad. un hombre comparable con los espíritus más fuertes que supieron dar la vida por amor de su patria.

No debió de ser ésta la única intervención del Santo en favor de Padua.

¡Quién sabe cuántas veces habrá apaciguado terribles contiendas, extinguido inveteradas enemistades, puesto término a odios y rencores no sólo entre los ciudadanos de Padua sino también entre los de los alrededores, evitando así contiendas y guerrillas, que, teniendo su origen en desavenencias particulares, degeneraban después, casi siempre, en guerras civiles y duras batallas entre diversas ciudades.

Esto parece insinuarnos Rolandino, al pintarnos, como frutos de la predicación de Antonio, la calma y tranquilidad de que pudo gozar por algún tiempo la ciudad de Padua, con gran incremento del bienestar individual y público, tanto que surgió la alegre ilusión de que jamás había de haber ya sediciones y guerras en ella y se había de gozar de perpetua paz y alegría en la ciudad de Antonio.

* * *

El convento en que moró Antonio de Padua fué el de Santa María Máter Dómini, cuya pequeña iglesia estaba situada en el lugar en que se halla hoy la capilla de la Virgen Mora, incorporada a la basílica del Santo.

Mas él se trasladaba también con frecuencia a La Arcella, donde ciertamente residió en sus primeras visitas a Padua, ya que Santa María Máter Dómini no perteneció a los Menores hasta 1229; más aún, fué abierta por el Santo, durante su provincialato.

Otro lugar amado de su corazón fué el eremitorio de Camposampiero.

Era señor de Camposampiero el conde Tiso, que parece haberse hecho ferviente discípulo de Antonio desde su primera predicación en Padua. Por la devoción que el piadoso señor sentía por el Santo y por la Orden a que pertenecía, había llamado a los Menores a su propiedad de Camposampiero, y les había confiado la casita y la pequeña iglesia donde antes estaba su capellán de familia... Los frailes tenían la obligación de atender al servicio religioso de esta familia y de la población esparcida en los alrededores.

Parece que un paso secreto unía el palacio del conde al eremitorio de los frailes, y que éste asistía muchas veces al Oficio Divino y tomaba parte en las conversaciones con los religiosos, principalmente con Antonio, quien de vez en cuando solía allí retirarse, llevado de su nunca desmentido amor a la soledad y a la contemplación.

El Santo, durante su permanencia en el eremitorio,

aceptaba también algunas veces la hospitalidad del conde Tiso, no pudiendo negar este consuelo a un tal gran bienhechor.

Un día, pues, mientras el Santo se encontraba en casa del conde, donde éste le tenía reservado un cuarto apartado, a fin de que, lejos de todo rumor o estrépito pudiese orar y estudiar a su placer, sucedió un hecho maravilloso.

Queriendo el conde hablar con Antonio, y no atreviéndose a molestarle por ser ya tarde, se acercó a la puerta y, mirando a través del pequeño agujero de la cerradura, vió que el Santo tenía pendiente del cuello un bellissimo y graciosísimo niño a quien besaba y acariciaba con seráfico ardor, y, por otra parte, el niño, irradiando todo él resplandores celestiales, le arrojaba al cuello los pequeños brazos y le apretaba con transportes de gozo.

De repente, el Divino Infante, que tal era precisamente el bellissimo niño, reveló a Antonio que el conde le había visto y le estaba acechando por la puerta, y Antonio, seguro de que por ninguna orden del mundo se retiraría el conde de aquella escena de paraíso, le dejó espiar mientras quiso; mas después, desaparecido el Niño Jesús, abrió la puerta, y, llamando al indiscreto visitante, le mandó que, mientras él viviese, a nadie absolutamente dijera lo que había visto.

Obedeció el conde; mas, muerto apenas el Santo, reveló el prodigio de que había sido afortunado testigo, confirmando con juramento su deposición.

Refiriéndose a ese milagro, los pintores más modernos comenzaron a pintar al Santo con el Niño Jesús, unas veces sentado sobre el libro, que fué su primer distintivo, otras posado sobre los brazos, a la manera que un niño suele estar arrimado al cuello de su madre.

En Camposampiero existe todavía la celdilla donde sucedió la célebre visión.

El palacio ha cedido a las injurias del tiempo, y ya no existe, mientras que la celdilla está incorporada

al actual convento y en comunicación con la iglesia a través de una galería con escalera interna.

Otros propugnan que este pequeño aposento donde tuvo lugar la visión no formaba parte del palacio condal, sino del antiguo eremitorio, y el conde se había introducido en él, pasando por el paso secreto a que hemos hecho referencia.

De cualquier modo que sea, este es el lugar en que el Niño Jesús se entregó a las caricias y a los besos de su fiel siervo, y jamás tradición alguna se ha conservado más fielmente en un pueblo como ésta entre los moradores de Camposampiero.

Dentro de esta celda, reducida a capillita, se conserva también la tabla que sirvió de cama a Antonio.

Está toda cortada y serrada por los lados, porque la piedad de los fieles quiso tomar de ella alguna puer-tecilla como reliquia, y sobre ella hay una pintura del Santo que se pretende ha sido hecha y diseñada sobre la huella dejada por él por el sudor que salía de su cuerpo.

Ahora está defendida y custodiada cuidadosamente dentro de una conveniente urna.

Camposampiero tiene también otro santuario antoniano importante: la capilla del Nogal. Hablaremos de él en el capítulo próximo.

EL TRANSITO

“Cupio dissolvi et esse cum Christo. —Deseo que mi cuerpo se disuelva a fin de que el alma pueda ser admitida a gozar de la gloria de Cristo”. Es ésta la aspiración de los Santos, y Jesucristo se complace a veces en alegrar los últimos días de la vida de sus escogidos, manifestándoles la proximidad de la disolución de su cuerpo y que tras de ella serán admitidos a su beatífica visión.

Antonio conoció bastante tiempo antes que el día de su feliz tránsito se acercaba; con todo, para no contristar a sus hermanos, que tanto le amaban, guardó el secreto; por eso, a pesar de que la hidropesía se manifestase con evidentes síntomas, no se preveía la catástrofe, porque la actividad del Santo fué, como de costumbre, infatigable.

La cuaresma de 1231 quiso también predicar en Padua, y, apenas pasada la Pascua, se dedicó a evangelizar las aldeas vecinas, como si tuviera apremios de volver a ver a todos, de dejar a todos un recuerdo particular antes de morir.

Hacia Pentecostés terminó su última correría apostólica. Sentía necesidad de reposo, ni quería que por su predicación quedasen embarazados los trabajos de la siega de las mieses.

Vuelto a Padua, pidió a su superior el permiso de poder retirarse por algún tiempo a su amado eremitorio de Camposampiero, y, habiéndolo obtenido, se encaminó a él con el Beato Lucas Belludi, su amigo inseparable y con fray Rogerio.

Se alejó con tristeza de su ciudad adoptiva, la cual

no le volvería a tener sino después de muerto. Cierto que el corazón le daría fuertes golpes en el pecho; más se hizo violencia, no sin volver la vista más de una vez para mirar a la ciudad. Llegado a una pequeña altura, desde la cual se dominaba todo, comenzó a tejer laudes de ella, la bendijo con efusión de corazón y, como si profetizara su propia gloria, añadió que aquella ciudad sería realmente gloriosa, porque pronto tendría un gran honor. El honor de poseer su cuerpo. El no dijo esto; mas bien lo arguyeron y lo comprendieron poco tiempo después los dos compañeros y con ellos todos los que tuvieron noticia de la profecía.

En Camposampiero, el conde Tiso y sus hermanos de hábito le acogieron con grandes fiestas y pusieron a su disposición, el conde, su propio palacio y los religiosos, la celda menos reducida del eremitorio; mas Antonio, como si no quisiera dejar desairados ni al uno ni a los otros, les dió las gracias con toda cortesía, y sólo pidió al Conde quisiese hacerle una casita sobre un magnífico nogal, al que ya antes había echado el ojo en el bosque.

No era un pequeño aposento el que deseaba. Próximo a entrar en el cielo, quería elevarse aún materialmente de la tierra.

El conde se reservó el honor de prepararle la celda con sus propias manos. Utilizando las ramas del árbol, añadiéndoles otras juntamente con piezas de estera, construyó la minúscula celda, y después, hizo añadir otras dos más abajo, para los compañeros de Antonio, que, reunidos con él y por él, no quisieron abandonarle.

Allí arriba intentó Antonio renovar las proezas de Montepáolo y de Brive, mas las fuerzas no eran ya tales que pudieran soportar las ásperas maceraciones y los largos ayunos. En lugar de éstos, prolongaba sus plegarias y se sumergía en la contemplación. A solas con Dios reflexionaba sobre toda su vida pasada y hallaba modo de magnificar al Señor, que le había concedido la gracia de hacer el bien: le había asociado a la misión grandiosa de los apóstoles.



Estaba a solas con Dios, ni quería entretenerse con ningún otro sino con El, en aquellos últimos días de su vida; mas el entusiasmo de las muchedumbres, que tenía ya conquistadas con su palabra y milagro, vino también esta vez a arrancarle de la soledad. Por mucho que se esforzasen los frailes por tener alejados a todos los importunos que querían verle y oírle, no lo conseguían por completo. Los aldeanos conocían bien todos los mil senderos del bosque. Un día se juntaron tantos a los pies del nogal, que Antonio no quiso defraudarles el alimento de la Divina Palabra.

Al día siguiente fueron más todavía. A una determinada hora se les veía llegar a todas partes, como a una señal convenida, a pesar de que no hubiese ni el sonido de la campana ni el reclamo de la voz. Antonio se veía constreñido a hablar y obraba aún algún prodigio.

Quien creyó le tocaba la peor suerte fué el propietario de un campo que confinaba con la finca del conde Tiso, el cual teniéndolo sembrado de trigo, quiso ir a ver si estaba pronto para la siega.

¡Cómo había de estarlo! ¡El campo había quedado reducido a un prado cubierto de paja! Los devotos de Antonio lo habían atravesado varias veces en todas direcciones, movidos de su gran solicitud por oírle.

El pobre hombre quedó turbado, y, meneando la cabeza por la poca discreción de las devotas personas, se fué también él a los pies del nogal, para tener al menos la pobre satisfacción de dolerse con Antonio de su mal.

Este, apenas le vió, comprendió el motivo de la visita, sonríele amorosamente y, sin ni siquiera esperar a que él comenzase su lamento, le dijo viniese al día siguiente con los operarios, para segar su mies.

El propietario, que sabía quién era el taumaturgo, sintió que le volvían las fuerzas, y al día siguiente tornó efectivamente con los segadores. El trigo se había levantado de nuevo sobre su tallo, y las espigas, antes va-

cías, llenas de trigo, fueron segadas en medio del mayor entusiasmo.

Este fué el último milagro obrado por Antonio, y era muy puesto en razón que la carrera del taumaturgo finalizase con una cosecha de trigo, si, después de tantos siglos de su muerte, la obra del *pan de los pobres* que lleva su nombre debía apagar el hambre de tantos pobrecillos, desamparados, abandonados de todos.

El astro se hallaba próximo a su ocaso.

Antonio, durante el tiempo de su permanencia sobre el nogal, no se había dispensado de los ejercicios más solemnes de la vida común y hasta para su modesta refección iba al eremitorio.

Un día, mientras se encaminaba a él después del sonido de la campana, sintió que le faltaban las fuerzas. Le sostuvieron los compañeros, le prodigaron toda suerte de atenciones los moradores eremitas de Camposampiero; mas la debilidad se acentuó hasta el extremo de que se vió constreñido a acostarse en un pobre lecho.

Conociendo que su fin se acercaba a grandes pasos, temiendo ser un gravamen para aquellos pobres ermitaños, y deseando terminar sus días en su propio convento, dijo a fray Rogerio: —Si me lo aconsejas, oh hermano, yo deseo volver a Padua, al convento de Santa María, para no causar molestias a estos frailes de aquí.

A fray Rogerio le pareció buena la idea, y creyendo que Antonio no se hallaba tan grave como lo estaba en realidad, trayendo un carretón, echó paja en él y tal vez también una manta para que resultase menos duro, y acostó en él con todo cuidado al moribundo Antonio, y de este modo se encaminaron hacia Padua.

Si Antonio hubiese entrado en su ciudad en aquel estado ¡quién sabe lo que hubiera sucedido! Ciertamente no hubiera terminado sus días en el convento.

Las mejores familias se habrían disputado, con cualquier pretexto, el honor de tenerle en su palacio; tal vez hubiera muerto en medio de la muchedumbre, víctima del entusiasmo de los paduanos por él.

Quiso la fortuna que un tal fray Vinoto, el cual

iba precisamente a Camposampiero con objeto de verle, se encontrase con la triste comitiva en las cercanías de la Arcella.

Este debía de ser persona avisada, porque, apenas vió a Antonio, conoció que había llegado el fin; previó súbitamente lo que hubiera podido suceder a su entrada en la ciudad, y también lo que hubiera sucedido después de su muerte.

Si durante el tiempo de su predicación había sido necesario proteger al Santo del entusiasmo de las muchedumbres, rodeándole de jóvenes robustos que no permitieran que nadie se le aproximara, ¿qué no hubiera sucedido apenas esparcida por la ciudad la noticia de su muerte?

Por esto propuso que se detuvieran todos en Arcella, lugar solitario, donde, una vez tenido lugar el desenlace fatal, era posible ocultarlo al menos por algún tiempo; el puramente necesario para tomar las oportunas medidas, a fin de que no sucediesen graves inconvenientes.

Asintió el Santo, y la comitiva se dirigió a Arcella, donde Antonio fué recibido con toda la caridad que se tiene con un hermano enfermo y toda la veneración que se profesa a un Santo.

¿Quién sabe si hasta las Damas Pobres de Arcella, la santa niña Elena Enselmini, no le pudieron ver aún otra vez, no le oyeron por última vez su ansiada palabra?

Mas el viaje había fatigado a Antonio, el cual, apenas acomodado en un pobre lecho, se adormeció en breve reposo.

Tal vez los frailes lo tomaron por buen presagio, mas no quedaba ya ninguna esperanza, ni Antonio se forjó ilusiones.

Cuando se despertó, quiso confesarse; después recibió por última vez el Cuerpo Eucarístico de Cristo.

¡Ah, cuán dulce debió de serle aquel Viático a Antonio, el defensor de la presencia real contra los herejes, propagador de la devoción a Jesús Sacramentado!

Aquel alimento le infundió nuevas energías, tanto

que, después de haberse recogido para una fervorosa acción de gracias, comenzó a cantar con voz dulce y armoniosa su himno preferido, el saludo a la Virgen Santísima:

“O gloriosa Dómina,
Excelsa super sídera”.

Oh gloriosa Señora,
elevada más que las estrellas.

¿Quién sabe si él no vió realmente a su Señora, que venía a anticiparle el Paraíso?

El hecho es que súbitamente fijó la mirada en un determinado punto de la celda, y permaneció extasiado en contemplación, dando muestras en su faz de una gran alegría, de desacostumbrado gozo.

—¿A qué miras, hermano? —le preguntaron los religiosos.

—*Video Dominum meum* —fué la única respuesta de Antonio —: veo a mi Señor, a mi Rey, a Aquel que debe darme la prometida corona, a Aquel a quien he amado desde mi niñez, a Aquel por quien no he escatimado ninguna fatiga, a Aquel con quien he reconciliado tantos hijos pródigos, innumerables masas de pueblo.

¿Estaba sólo el Rey de la gloria, o estaba acompañado de todo su cortejo real?...

No lo sabemos. Antonio quedó tan penetrado de su belleza, que sólo dijo: —*Vídeo Dóminum meum* —, y continuó contemplando feliz la visión.

* * *

Entre tanto iba apagándose lentamente, si bien aquello no era la muerte, sino más bien un tránsito triunfal.

Un religioso sacerdote pensó que había llegado la hora de administrarle la Extremaunción, y se lo propuso al Santo.

¿Qué debía responder Antonio, quien podía decir que ya se hallaba en el Paraíso, puesto que gozaba de la visión de Dios?

—No es necesario —respondió— que me unjas

con este Sacramento, porque he tenido ya otra unción interna en el alma. Con todo, ya que también éste es útil, me veo contento de que me lo administres. Y con los brazos extendidos en forma de cruz, recibió la Santa unción, respondiendo por sí mismo a todas las oraciones y recitando después con sus hermanos los siete salmos penitenciales.

El Sacramento de la Extremaunción ha sido instituído para borrar las reliquias de los pecados y también para devolver la salud al cuerpo, cuando ésta puede ser útil para la salud del alma. La Extremaunción sólo resulta necesaria cuando no se puede socorrer de otro modo a un pecador moribundo.

Antonio se había confesado, sabía que no tenía reliquias de pecados que borrar; sabía que no había de tener ya la salud del cuerpo; por esto dió aquella respuesta, recibiendo, no obstante esto, el Sacramento con la más edificante devoción. Quiso ser ejemplar en todo, hasta en el último instante.

Terminada la administración del Sacramento, recibió aún por sí mismo algunos rezos, saludó a los frailes con una sonrisa y exhaló su purísimo espíritu.

En el instante mismo de su muerte, Antonio se presentó en visión al abad Gallo, en Vercelli, le saludó cortésmente y después añadió:

—Querido padre abad, he dejado el asnillo en Padua, y ahora me voy a la patria — y desapareció.

El abad quedó sorprendido y, pensando en el primer momento que su joven amigo, yéndose para Portugal, habría pasado a saludarle, y no pudiéndose dar razón de tanta prisa, corrió tras él para detenerle aún por un poco más de tiempo; mas no viéndole, hizo que se le buscara en todo el monasterio. Preguntó por él a todos los religiosos, quienes aseguraron no haber visto a ninguno, y entonces, para convencerse aún mejor, hizo preguntar por él en el convento de los Menores de Vercelli; más éstos también respondieron negativamente.

Sólo entonces pensó el abad que podía tratarse de una visión y que tal vez había ya muerto su amigo, y

se confirmó más en este pensamiento cuando notó que repentinamente había quedado curado de un mal de garganta que le atormentaba. De echo su amigo, antes de desaparecer, le había tocado ligeramente en la garganta.

Era el 13 de junio de 1231, día de viernes, y Antonio tenía treinta y seis años, quince de los cuales había pasado en la casa paterna, diez entre los canónigos regulares y once entre los hijos de San Francisco.

Su vida a los ojos del mundo fué una vida breve. Mas ¿cómo podremos nosotros llamarla breve si sabemos que en solos treinta y seis años llegó a alcanzar las cumbres más altas en la contemplación; si pudo subyugar completamente, en la flor de la virilidad, a los sentidos rebeldes y a la obstinada voluntad?

¿Cómo llamarle vida breve, si él en treinta y seis años evangelizó tanta parte de Italia y de Francia, y a millares redujo los extraviados al camino de la verdad?

Breve, más bien, es la vida de aquellos, que a pesar de morir centenarios, nada han realizado que sea digno de memoria en la tierra, ni de ser en el día de su juicio puesto en la balanza del Divino Juez.

Algún tiempo después, llegó de Padua la noticia que confirmaba la muerte de Antonio, y el abad, confrontando los datos, el día y la hora, comprendió que su amigo se le había aparecido en el momento mismo de su muerte.

El asnillo que había dicho haber dejado en Padua era su cuerpo, y verdaderamente marchaba a su patria: no a la de su nacimiento, Portugal, que para el Santo era, lo mismo que cualquier otro país, el lugar del destierro en que peregrinamos hacia el Señor, sino a la Patria verdadera, donde está nuestro verdadero Padre, el Padre que nos ha creado; donde está nuestra Madre, María Santísima, que maternalmente nos ha prodigado; donde verdaderamente está la familia en que reina el perfecto amor y la perfecta fraternidad, ya que se compone de los Santos, los cuales quieren lo que Dios quiere y aman lo que El ama.

Entre tanto el cuerpo del Santo, en Arcella, manifestaba las primeras señales de la gloria en cuya posesión había entrado.

No parecía en nada un cadáver, ya que sus miembros, en vez de ponerse rígidos, quedaron elásticos y mórbidos como los de un viviente; su piel tomó una blancura particular y en su semblante se transparentaba algo de ultraterreno. La pequeña comunidad se reunió en torno de aquel cuerpo; las Damas de Arcella besaron acaso otra vez la mano que con tanta frecuencia las había bendecido y pidieron para custodiarla en su iglesia aquella sagrada prenda. Mas los frailes comprendieron al momento que los paduanos no estarían para renunciar a aquel tesoro; y, por otra parte, sus compañeros del convento de Santa María Máter Dómini manifestaron su propósito de transportar los restos mortales de Antonio a su convento.

Era, con todo, necesario que el traslado se hiciera en secreto, a fin de evitar serios inconvenientes.

Se pensó, pues, en no dejar traslucir nada de cuanto había sucedido. En el entretanto se tomarían las precauciones necesarias y se daría cuenta a los superiores. Mas el secreto fué roto por la voz del milagro.

Algunos niños de Padua y de los suburbios, entre los más pequeños y los más buenos, movidos de una fuerza interior, comenzaron a recorrer las calles, gritando alegres y jubilosos:

— ¡Ha muerto el Santo! ¡Ha muerto el Santo!

Al instante corrieron precipitadamente a Arcella de todos los barrios de la ciudad gentes de toda condición. Mas los de Capodiponte, que era el suburbio en cuyo territorio está situado Arcella, se pusieron a la guardia del pequeño convento para impedir que los paduanos se apoderasen del cuerpo del Santo, pretendiendo guardarlo y enterrarlo en el mismo lugar en que había muerto. Pero ¿quién era capaz de contener a aquella oleada de gente desbordada por el entusiasmo?

Fueron superadas las barreras de los de Capodipon-

te, derribadas las puertas, con lo que los frailes de Arcella viéronse constreñidos a mostrar el cadáver.

Todos pasaron devotamente por delante del Santo, rodeados de los frailes, a fin de que la devoción no le despojase de todos los vestidos o llegase también a cortarle los cabellos o las uñas que exigían como preciosas reliquias ni con retazos de los vestidos, los fieles se contentaron con sacar aquel sagrado cuerpo, con aproximarle anillos, collares, todo lo que tenían a la mano, seguros de que bastaría aquel pequeño contacto para convertir en preciosos sus objetos.

Entre tanto, no estaba aún decidida la cuestión de quién había de poseer el cadáver. Los frailes recurrían a buenas palabras y daban largas a las partes contendientes, aguardando la llegada del Provincial, quien decidiría y tendría al vez autoridad para llevar a cabo la decisión. Mas con la llegada de éste no quedó arreglado el asunto; antes bien, degeneró en amenazadores altercados y contiendas, para cuyo apaciguamiento el podestá de Padua se vió en la precisión de arrestar a todos los de Capodiponte que se oponían a la orden del Provincial, quien había juzgado que el cuerpo de Antonio debía ser trasladado al convento de Santa María, de Padua.

Los nobles de la ciudad quisieron para sí el honor de llevar el féretro, y consideraron como una gran fortuna suya el poder de este modo estar por algún tiempo más cercanos al taumaturgo.

En el cortejo estaba presente todo el pueblo, con el Obispo, el clero, el podestá, los maestros, los bachilleres de la Universidad, las asociaciones, las cofradías todas.

La afluencia de los pueblos circunvecinos fué tal, que en aquel día apenas se podía circular en la ciudad, y muchos tuvieron que caminar no poco antes de hallar un lugar desde donde poder ver el sagrado cortejo, el cual pasaba por las calles más bellas y espaciosas, recubiertas de flores, acompañado de tanta abundancia de luces, que la ciudad parecía toda ella una luminaria.

Los vítores y las invocaciones, lanzadas en alta voz, se mezclaban al sonido festivo de las campanas de todas las iglesias, de modo que aquello no pareció un funeral, sino una glorificación: la apoteosis de Antonio.

En la iglesia de Santa María Máter Dómini el Obispo celebró de pontifical la Misa fúnebre, después de la cual el santo cuerpo fué inhumado en la iglesia con grande pompa.

Era el 17 de junio. Cinco días habían pasado ya desde la muerte de Antonio sin que el cadáver se hubiese resentido en lo más mínimo de los calores estivales. Los prodigios obrados por él en vida debían ser superados por los que había de realizar después de la muerte.

En Arcella puede verse aún la celdilla donde el Santo exhaló el postrer aliento. Está incluída en una iglesia llamada por los paduanos San Antoñito, para distinguirla de la basílica del Santo. Alrededor de la celdilla hay un corredor con pequeños sepulcros y lápidas, porque en los tiempos pasados muchos quisieron tener el honor de ser sepultados junto a aquel pequeño santuario.

Dentro de la celda hay un altar, que tiene debajo de la mesa una estatua del Santo moribundo, con la cabeza apoyada sobre una tosca piedra que le sirve de almohada. Fué esculpida por el escultor Rinaldo Rinaldi, paduano, a los catorce años de edad, y mueve realmente a devoción por los suaves rasgos y por el sople de Paraíso que aletea en todo el semblante.

El altar goza de los mismos privilegios espirituales que el del Santo en Padua.

EL SANTO DE LOS MILAGROS

El día del entierro de Antonio en la iglesia de su convento de Padua fué el día de su apoteosis, no sólo por la solemnidad de las exequias y porque la autoridad eclesiástica presente asistió, podemos decir, a un acto de culto más bien que a una deposición, sino también por los prodigios que lo acompañaron, de suerte que su sepulcro se convirtió en seguida en meta de peregrinos que a él acudían para verse libres de los males de todo género que suelen afligir a la humanidad.

La fama de estos prodigios se esparció con celebridad por todas partes, debido también a que los obraba un hombre que había sido célebre y conocidísimo durante el tiempo de su carrera mortal, ya por la predicación, ya por los hechos sobrenaturales que la habían acompañado.

Espiguemos algunos entre tantos.

El día del entierro de Antonio, una pobre enferma llamada Cunizza, jorobada y maltrecha, se puso a rezar ante la urna del Santo: de repente sintió que se le allanaban las espaldas y se le fortalecían las piernas, de modo que, dejando como ex-voto las muletas que desde hacía tanto tiempo se veía precisada a llevar, volvió a su casa completamente sana.

Otra, llamada Guilla, que sufría parálisis de la pierna derecha, conducida por el marido a su sepulcro y puesta en oración, parecióle que alguno la sostenía, y como tenía cerrados los ojos para orar más atentamente, al sentirse tocada, los abrió, mas no vió ninguno. Comprendió entonces que se estaba realizando su curación, y en efecto, poco después, dejando las muletas,

podía también volver de su propio pie a casa, ella que había venido transportada, como cuerpo muerto, sobre un jumento.

Una niña llamada Inés, que se hallaba casi atrofiada en sus miembros y reducida a tal estado de debilidad que apenas podía tragar algún líquido, puesta sobre la tumba del Santo, fué presa al instante, de un tal súbito dolor en todo el cuerpo, que le pareció que iba a morir. Mas, pasado el dolor, se halló tan completamente sana, que pudo comer en seguida en abundancia pan seco, ella que hasta entonces sólo había podido sorber líquidos.

Una tal Prosdócima, de Noventa di Piave, tenía los huesos tan reducidos y contraídos, que fué llevada en una cesta a la iglesia del Santo; mas, colocada sobre el sepulcro, al instante recobró la salud.

Otra mujer, por nombre Ricarda, desde hacía más de veinte años tenía los huesos de los miembros inferiores tan reblandecidos, que se veía precisada a estar toda acurrucada y a servirse de escañuelos, en vez de los pies, vino un día a pedir limosna ante la iglesia del Santo. De repente se adormeció, y, medio dormida, le pareció oír una voz que le decía: — Loado sea el Señor, porque está curada—. Abriendo los ojos, vió a una niña, que antes estaba jorobada, restituída a perfecta salud en medio de gran muchedumbre, que con demostraciones festivas la conducían a casa. Entonces despertó también en ella la chispa de la fe, y se trasladó, como mejor pudo, al glorioso sepulcro, animada y ayudada por un niño; que le dijo: —Ven tú también en el nombre del Señor, porque obtendrás el favor—. Se puso a rezar. Después le pareció que dos cuerpos ovalados le resbalaron por las piernas, entre la piel y los huesos, produjeron un crujido y un ruido característico. Al mismo tiempo se le extendieron las piernas, la piel se volvió a ablandar, su carne floja tomó el aspecto de salud; de modo que todos, ante el evidente milagro, se agolparon a su derredor con tanto entusiasmo, que los guardianes le ordenaron que saliera de la capilla. Y ella

salió y estuvo durante diecinueve días en la puerta de la iglesia, perseverando en oración y acción de gracias por tan patente milagro.

En la ciudad de Monópoli, donde había un convento de los Menores, un joven estaba abriendo un hoyo profundo, cuando tuvo lugar un desmoronamiento de tierra que le sepultó, sin que nadie se diese cuenta del percance, por estar trabajando solo. Mas llegada la hora de volver a casa, viendo su madre que no llegaba contra lo que acostumbraba, se fué al lugar del trabajo, y halló a un niño, a quien preguntó si había visto a su hijo.

—Está sepultado aquí— respondió sencillamente el niño, indicando el hoyo. A estas terribles palabras la mujer comenzó a dar alaridos y gritos de socorro, acompañados de llantos y lamentos. Corrieron los frailes del vecino convento, quienes con palas y picos comenzaron en seguida a trabajar para recobrar el cadáver, mientras la pobre mujer se encomendaba con gran devoción a San Antonio. Continuando la excavación, fué hallado el joven, completamente pálido, mas por fortuna aún vivo, y preguntado cómo había podido continuar vivo bajo tierra, respondió: —Fué San Antonio quien me puso la mano sobre la boca para que no me ahogase—. De lo que todos dieron gracias al Señor.

También a un sobrino de Antonio fué devuelta la vida por su tío taumaturgo. Este se llamaba Aparicio, por haber nacido el día de la Aparición de San Miguel Arcángel, y jugando en cierta ocasión con otros compañeros a la orilla del mar, fué tomado y arrastrado a mucha distancia de la orilla por una ola más violenta e imprevista. Los otros niños, algo más crecitos que él, pudieron alcanzar la orilla y salvarse, mientras que él, no sabiendo nadar, fué engullido por las olas. A los gritos de los niños acudió al instante la madre y otros muchos animosos, quienes consiguieron sacar del agua al niño, el cual había ya muerto. Se le prodigaron en vano los cuidados oportunos, y pasadas algunas horas, el padre ordenó el sepelio. La madre, en cambio, que no podía resignarse a tanta desventura, se dirigió a su

hermano, como lamentándose de que él, siempre pródigo de gracias con otros, se mostrase sordo a las súplicas de una hermana, y haciendo voto de consagrar el niño a Dios en la misma Orden de los Menores, a la que él había pertenecido. El hermano santo escuchó la súplica de la hermana desolada, y el niño quedó restituído a la vida.

Un leproso iba a Padua para obtener verse libre de su terrible mal, cuando se encontró con un soldado perverso que, al enterarse del objeto de su viaje, comenzó a burlarse, riéndose de su fe y añadiéndole: — Véte enhorabuena alegremente, porque volverás desolado. Si tu Santo fuese capaz de librarte de tu mal, quedaré contento de que el mal venga sobre mí.

Mas el leproso, sin hacer caso de las burlas y de las palabras de escarnio, continuó su viaje, y, llegado a la capilla del glorioso sepulcro, le pareció oír una voz que le decía: — Levántate y lleva esas muletas con las que te sostienes al soldado que se burló de ti y de mí, porque tú has sido curado de tu lepra, la que por el contrario cubre su cuerpo—. Dió gracias al Señor el leproso curado, y se marchó en busca del soldado burlón, a quien realmente halló todo cubierto de llagas, como él se hallaba antes; le contó la curación acaecida y las palabras que había oído y el mandato celeste que cumplía. A la evidencia de un tan gran milagro, recobró el soldado la fe, fué también él a venerar las reliquias de San Antonio, y quedó a su vez limpio de la lepra del cuerpo y del alma.

* * *

Hechos de esta índole los relatan a centenares las crónicas, y a la verdad no podemos ponernos a hacer un elenco de todos ellos. Ni se juzgue que en los tiempos del Santo se creyese de ligero en lo que respecta a los milagros, pues la incredulidad de algunos fué, por el contrario, origen de nuevos prodigios, como para confirmar los primeros.

Entre otros, merece aducirse el que nos narra fray Tomás de Pavía.

Un noble caballero, Aleardino de Salvaterra, el cual había apostatado de la fe desde su juventud, oyendo hablar con tanto entusiasmo de los milagros de Antonio, se daba a todas las furias y tachaba a los otros de ignorantes o al menos de ingenuos, y un día que se hablaba de viaje con toda su familia, pasando por Padua y estando comiendo en una posada, comenzó a burlarse en público de algunos que hacían relación de muchos prodigios del Taumaturgo. A las réplicas de éstos, contestó: —Tan posible es que este vuestro fraile, a quien vosotros llamáis un Santo, haya hecho milagros, como que este vaso de vidrio no se haga pedazos si yo lo arrojo con fuerza a tierra. Haga ahora este milagro vuestro Santo, y entonces creeré en sus milagros y en su santidad y abrazaré vuestra fe.— Y diciendo esto el hereje, arrojó el vaso con toda su fuerza sobre el empedrado de la calle, mas (¡cosa admirable!), no sólo no se despedazó el vaso en lo más mínimo, sino que se despedazaron las piedras contra las cuales lo había lanzado, como en prueba del gran ímpetu con que había sido arrojado. Ante este tan evidente milagro, el infeliz volvió a la fe, corrió a recoger el vaso y, mostrándolo a todos, se hizo él mismo defensor del poder de Antonio y, hecha abjuración de sus errores, se convirtió en ferviente católico, y con su vida y autorizado testimonio redujo a otros herejes al seno de la Iglesia Católica.

Este prodigio fué origen de otro aún más estrepitoso, ya que encontrándose algunos ociosos en una hostería, donde se hablaba de Aleardino de Salvaterra y de su conversión, uno de éstos, dijo, tomando en la mano un vaso: —Nosotros creemos en estos milagros y nos haremos buenos católicos, si estos sarmientos de vid en este momento y a nuestra vista producen tal cantidad de uva, que con ella se pueda hacer vino con que llenar este vaso. Aún no había terminado estas palabras, cuando los sarmientos secos que tenía en la otra mano aparecieron cubiertos de verdes hojas y de racimos madu-

ros. Creyendo que fuese una ilusión, tomando de aquella uva la exprimieron con las manos y llenaron el vaso de óptimo y dulce vino, con gran confusión y maravilla suya. La evidencia de este nuevo prodigio disminuyó el número de detractores del Santo, muchos de los cuales se convirtieron en sus panegiristas.

También un clérigo, por nombre Guillermo, el cual se burlaba de quienes iban a hacer su deposición para el proceso de canonización de Antonio, se sintió un día herido de improviso de dolores tan violentos, que ni siquiera podía tenerse en pie. Entrando dentro de sí, llamó a su madre, suplicándola intercediera por él diciéndole: —Yo soy indigno, oh madre mía, de comparecer ante el sepulcro de Antonio; id vos en mi lugar, y pedidle perdón por mí, que yo prometo hacer la condigna penitencia apenas me cure—. En efecto, merced a las plegarias que hizo la madre sobre el sepulcro de Antonio, recobró perfectamente la salud; desde aquel día ninguno se mostró más solícito que él en recoger hechos prodigiosos y enviar a los agraciados a la Curia Episcopal a fin de que por sí mismos hiciesen una más autorizada deposición.

* * *

Este poder taumatúrgico de Antonio contribuyó a que de muchas partes, pero principalmente de los paduanos, se hicieron vivas instancias al Sumo Pontífice para su canonización; a este objeto fué expedida al Pontífice desde Padua una solemne embajada, aún antes de que hubiese transcurrido un mes después de la muerte del Santo.

Gregorio IX, el cual había tenido ya de antes oportunidad de apreciar al Santo al oírle hablar en Roma ante toda su noble Curia, permitió que se iniciase el proceso, dando el encargo de hacerlo al Obispo de Padua, el benedictino Beato Juan de Forzaté, que había sido amigo del Santo, y a fray Juan de Schio, de los Predicadores.

El proceso contribuyó a arrojar más luz sobre las

virtudes, los méritos y los prodigios obrados por Antonio. Sólo que algunos de los Cardenales, especialmente uno que era muy influyente, se mostraban contrarios, no tanto a la canonización, cuanto a la excesiva prisa con que al parecer se quería proceder a ella.

La Providencia, que quería la exaltación de Antonio, intervino para hacer mudar los sentimientos mediante una visión.

Dormía el Cardenal, cuando vió al Sumo Pontífice, vestido solemnemente, que se disponía a consagrar una iglesia. Estaba ya en el altar, rodeado por los purpurados que asistían. Y entre los otros, se hallaba también presente aquel mismo Cardenal, que en verdad no era el último por su oficio y dignidad, preparado también él para la sagrada ceremonia a la que asistía. Llegado el momento de la consagración del Altar, el Sumo Pontífice pidió las reliquias que se habían de poner en el sepulcro, y todos a una voz, respondieron que no las tenían. Pensativo el Pontífice, revolvía la mirada de una parte a otra como quien busca alguna cosa y vió que delante de él yacía el cadáver de un recién muerto, envuelto aún en las vendas. “Ea — dijo —, traedme estas reliquias tan recientes y las pondremos en el sepulcro”. Mas los asistentes aseguraron todos a una voz, que aquellas no eran reliquias, que sólo había allí un cadáver. “Quitad el velo que lo oculta — insistió el Pontífice —, mirad bien lo que está debajo”. Y, todos contrarios, se acercaron con paso lento a aquel cadáver y sólo por cumplir el mandato le alzaron el velo. Descubrieron entonces el cadáver de un hombre, en el cual no había señal alguna de corrupción. Lo miraron y remiraron, persuadiéndose de que aquellas eran verdaderas reliquias, por lo que todos andaban a porfía a quién tomaba más.

En este tumulto despertó el Cardenal. Habiéndose levantado y presentándosele sus familiares, les habló del sueño y de su interpretación natural, mostrándose favorable a la inminente canonización. Descendía de su estancia para trasladarse a la Curia, cuando halló a los

paduanos, los cuales estaban en la puerta aguardándole. Apenas los vió, el Cardenal dijo a los clérigos que le seguían:

—He aquí el sueño y he aquí su cumplimiento—. Y él, confortado por la visión, se convirtió en tan abierto promotor de la causa de los paduanos, que sostuvo con invicta constancia que el querer divino no podía ser impedido o retardado y que ninguna razón basada en la costumbre podía ser obstáculo para que en seguida fuese proclamada la gloria del Santo.

Quitado de ese modo todo obstáculo, el Papa, que se hallaba en Rieti, donde había presidido personalmente el Capítulo de los Menores en que fué elegido Ministro general fray Elías, se trasladó a Espoleto, llevando consigo a los Capitulares, o al menos a los más influyentes de éstos con el Ministro General, y allí en la Catedral, adornada magníficamente, inscribió a Antonio en el Catálogo de los Santos, prescribiendo que su primera fiesta fuese celebrada en seguida, el primer aniversario de su muerte, el 13 de junio de 1232.

Mientras que en Espoleto se procedía a la canonización de Antonio (treinta de mayo, fiesta de Pentecostés), en Lisboa sucedió un hecho memorable: las campanas de la ciudad tocaron repetidamente a júbilo, sin que nadie las moviese.

Dios daba a la ciudad natal de Antonio la nueva de la glorificación del más ilustre de sus hijos.

Tal vez vivían aún sus padres, ciertamente dos hermanos y dos hermanas, que ya habían experimentado el poder taumatúrgico de su santo pariente, y una tía de él, Sor Cottigue, canonessa regular de Coimbra, que fué siempre tan devota del glorioso sobrino y de la cuál solía decirse como un proverbio. —“El que quiera favores de Antonio, pídales por mediación de su tía Cottigue”.

* * *

Si en todas partes se festejó la canonización de Antonio, Padua superó a todas y supo estar a la altura de patria de elección del Santo.

Lo veremos hablando de la Basílica que ella levantó a su ilustre conciudadano; más ahora recordaremos un hecho, que demuestra la solicitud de Antonio por ella, la predilección de que le dió muestras.

Padua, en su mayor parte güelfa y fiel a la Santa Sede, había caído en 1236 en las manos del gibelino Ezelino De Romano, que no había dejado de ejercer contra ella aquellas crueldades de las cuales en otra parte tuvimos ocasión de hablar.

Y verdaderamente esta calamidad había sido predicha por Antonio, el cual había comparado los trabajos de Padua con los de una parturienta que arroja del seno, juntamente con el hijo, parte de las entrañas maternas. De hecho, los mejores ciudadanos habíanse visto obligados a salir desterrados para librarse de una muerte ignominiosa y atroz.

Ansedisio Guidotti, sobrino de Ezelino, que había sido puesto al frente, era digno de su tío, y si bien no tuvo como él el valor para castigar al Beato Lucas Belludi, que a imitación de su maestro, le había reprochado acerbamente su conducta, había desahogado su furia contra los parientes y contra los mejores de los paduanos.

En medio de tan gran calamidad, los paduanos no dejaron de encomendarse al Santo, al mismo tiempo que imploraban la ayuda militar del Papa, quien promulgó contra Ezelino una cruzada, guiada por el Cardenal Federico Fontana.

Ahora bien, mientras éste llegaba a los muros de Padua, Antonio apareció a algunos de sus hermanos que oraban en su sepulcro, y les aseguró que el ejército cruzado reportaría la victoria el día de la octava de su fiesta.

Así sucedió realmente, como lo atestigua el mismo jefe del ejército cruzado, quien atribuye la victoria a la protección de Antonio en una pública carta, donde se leen estas palabras:

“El célebre nombre de Antonio, conocido ya en todas partes por sus méritos y por los prodigios que ha

realizado, se ha hecho aún más ilustre por el estupendo milagro que con una increíble victoria ha llevado a buen término nuestra empresa.

“El, que había predicho a Padua esta calamidad, vino en nuestra ayuda con su consejo, y nuestro ejército se lanzó al asalto confiado en sus méritos, tanto que creemos que el triunfo, comenzado el día anterior a la octava de la fiesta del Santo, fué transferido por la Providencia, a fin de que la completa victoria, reportada precisamente el día octavo, pudiese ser atribuída a su intercesión.

“Y por esto ordenamos al Obispo y a la ciudad de Padua que siempre sea solemnizado este día, que Dios ha consagrado con un tan cierto milagro, y concedemos indulgencia de un año y de una cuarentena a todos los que visitaren la Basílica del Santo en un día cualquiera de la octava de su fiesta”.

EL CULTO DEL SANTO

Apenas elevado el Santo a los honores de los altares, los paduanos emprendieron la construcción de la monumental Basílica, ideada, según algunos, por Nicolás Pisano, según otros, por los maestros Comacinos. De todos modos, dado el gran lapso que se empleó en su construcción, es lo cierto que trabajaron muchos en ella y tal vez la modificó cada uno según su ingenio, sin perjudicar, no obstante, a aquella unidad de concepción que, a pesar de todo, campea en medio de tan diversos estilos. Fué edificada en el lugar mismo donde estaba la antigua iglesia de Santa María Máter Dómini, con el anexo convento de Antonio. De esta antigua construcción sólo queda una capilla: la de la Virgen Mora, y una pequeña parte del convento.

La primera suspensión de los trabajos tuvo lugar cuando Padua cayó bajo la tiranía de Ezelino, y fueron reanudados los trabajos después de su muerte, acaecida en Cassano de Adda en 1259.

-El año 1263 la fábrica había llegado al crucero y fué entonces cuando se verificó la primera traslación y reconocimiento de las reliquias del Santo.

El arca de mármol en que estaban encerradas, fué sacada de la pequeña iglesia de Santa María Máter Dómini, cuya mitad para entonces estaba ya destruída, para ser colocada en el lugar que ahora está indicado con la letra L, escrita sobre un azulejo de mármol rojo de Verona.

Destapada la urna, apareció el cuerpo del Santo, o mejor dicho, el esqueleto desnudo de carne, a excepción de la cabeza, que conservaba aún la piel y los cabellos.

Entonces San Buenaventura, tomándola en su ma-

no, le abrió la boca y apareció intacta e incorrupta la lengua, la que, desprendiéndola del hueso hioides, mostró al pueblo que aplaudía, exclamando: "Oh lengua bendita, que siempre alabaste al Señor e hiciste que otros le alabasen, ahora se ve verdaderamente cuán grandes fueron tus méritos en el acatamiento de Dios".

Esta preciosísima reliquia fué separada en seguida del resto del cuerpo, y colocada en un relicario aparte.

Aún hoy se conserva incorrupta, después de siete siglos, y ha sido en el pasado y lo es también al presente objeto de la mayor devoción. Encerrada en un bello joyel del siglo XV, con su extremidad dirigida en alto, parece como que aún quiere predicar y elevar al cielo los corazones y las plegarias de los devotos.

Dícese que un General de la Orden intentó en cierta ocasión llevársela consigo, para enriquecer con ella otra célebre iglesia de la Orden; mas apenas tuvo en las manos el relicario, quedó como desorientado, ni pudo en modo alguno dar con la puerta para salir de la Basílica, de manera que se vió obligado a esconderla debajo de un altar, donde permaneció por espacio de treinta y cuatro años, hasta que un religioso a quien había sido comunicado el secreto, llegado al trance de la muerte, reveló el escondrijo. De aquí fué sacada y expuesta de nuevo a la piadosa veneración de los devotos del Santo.

Después de esta primera traslación, reanudados con entusiasmo los trabajos, fué llevada a cabo la construcción del templo en 1307; y en 1310 se hizo la segunda traslación del cuerpo, el cual fué colocado en la capilla erigida a este intento. Mas en esta traslación no se hizo el reconocimiento, es decir, que la urna que contenía el sagrado cuerpo fué trasladada de un lugar a otro sin que se abriera ni se rompieran sus sellos. Sólo que, no habiendo parecido a los paduanos la capilla del Santo bastante rica y suntuosa, se cambió en otra más vasta y magnífica, terminada la cual tuvo lugar la tercera traslación, verificada por el Cardenal Guido de Montfort, enviado del Sumo Pontífice.

Algún tiempo antes, encontrándose este purpurado

en la pequeña ciudad de Guges, en Francia, había caído gravemente enfermo, y, perdidas las esperanzas de curarse, había hecho voto a San Antonio de ir, si se curaba, a Padua, para presidir las fiestas de la traslación.

Recobrada inopinadamente la salud, antes de abandonar Guges, prometió a los habitantes del lugar, que habían sido testigos de la prodigiosa curación, una reliquia del Santo. Y, en efecto, llegado a Padua el 15 de febrero de 1350, llevó a cabo la traslación y el reconocimiento de los huesos del Santo, los cuales fueron colocados por él en una urna de plata, incluída a su vez en otra de mármol.

En esta ocasión algunos huesos fueron separados del cuerpo y guardados en espléndidos relicarios, donados por el Cardenal. Una parte del cráneo fué, para cumplir la promesa, enviada a la ciudad de Guges; la mandíbula inferior y un brazo del Santo se conservaron y se conservan aún hoy en la Basílica. Más tarde fueron sacadas otras reliquias y enviadas a Portugal, a Austria, a Venecia, a Bagnorea, a la iglesia de los Conventuales y al sacro convento de Asís, que adquirió un radio del brazo, del cual se cortaron en época posterior todas las reliquias que se veneran en muchas ciudades y en diversas naciones.

La Basílica y las reliquias del Santo sufrieron más tarde muchas vicisitudes, que sería largo enumerar aquí. Cierto que las reliquias se salvaron más de una vez de la rapacidad del fuego y de manos sacrílegas, y la Iglesia, que no tuvo la misma suerte, resurgió cada vez más bella y decorosa, gracias a la generosidad de los devotos de Antonio, esparcidos por todo el mundo; y si hoy no podemos admirar ya los trabajos de Giotto, Bellini, Lippi, quedan aún los de Donatello, Sansovino, Squarcione, Ticiano, Aspetti, Seitz y otros grandes, sin considerar el conjunto de la maravillosa construcción, la cual es por sí misma un insigne monumento.

He aquí cómo hablan de ella en sus óptimas guías los Padres Bondini y Gonzati, de los Menores Conventuales:

“Las ocho cúpulas, de las cuales la del centro, en forma cónica piramidal, está rematada por un ángel que toca una trompeta, componen un grupo maravilloso, que tal vez no tiene semejante en toda Europa. Los dos campanarios, soportados por pilastras y arcos, tienen base cuadrada, provista de tres contrafuertes. De ésta se elevan, octágonos, cuatro órdenes de arcos que tienen algo del estilo mudéjar y terminan en pirámide cónica. Es difícil formular una exacta definición del estilo de esta estupenda Basílica”.

El marqués Pedro Selvático, con frase sintética, se expresa así: “Paréceme se pueda afirmar una mezcla de lombardo, toscano, arquiguto y bizantino, como si dijéramos un estilo de transición, como verdaderamente arraigaba en Italia hacia la mitad del siglo XIII”.

El profesor Rubbiani, a su vez, escribe a este propósito estas bellísimas palabras: “Pintoresca como una mata de diferentes flores exóticas reunidas allí por los vientos, resulta de una armonía accidental de estilos no presentida por la fantasía de ningún artista. De hecho, desde la fachada que surgió primero y fué comenzada un año después de la muerte de San Antonio (1232-1237), y en la que hay tantas reminiscencias del romántico, se continuó construyendo el edificio con estructura bizantina. Los trabajos, interrumpidos durante la tiranía de los Ezelinos (1237-1256, fueron reanudados desde el ábside con estilo de transición del arquiguto francés o ultramontano. Después, en el lugar donde se abrazaron las viejas y las más recientes construcciones, resultaron como dos transeptos vecinos y paralelos. En la primera mitad del siglo XIV se elevaron sobre el techo las tribunas de la cúpula, los campanarios con minaretes, las cruces de oro: mezcla de románico que corteja al árabe oriental, que tuvo tal vez su origen en el deseo de imitar cuanto se hacía entonces en San Marcos de Venecia.

“También la construcción interna habla elocuentemente al corazón.

“La nave mayor, con sus bóvedas completamente circulares, mas sin los ornatos de la arquitectura clásica, produce en el alma una alta idea de la majestad de Dios que llena el santuario; las menores, con sus arcos diagonales, y por lo mismo más esbeltas, parece que reaniman nuestra confianza en la bondad de Aquel que sólo nos puede consolar plenamente. La cruz latina está en el interior menos pronunciada que sobre las cúpulas, por tener cortos los brazos y la cabeza harto más prolongada de los que conviene a la cruz. Mas si esto es un defecto, queda ciertamente compensado por la majestad de los arcos, por la amplitud y suntuosidad del presbiterio, por la esbeltez y armonía del poligonal ábside concéntrico, por el ambulaero, por las capillas arqueadas que rodean al coro; el todo y sus partes nos invitan a venerar el *Sancta Sanctorum*.

“Es difícil hallar, y a mi parecer no existe, un presbiterio tan bien segregado de la muchedumbre y, al mismo tiempo, al alcance de la vista de todos los fieles, ni algún otro tan acomodado para el esplendor de las sagradas funciones, sin necesidad de tribunas portátiles ni de paramentos. Lo cual debe ser estimado en más que la abundancia de los alabastros, de los pórfiros, de los lapislázulis; en más que las producciones de oro y de plata, ya que tanto más apreciable será un edificio cuanto mejor sirva para el fin que se pretendía al construirlo.

“Otro de los méritos de la Basílica Antoniana es que reúne dentro de sus paredes obras de arte notabilísimas y de épocas diversas, de modo que se encuentra recogida la historia artística de más de seis siglos, habiendo trabajado en ella muchos ingenios selectos de Italia.

“El expresivo y creador Trescientos dió a este templo y a sus dependencias el tributo de los frescos de los pinceles italianos de más valía. El elegante y gentil Cuatrocientos lo enriqueció con sus frisos arquitectónicos esculpidos con el más exquisito gusto, con estatuas y

bajorrelieves profundamente esculpidos en mármol, en bronce, de perspectivas taraceadas y de otras labores con que supera a muchos templos de la península. Este fué el siglo de oro para las artes paduanas.

El Quinientos, que se complació en reproducir las bellísimas formas del arte griego y romano, dejó también aquí sus telas, sus mármoles, sus broncees. Ni faltó el Seiscientos de dar una prueba aparatosa de sus hinchazones con sus tímidas volutas, con sus haces replegados, con sus partos bastardos y extravagantes, no exentos por otra parte de genio. Finalmente, el siglo XVIII se aplicó a restaurar la Basílica de las grandes pérdidas que un horrible incendio le había ocasionado, y a decir verdad lo hizo con magnificencia, mas no de modo que podamos olvidar los celebrados trabajos que las llamas nos han consumido”.

La capilla del Santo se encuentra cerca del presbiterio, del lado del Evangelio. La entrada está formada de columnas y pilastras que sostienen una fachada de mármol blanco y tienen su correspondiente en las otras paredes de la capilla, en medio de la cual surge el templete, aislado, al cual da acceso una escalinata.

La urna que encierra los restos mortales de San Antonio es de mármol verde antiguo, y forma como la mesa del altar. Sobre ésta se halla su estatua, colocada entre dos Santos franciscanos: San Buenaventura de Bagnoregio y San Luis de Tolosa.

En el cielo del templete, formado por la bóveda de la capilla, se lee: “Gaude, Félix Padua, quae thesaurum possides!”. Alégrate, oh feliz Padua, que posees un tan gran tesoro.

En torno al altar están los cuatro bajorrelieves de Donatello, los cuales representan otros tantos milagros del Taumaturgo, a saber: el de la mula que adoró la Eucaristía, el niño de pecho que atestigua la fidelidad conyugal de su madre, el penitente que se cortó la pierna con que hirió a la madre, y el avaro sin corazón.

De éstos dice Muntz que rara vez produjo el arte de todos los tiempos un conjunto tan magnífico, porque

hay encarnado en ellos algo de sobrenatural, que primeramente invadió el alma del artista y embarga de admiración los ojos y el alma de los visitantes.

* * *

En el culto del Santo en Padua se han esmerado y se esmeran de manera digna de encomio sus hermanos de hábito, que jamás se han alejado de su sepulcro, los Menores Conventuales; los mismos que poseen la Basílica y el sepulcro de San Francisco de Asís.

Mas el culto de Antonio no se halla restringido a Padua o a los lugares que poseen alguna reliquia suya, sino que es de todo el mundo.

Es popular en el sentido más amplio de la palabra, y por esto, algunas veces algo ordinario y material.

Sin embargo no pretendemos con esto menoscabar las diversas devociones que se profesan al taumaturgo; quisiéramos solamente que se tuviese de mira el bien de las almas más que el de los cuerpos, los intereses del espíritu más que los de la materia. Y creemos que podemos pedir esto con las palabras mismas del Santo, el cual en su sermón acerca de las palabras evangélicas "*Lo que pidiereis al Padre en mi nombre os será concedido*", dice así:

"El orden que debemos observar en nuestras oraciones es el mismo que nos enseña San Pablo en la Epístola a Timoteo: —Yo te exhorto ante todo a hacer súplicas, plegarias, peticiones y acciones de gracias.

"La *súplica* es una invocación calurosa, y la *plegaria* es el estado tranquilo del alma sometida a la Divina Voluntad, la cual se complace en los dones recibidos de Dios y conversa con El casi familiarmente.

"La *petición*, por el contrario, se hace para verse libre de los males materiales y obtener las cosas necesarias a esta vida terrena: buen deseo es también éste con tal de que se mantenga en los justos límites y esteamos siempre resignados con lo que Dios quiera concedernos según su santo beneplácito.

"Mas los hijos de este mundo desean sólo la tranquilidad, la salud del cuerpo, una vida sin contradiccio-

nes y sin dolores y muchas otras cosas temporales de las cuales se pueden usar bien, mas que pueden ser empleadas también para perjuicio del alma; por eso los que ordinariamente piden estas cosas, pídanlas siempre con subordinación a la voluntad de Dios, con la condición de que no se origine de ahí daño al alma: *Por esto no debemos pretender ser oídos en tales cosas materiales y temporales*, porque nuestro Padre que está en los cielos conoce mejor que nosotros lo que nos puede ser útil y lo que puede resultarnos dañoso”.

* * *

Una de las devociones más difundidas entre los devotos del Santo es la de los *Martes*, santificados con plegarias en su honor.

Parece que desde los primeros tiempos se comenzase a practicar esta devoción, porque el martes fué el día de la primera glorificación de Antonio, cuando su cadáver fué transportado triunfalmente de Arcella a Padua, y porque en este día tuvieron lugar los primeros prodigios en su sepulcro.

Con todo, esta práctica tomó mayor impulso por un milagro, registrado por los bolandistas, y acaecido en Bolonia en 1617.

Una noble señora, casada hacía ya veintidós años, se veía afligida a causa de su esterilidad, y más atormentada aún por el desdén de su marido hacia ella, efecto de la falta de sus hijos que habían hecho desaparecer su amor.

Había oído ella hablar de las gracias y de los prodigios obrados por el taumaturgo de Padua, por lo que comenzó a frecuentar la iglesia de San Francisco, donde, postrada ante el altar de San Antonio, oraba con gran confianza. Un día después de la acostumbrada plegaria, le pareció que su confianza en el Santo había crecido extraordinariamente, y la noche siguiente le pareció verle ante sí, diciéndole que fuese por nueve martes consecutivos a orar ante el altar, recibidos antes los Santos Sacramentos.

La señora ejecutó cuanto le había sido ordenado, y

he aquí que en el noveno martes advirtió que estaba encinta.

Con ansia esperó el día en que podría besar a su criatura y mostrarla al padre que tanto la había deseado; mas grande fué su dolor cuando advirtió que el niño que había dado a luz era más bien un monstruo que un niño. ¡Era, a la verdad, tan deforme! Mas no disminuyó la fe de la señora; antes bien, confiando en el que le había impetrado la primera gracia, se fué con su criatura al altar del Santo, y lo depuso sobre la mesa, donde, apenas reclinado, el niño se convirtió en un encanto de belleza.

La fama de este milagro se esparció por toda la ciudad, y más tarde por otras, e hizo de modo que la devoción de los *martes* tomase la extensión que aún hoy conserva, con la diferencia de que, en lugar de nueve martes, hay costumbre de hacer trece, como recuerdo de la fecha de la muerte del Santo, que sucedió el 13 de junio.

* * *

Otra de las devociones conocidas es la del *Breve de San Antonio*, que tuvo su origen en Portugal, patria del Santo.

En la ciudad de Santarém había una pobre mujer harto molestada por el demonio, que a veces le hacía ejecutar rarezas, y ciertamente la hacía enojosa a sí y a los demás.

Un día el marido le dijo abiertamente que estaba endemoniada, y ella, con la fantasía excitada ya de antes y fastidiada del peso de la vida, sintió tanto la amargura de este insulto, que tomó la resolución de quitarse la vida.

Pensó que el medio más expeditivo sería el de arrojarle al Tajo, que corre a poca distancia de la ciudad, y se encaminó al río, decidida a la mala aventura. Era precisamente el día de la fiesta del Santo, y la mujer, pasando por delante de la iglesia de los franciscanos, donde se celebraba en su honor una función, quiso entrar en ella para rezar por última vez.

Tal vez la plegaria se prolongó mucho, y ella se

adormeció, y en el sueño se le apareció el Santo, el cual le dijo:

—Despiértate, oh mujer, y guarda el billete que yo te doy, que él te libraré de toda vejación diabólica.

Despertándose, se halló, efectivamente, con un pequeño pergamino en la mano, en el cual estaban escritas, debajo de una Cruz, estas palabras: "*He aquí la Cruz del Señor. Huid, adversarios, porque ha vencido el León de Judá, linaje de David. Sea alabado Dios!*"

La mujer, consolada, se volvió a su casa, y no tuvo que sufrir más las vejaciones del maligno, hasta que, conocido el secreto por el marido, éste divulgó la noticia, que llegó hasta el rey. Este quiso ver el prodigioso pergamino, y una vez que lo tuvo en sus manos, rehusó restituirlo. La pobre mujer, nuevamente afligida, obtuvo por fin que los franciscanos de Santarém tuviesen conocimiento del pergamino e hiciesen una copia fiel del mismo, la cual tuvo para ella idéntica virtud que el original.

Entonces comenzó su divulgación, escribiendo la breve sentencia (de donde le vino el nombre de *Breve*), en cuadritos de tela o también en el reverso de las medallas.

Uno de los prodigios obtenidos por este medio, que hizo más ruido por la publicidad que se le dió en su tiempo, es el que nos relata "*La voix de Saint Antoine*".

La nave francesa "*Africana*", viajando en los mares del Norte, el año 1708, fué sorprendida por una terrible tormenta.

Los marineros y el comandante habían empleado ya inútilmente todos los medios de salvación que les podían sugerir su heroísmo y la práctica del mar.

Parecía no quedar ya esperanza alguna, cuando el capellán de la nave tomó un pedacito de papel, escribió en él las palabras del Breve y lo arrojó al mar, pidiendo a San Antonio una milagrosa protección.

La fe del óptimo sacerdote tuvo su recompensa, porque, calmados los vientos y cesada la agitación de las olas, la nave pudo seguir su ruta y alcanzar con toda

facilidad el puerto, donde, apenas llegados, se fueron todos juntos, oficiales, capellán y tripulación a dar gracias al taumaturgo.

* * *

Mas la devoción antoniana más difundida y más hermosa, y que va ganando cada día más terreno, es la del *Pan de los Pobres*, tan útil a las parroquias, como medio aptísimo para que el rico alivie la miseria del pobre, sin peligro de vanagloria, para el primero y sin humillación para el segundo.

Esta devoción, cuya razón podemos hallar en la gran caridad del Santo hacia los pobrecillos, asciende a los primeros años del culto antoniano, y tuvo su origen en la prodigiosa resurrección de un niño, acaecida en Padua.

Tomasito (no había aún cumplido los dos años) era hijo de buenos padres, los cuales vivían cerca de la iglesia del Santo.

Un día, habiéndole dejado solo, comenzó a jugar cerca de un gran recipiente de agua. Tal vez vió reflejada su figura en el agua, y en su deseo de alcanzarla cayó al agua cabeza abajo y pereció miserablemente.

Cuando la madre, que atendía a algunos quehaceres, volvió y vió a su pequeñín sin señal alguna de vida, estalló en fuertes y dolorosos gemidos y gritos, a los que acudieron los vecinos y algunos frailes que estaban observando los trabajos de la Basílica en construcción.

Todos rodearon a Tomasito y recurrieron a todos los medios para hacerle volver a sus sentidos; mas viendo que la muerte se había apoderado ya de aquel angelito, se esforzaron en confortar a la madre, marchándose después apesadumbrados de un suceso tan lamentable. La madre, por el contrario, en quien habían hecho presa la amargura y el dolor más que en los demás, tuvo también más fe que todos, y confiando en los méritos de San Antonio, hizo voto al Santo de distribuir entre los pobres la cantidad de trigo equivalente al peso del niño, si éste recobraba la vida.

Habían pasado ya algunas horas desde el triste su-

ceso, cuando de repente, mientras la mujer renovaba con fervor el voto, el niño lanzó un grito. ¡Había vuelto a la vida.

La promesa fué cumplida, y la devoción a San Antonio mediante la caridad a los pobres comenzó a propagarse bajo el nombre de *Pondus pueri*: peso del niño.

La hermosa costumbre fué después poco a poco desapareciendo: el milagro cayó casi en olvido, hasta que en 1887 don Antonio Locatelli, fundada la Asociación Universal Antoniana, comenzó de nuevo la distribución del pan de los pobres y habiéndose procurado una hermosa estatua del taumaturgo, la expuso al público, juntamente con dos urnas, en una de las cuales los devotos depositaban las súplicas escritas, y en la otra el dinero prometido, cuando se consiguiese la gracia.

Al año siguiente, 1888, Luisa Bouffier hizo una cosa parecida en una trastienda suya, y la novedad se extendió tanto en Francia, que los periódicos masones y anticlericales comenzaron a combatirla con palabras de escarnio y con mal disimulada rabia.

Era precisamente lo que hacía falta para propagar aquella buena obra, ya que San Antonio respondía con hechos a todas las malignas insinuaciones de los malos contra su culto y contra la devota Luisa Bouffier.

Las estatuas de San Antonio con la cajita del *Pan de los Pobres* por debajo comenzaron a multiplicarse.

De la trastienda de la Bouffier pasaron a las iglesias de las Cofradías, a las parroquiales, primero en Francia y después en todo el mundo.

Para hacerse una idea del desarrollo de esta devoción, basta decir que el año de 1893, es decir cinco después de que la Bouffier había expuesto su estatuita, en sólo la ciudad de Tolón la cantidad recogida para el pan de los pobres alcanzó la notable suma de cien mil francos.

La Obra del Pan de San Antonio se ha convertido en la pequeña banca de los desheredados de la fortuna, en medio de redención para tantos extraviados que, acercándose al sacerdote (pobre también él, mas colocado en situación de subvenir a las más oscuras miserias que se

le revelan en el ejercicio de su ministerio), son atraídos a la práctica del bien por este desinteresado espíritu de caridad.

La cajita de San Antonio ha llegado a ser escuela de caridad para todos, ya que también los menos acaudalados depositan con frecuencia en ella su óbolo para ayudar a los que son más pobres que ellos. No son, en efecto, las grandes sumas (¡rarísimas!) las que engrosan este río de caridad cristiana, sino las pobres y menospreciadas monedas de cobre y de níquel o los humildes billetes de un peso.

San Antonio no mira a la cantidad sino al espíritu con que se hace la limosna, y a veces será escuchada más fácilmente la viejecilla que ha dado los cinco céntimos, que el rico, que ha echado la pieza de plata, que con harta frecuencia supone para él menos de cinco céntimos.

Que la cajita del taumaturgo, que se ve ya en muchísimas iglesias, se propague aún más para gloria de la caridad cristiana, para gloria también de San Antonio, que, después de siete siglos desde su muerte, brilla con todo el fulgor de su celestial poder.

El ha dispensado y continúa dispensando sus pequeñas gracias temporales, mas recordemos que en la economía de la Divina Providencia éstas se conceden para disponer el corazón a recibir las espirituales, que se resumen en la propagación del Reino espiritual de Jesucristo.

Triunfe Cristo Rey, por el cual todo el mundo está obligado a trabajar, siguiendo el ejemplo que nos ha dejado el Santo de Padua.

El sometió al Reino de Jesucristo su propia alma, evitando el mancharla con el pecado, sublimándola con la mortificación y la oración; sometió a los hijos de la Iglesia, excitándoles a la virtud, y a sus enemigos, llevándolos a la verdad.

La verdad (y la virtud es también verdad), es el fin que Jesucristo afirmó delante de Poncio Pilato, cuando se proclamó Rey: *"Tu dicis quia Rex sum ego"*. *Tú dices la verdad, que Yo soy Rey. Para esto he venido Yo al mundo, para dar testimonio de la verdad.*

INDICE

Pág.

Prólogo	5
El siglo XIII	16
El pequeño Fernando	20
Preparación para el apostolado	33
Los mártires de Marruecos	43
Fray Antonio	56
El ermitaño de Montepáolo	70
Rasgos exteriores e interiores	80
El primer campo de apostolado	96
El fundador de la Provincia Siciliana	113
El primer maestro franciscano	120
En tierras de Francia	130
Ascende superius	145
El Ministro Provincial	154
El Santo de Padua	165
El tránsito	178
El Santo de los milagros	189
El culto del Santo	199

La Pía Sociedad de S. Pablo

Es una Congregación Religiosa de Derecho Pontificio, cuyos miembros se dedican a predicar el Evangelio con los medios más veloces y modernos.

Hoy se sirven de la prensa, del cine y de la radio. Miles de impresos salen de sus talleres de apostolado para enseñar a los hombres la senda del Cielo, a Jesucristo Camino, Verdad y Vida. ¡Cuántas almas viven en la ignorancia de los problemas más importantes y fundamentales de la vida! ¡Cuántos se hallan alejados de la Iglesia y del Sacerdote, sin posibilidad de oír la palabra de Dios! A ellos también les llega la predicación del Evangelio, mediante el libro, la revista, el folleto, editados por la Pía Sociedad de San Pablo.

Pronto, estos Misioneros modernos, iniciarán el trabajo de la propaganda con el cine y la radio. A través del éter resonará la palabra Divina, y Cristo será conocido y amado por un número siempre más crecido de almas.

¡Qué misión más noble y meritoria ésta! ¡Qué vasto campo de apostolado, capaz de satisfacer los anhelos e ideales de miles de corazones generosos!

Si tú, joven católico que esto lees, te sientes entusiasmado por los bellos ideales del Apostolado de las Ediciones, escribe a:

Rdmo. Padre Superior

PIA SOCIEDAD DE SAN PABLO

Avda. San Martín 4350

Florida (Buenos Aires)

Este libro se terminó de imprimir en las prensas de la Pía Sociedad de San Pablo Avenida San Martín 4350 - Florida, (F.C.N.G.B.), el día 20 de Agosto de 1952.